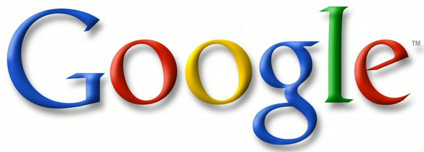

Google

REVOLUCIÓN DEL 97.

IMPRESIONES ÍNTIMAS,

ESCENAS Y EPISODIOS,

POR

LUIS PONCE DE LEÓN,

ABANDERADO DEL CUARTEL GENERAL
DEL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO.



MONTEVIDEO.

IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES.

Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79.

1898.

REVOLUCIÓN DEL 97.

ESCENAS Y EPISODIOS.

REVOLUCIÓN DEL 97.

IMPRESIONES ÍNTIMAS,

ESCENAS Y EPISODIOS,

POR

LUIS PONCE DE LEÓN,

ABANDERADO DEL CUARTEL GENERAL
DEL EJÉRCITO REVOLUCIONARIO.



MONTEVIDEO.

IMPRENTA ARTÍSTICA, DE DORNALECHE Y REYES.

Calle 18 de Julio, núms. 77 y 79.

1898.

Quede á plumas mejor cortadas que la mía el describir con galanura de estilo y con acopio de datos, las heroicas acciones de guerra entabladas entre el glorioso Ejército Nacional y las huestes del bordismo; quede á compañeros laboriosos, que en la vida azarosa de la campaña no tuvieron jamás pereza para poner al día sus apuntes, el publicar el diario de la revolución; quede á espíritus mejor preparados que el mío en achaques históricos, el escribir la historia crítica de la epopeya del 97. Yo simplemente me limitaré en estas páginas, al correr de la pluma escritas, á narrar algunos episodios y escenas de la vida del fogón y de los combates, que permanecen ignorados para la generalidad, y los cuales por sí solos pueden constituir muy bien lo que se llama «un libro interesante».

Iré narrando los episodios á medida que me ocurran, sin observar para ello orden de ninguna especie.

Lo que garantizo á mis lectores, es la veracidad de lo que escribo en estas páginas. He tenido el honor de acompañar al General Saravia en toda su campaña, y estoy habilitado para escribir con pleno conocimiento de lo que narre, salvo detalles menores, imposibles de recordar con estricta exactitud, y que por lo demás en nada afectarán á lo principal de mis relatos.

Esto dicho, entro en materia.

REVOLUCIÓN DEL 97.

ESCENAS Y EPISODIOS.

I.

El General Aparicio Saravia, ese bravo entre los bravos, ese Bayardo de nuestra nacionalidad, ese corazón implacable para el delincuente y magnánimo para el vencido, ese padre de sus soldados, el mejor de los hijos de esta tierra, el más grande de sus ciudadanos, el más querido y admirado de todos los orientales, tiene que ser el primero, por derecho propio, con cuyo nombre se honren estas páginas.

Ninguno como él, en los últimos tiempos, ha puesto su bolsa, sin egoístas restricciones, al servicio de la gran causa de la libertad y del derecho; ninguno como él, en las condiciones de comodidad y bienandanza en que se hallaba, ha sabido abandonarlo todo, sin ambición de ningún género, para sacudir á sus conciudadanos del letargo en que yacían é ir á las cu-

chillas á salvar en ellas con la sangre de los buenos, el decoro, harto en peligro, del viril pueblo uruguayo; ninguno como él, en tiempo tan escaso, ha sabido subir tan alto en el concepto de sus compatriotas, por el solo esplendor de sus virtudes cívicas, de su pureza de principios, de su entereza de carácter, de su cariño sin restricciones envidiosas hacia sus compañeros de jornada, y sobre todo ello, por su modestia sin igual, que lo hace encumbrarse tanto más ante los propios y los extraños, cuanto más él trata de esconder sus méritos, y de sustraerse al aplauso de todos los que, conociéndolos, intentan rendir los debidos homenajes al «humilde vecino del arroyo Cordobés».

El General Saravia es un ejemplar que no tiene semejantes.—Fué su desinterés por todo lo que reza con la patria, quien en Octubre de 1896 lo llevó hasta el Directorio del Partido Nacional, para poner en manos de éste los títulos de sus propiedades, pidiendo que se enajenasen ó se hipotecasen éstas, para con su importe comprar los elementos bélicos indispensables para la revolución; fué ese mismo desinterés quien le hizo vender sus semovientes para comprar en Bagé armas y municiones que hacían falta; y ese mismo desinterés fué también quien, al repartirse el pre de nuestras tropas, le hizo rehusar los $ 20,000, que, á título de simple reembolso por una parte de los gastos efectuados de su peculio propio, le asignara el Comité de Hacienda del Ejército de la Revolución.

Fueron su bravura y su genio militar, quienes salvaron al Ejército Nacional de ser exterminado ó disuelto por completo en Guaviyú, y allí mismo fué su

grandeza napoleónica, quien, al pedírsele municiones por uno de sus jefes subalternos, puso en sus labios la siguiente sublime respuesta: «Las municiones nos las trae el enemigo; vamos á buscarlas.»

Fué su entereza de alma quien, en Arbolito, al notificársele la muerte de su idolatrado hermano, el heroico Chiquito, le hizo prorrumpir en este enérgico apóstrofe: «¡Den vuelta, cara...! ¡Vamos á cargar á esos traidores!»

Fueron su perspicacia y su talento práctico, quienes al comienzo dè la campaña, al ser interrogado sobre la posible duración de ésta, se la hicieron fijar en seis meses como mínimum necesario; y que, al objetársele que esa duración sería demasiado larga por los perjuicios materiales que acarrearía al país, le hicieron replicar que esos males nada serían en comparación con los que una campaña corta le podrían causar, pues no pudiéndose conocer en breve tiempo el carácter y las condiciones de los hombres, nos expondríamos á llevar al poder á hombres ambiciosos y de conciencia negra, que precisamente son los que más figuran al principio de las grandes conmociones populares, cuando aún éstas no han tenido tiempo de balancear los méritos y deméritos de sus hombres dirigentes.

Fueron su viveza de paisano y su cariño á los que lo rodeaban, quienes en las noches terribles de Cuchilla Negra, cuando todo el campamento trataba de entregarse al sueño, le hacían recorrer los fogones uno á uno, buscando en ellos restos de tizones para formar recién el suyo, á que antes renunciara por no

privar á la tropa de la poca leña hallada; y que, una vez encendido su hogar paupérrimo, llamara á sus ayudantes para partir con ellos las pocas provisiones de que se disponía en aquellos días de tan triste recuerdo.

En el curso de estos relatos se leerán porción de anécdotas que confirman todo lo que del General Saravia acabamos de decir, y en los cuales pondremos de relieve mil otras condiciones de ese gran caudillo, que en siete meses de vida de campaña supo dominar por el cariño los corazones de todos los que con él servíamos, cariño que conservaremos siempre para el vecino Saravia, mientras vibren en su alma las mismas cualidades que poseyó en tan alto grado el idolatrado jefe de la santa revolución de 1897.

II.

Después del General Saravia, pertenecen nuestros homenajes al vencedor de Tres Árboles, al estoico Jefe de Estado Mayor de nuestro Ejército, al Coronel Diego Lamas, el mártir por excelencia de la patriótica campaña.

Militar de escuela de brillante porvenir en el Ejército Argentino, supo siempre en la tierra hermana conservar vivo el acendrado amor á la tierra en que abrió los ojos á la luz, y al ser requerido su contingente por la colectividad política de sus afecciones, no hesitó un momento en tronchar su hermosísima carrera para prestar el valioso concurso de su talento y de su brazo á las huestes de patriotas que se apres-

taban á reivindicar por medio de la protesta armada sus derechos desconocidos y su libertad convertida en mito por la oligarquía dominante.

El Coronel Lamas, al poco tiempo de invadir, probó bien á las claras que no defraudaría la confianza en él depositada, alcanzando la brillante victoria de Tres Árboles, que dió color y nervio á la revolución y confirmó la doble fama de bravura y de preparación militar, de que venía precedido desde Buenos Aires; pero aún así, darle el nombre de héroe ó de genio es poco en mi concepto para caracterizarlo: al Coronel Lamas se le debe llamar *el mártir.*

Herido en Cerros Blancos por una bala que le lesiona un nervio, desde el 14 de Mayo hasta después de hecha la paz, el Jefe del Estado Mayor del Ejército Nacional vive vida que no es vida, porque en la vida lo anormal es el sufrimiento, y para el Coronel Lamas, durante ese lapso de tiempo, lo normal eran el dolor y el insomnio, y sólo la excepción el reposo y la tranquilidad.

Se ha dicho del Coronel Lamas, que su carácter, excesivamente adusto, le enajena simpatías y le retrae voluntades; pero, para nosotros, los que lo conocimos antes de ser herido, los que en las horas de fogón, más que á un jefe encontramos en él á un amigo cariñoso y afable, lleno de bondad, expansivo y decidor, son falsas por completo esas impresiones de los que lo han conocido en sus días de sufrimiento, y de buenas á primeras, por el mero hecho de serle presentados, querían ya ser tratados por él con todas las expansiones y las amabilidades todas, que los hom-

bres de su temple, aún estando sanos, reservan sólo para las horas de intimidad, en el círculo de sus amigos bien probados.

El Coronel Lamas, como caballero, es y fué siempre en el Ejército el prototipo más acabado y más cumplido; la cultura más refinada, el exquisito trato fuera de los actos del servicio, la más vasta ilustración, son cualidades que todos los que de cerca lo conocemos hemos apreciado siempre en él, sin perjuicio de que en los actos militares sus órdenes fueran dadas con esa sequedad, esa energía y esa concisión propias de los Jefes habituados al mando y que estiman en lo que vale el rigor de la disciplina en los Ejércitos.

En el curso de mis relatos se verán confirmadas estas apreciaciones sobre el querido jefe que venció en Tres Árboles y regó con su sangre inapreciable las cuchillas de los Cerros Blancos.

III.

Para mí y para muchos compañeros, que jamás habíamos bailado en danzas tales, los preparativos de la invasión fueron imponentes, y con dificultad podrán borrarse de nuestra memoria.

Por una especial condescendencia del General Saravia, mi primo Rodolfo, — á quien en adelante sólo designaré por su nombre de pila, para evitar repeticiones fastidiosas, — y yo éramos los únicos *puebleros* que vivíamos con él, en la chacra Gentil, á unas pocas cuadras de Bagé, donde residían también, además de

su familia, algunos hombres ya probados de su escolta.

El 21 de Febrero comenzaron á llegar algunas armas y municiones; pero como hubiera sido imprudencia suma conservarlas allí corriendo el riesgo de un registro, los pertrechos de guerra que de día llegaban los trasladábamos de noche y á pie á otra chacra que distaba unas veinte y tantas cuadras de la nuestra.

Para ello teníamos que atravesar una calle, que se hallaba cruzada de continuo por las patrullas que hacen la policía de la ciudad. Júzguese, pues, si tomaríamos precauciones para evitar ser sorprendidos.

Teníamos que hacer nuestra cruzada cuando ya la luna estaba oculta, y la hacíamos llevando cada uno tres ó cuatro Rémingtons, Mánlichers ó Comblain, que eran las armas que poseíamos en más cantidad entonces.

Como el peso era bastante considerable, descansábamos á cada cuadra, yendo adelante un *bombero* para anunciarnos cualquier ruido sospechoso.

El suelo era muy quebrado y desigual, habiendo en él varios alambrados, que, con aquel peso en hombros, nos daban buen trabajo para lograr pasarlos.

Recuerdo que en una de nuestras travesías, uno de mis compañeros, que llevaba á cuestas un bolsón de balas, dió un paso en falso, cayendo en un zanjón, del cual no podía salir por más esfuerzos que hacía, pues el peso del bolsón, que había caído sobre él, le impedía hacer el menor movimiento.

El zanjón daba á la calle y la patrulla brasileña se

acercaba: ¿qué hacer en situación tan crítica?...

No hubo más remedio que jugar el todo por el todo, y al efecto uno de nosotros se arrojó á la zanja, ayudándolo á quitarse el peso que lo inmovilizaba y á salir de allí, dejando el bolsón de municiones para volver en su busca una vez que el peligro hubiera desaparecido.

La patrulla pasó y las municiones se sacaron; pero los que iban de baqueanos por aquel laberinto de zanjas y albardones, no habían reparado en lo ocurrido á sus compañeros, dejándonos bastante retrasados.

Fué necesario ir en su busca; el que fué, se extravió, y regresó al punto de partida sin hallarlos.

Entonces no hubo más que hacer: apechugar con todo y marchar hacia adelante á la ventura.

Así se hizo; pero á los pocos pasos, un dogo de los alrededores, dando la señal de alerta, nos anunció que allí cerca había poblaciones y que corríamos el riesgo de ser sorprendidos en doble delito de conducir armas prohibidas y de haber invadido la propiedad ajena.

Nos reunimos en consulta y no decidimos nada. Precisamente los tres rezagados éramos reclutas y andábamos por la primera vez por aquellos andurriales.

Pasaron algunos minutos, que nos parecieron eternas horas, y al fin yo me decidí á aventurarme á desandar lo andado, yendo hasta lo del General en busca de baqueano.

Era la media noche, y la oscuridad era imponente.

Á lo lejos se veían las luces de Bagé, y se oían resonar los tiros que no pasa noche sin sentirse en la bendita ciudad aquélla.

Yo, completamente desorientado y con un jabón mayúsculo, ni encontraba el camino, ni, ya perdido el rumbo, atinaba á saber dónde había dejado á mis compañeros.

Entonces sentí pasos. Me agazapé para que no me vieran, considerándome perdido, cuando la buena suerte quiso que reconociera la silueta de *el rubio,* jefe de la pequeña partida que, al regresar, buscaba entre las sombras de la noche á los compañeros extraviados.

Mi júbilo no tuvo límite al reconocerlo. Corrí á él, y en pocas palabras lo enteré de lo acaecido.

Era necesario volver al punto en que mis compañeros habían quedado; pero, ¿cómo hacerlo si yo ni sabía dónde me hallaba?

El ladrido de un perro me recordó al dogo que habíamos sentido media hora antes, y le conté al rubio ese detalle. Baqueano en aquellos parajes, mi guía se orientó entonces y dimos con los compañeros.

A los pocos momentos llegamos al fin de nuestro viaje, depositando las municiones en lugar seguro y emprendiendo el viaje de regreso, mohinos y cariacontecidos por las zozobras que pasáramos.

Esa noche, aunque rendido de cansancio, apenas cerré los ojos, no pudiendo alejar la pesadilla de que, hallándome extraviado en pleno campo, un *bahiano* me tomaba de la barba y limpiaba su *faca* en mi pescuezo....

IV.

Serían próximamente las 5 de la tarde del día 5 de Marzo, cuando los 383 hombres que formábamos el grupo invasor al mando inmediato del General Saravia, pisamos por fin el suelo de la patria, con el alma serena y lleno de entusiasmo el corazón, dispuestos bien de veras á derramar toda nuestra sangre, si era necesario, para lavar con ella las manchas inferidas por sus malos hijos á la bendita bandera de la patria.

La tarde no podía ser más espléndida. El cielo estaba azul, de un azul puro y brillante, matizado á trozos por diáfanas nubecillas, que parecían lampos de estrellas blancas pendientes de una bóveda de zafiros.

Nuestros pechos palpitaban de emoción, enmudecían los labios no hallando palabras para expresar su júbilo, y cediendo su puesto al corazón, que en aquellos momentos volaba, volaba lleno de santos entusiasmos y de cariños hasta entonces no sentidos con tanta intensidad, al encuentro de nuestras madres, de nuestras hermanas, de nuestras prometidas, sintiéndonos más dignos de ellas, más honrados, y mucho más ligados con cariño eterno que cuando, en las tristes é inolvidables horas de las despedidas, les dirigíamos los últimos adioses, entre sollozos, lágrimas y besos.

Ya pisábamos el suelo de la patria. Ya los dados habían sido tirados. Nuestro juramento estaba hecho. El dilema era de hierro: ó cumplir nuestras promesas,

ó soportar en nuestras frentes el estigma reservado á los traidores y perjuros.

El General mandó formar en cuadro, y don Abdón Arostegui proclamó á la tropa con frases entusiastas y viriles.

Después vinieron los abrazos. Todos, jefes, oficiales y soldados nos estrechamos unos á otros, mezclando nuestras lágrimas y confundiendo nuestros vivas, como comunes quedaban desde aquel instante hasta el final de la campaña, nuestras aspiraciones y nuestros esfuerzos, nuestras derrotas y nuestros triunfos, nuestras tristezas y nuestras alegrías, nuestras privaciones y nuestros regocijos.

Yo de mí sé decir que jamás olvidaré la escena aquella. Cúpome en suerte el alto honor de ser quien sostuviera durante ella el pabellón bendito de la patria, que más tarde habían de herir los proyectiles matricidas, y desde aquel momento, Dios lo sabe, mi suerte quedó á él tan enlazada, que quitarme mi bandera hubiera sido para mí quitarme un trozo de mi propia carne, herirme el alma, gangrenar mi existencia para siempre.

V.

Á quien no haya estado jamás en campamento alguno, difícil le será imaginárselo, por más descripciones y relatos que se le hagan sobre ellos.

Cuando recién invadimos, el nuestro era pequeño, porque pocos éramos los que lo formábamos; pero

como acampábamos en forma muy extendida, parecíamos muchos más y era bastante grande el radio que ocupábamos.

Yo era todavía muy novicio en esos gajes, y no sabía tender mi cama ni hacer fuego siquiera.

Mis compañeros del primer fogón en tierra oriental, fueron el General, sus hijos, mi primo Rodolfo, y los asistentes del primero.

Al terminar una marcha para acampar, lo primero que se hacía era atar los caballos, para lo cual nos servíamos de estacas más ó menos fuertes, que clavábamos en tierra con ayuda de alguna piedra ó cualquier otro objeto que tuviera suficiente peso para servir de maza.

Atados los caballos, uno iba á buscar leña, ya de los montes más cercanos, ó bien de los alambrados, si aquéllos se hallaban lejos ó no los había por los alrededores, y otro de los compañeros iba á la carneada, á no ser que hubiera sobrado carne del día anterior.

La carneada era bulliciosa y pintoresca. Se formaba rodeo con las reses destinadas al sacrificio, y los enlazadores las iban apartando entre los aplausos ó las pullas de sus compañeros, según el éxito ó fracaso de sus tiros.

Rodolfo era uno de los más diestros, de manera que en nuestro fogón casi nunca faltaba carne gorda, pues enlazaba siempre cuando el rodeo aún estaba casi intacto; en tanto que otros, más chambones, cuando llegaban á enlazar la res, sólo hallaban el refugo.

El encargado de la leña, entrêtanto, encendía el fogón y ponía á calentar el agua para el mate, y cuando

volvían los carneadores, se ponía la carne á asar y se tendían las camas, que tales como nosotros las usábamos y como se me enseñó á tenderlas, se componían del recado como cabecera, sobre el cual poníamos un cojinillo ó saco para almohada; veces de jergón hacía la carona, sobre la cual tendíamos las jergas y cojinillos, que nos servían de colchones.

Debajo del recado poníamos el freno con las riendas, de manera que á la menor alarma lo tuviésemos á mano, y bajo de la carona poníamos la cincha y el cinchón.

Las maletas nos servían de almohadas algunas veces; otras las poníamos á los pies de la cama, tapadas con el poncho para evitar que el rocío de la noche las mojase.

Esta manera de tender la cama tenía sus variaciones, según las piezas de que se componía el apero; pero la más general era la que he descrito.

Soy minucioso en estas relaciones, que para las gentes de campo ó los que hayan estado alguna vez en campamentos, no tienen novedad alguna, porque numerosos amigos de la capital me lo han pedido, deseando conocer nuestra vida de campaña hasta en sus más mínimos detalles.

La cama pronta ya, se cubría desde la cabecera hasta los pies con el poncho de paño ó la cubierta que cada cual tuviese.

Después, y mientras el asado poco á poco iba dorándose, circulaba el amargo, entre sabrosas pláticas, que por regla general versaban sobre las marchas efectuadas y los incidentes ocurridos en el día, siendo

alegre, casi siempre, el giro de nuestras conversaciones.

Como esto sucedía casi siempre al entrar la noche, el campamento presentaba entonces el aspecto más imponente y á la vez más pintoresco.

La luz de los fogones, desparramados por el campo sin simetría alguna, me hacían acordar siempre de los faroles de Bella Vista y del Paso del Molino, vistos desde la parte Norte de nuestra bahía.

Una vez pronto el asado, en breve desaparecía en nuestros casi famélicos estómagos, asentado después por nuevos cimarrones, ó por mates de café, que constituían nuestro mayor regalo, cuando nos podíamos dar el lujo de tomarlos.

Terminada la comida, no tardaban en apagarse poco á poco los fogones, pues las fatigas del día nos invitaban al reposo, haciéndonos abandonar aquéllos por las camas tendidas juntas, de á dos, para aprovechar así mejor las pocas cobijas que poseíamos.

Mi compañero de cama era Rodolfo, y con él, antes de dormir, hablábamos siempre largo rato, ya acostados, sobre los seres queridos dejados en Montevideo, á quienes ni un instante podíamos olvidar, llevando permanentemente su recuerdo impreso en nuestros corazones con caracteres indelebles.

Después nos cubríamos con los ponchos, y nos entregábamos al más reparador de los posibles sueños.

Yo á veces despertaba á media noche. Sacaba la cabeza entonces fuera de mis cobijas y miraba al cielo y fijaba mi vista en las estrellas, envidiándoles su luz, que, alumbrándome á mí, alumbraba también á la ciu-

dad de mis ensueños, al lugar predilecto de mi alma, la querida y sin par Montevideo!...

En redor nuestro sólo se oían los prosaicos ronquidos de los compañeros y el pastar de algún caballo aún no dormido. Las flores silvestres embalsamaban aquel ambiente puro; y el frío beso del rocío mitigaba los ardores de mi cerebro soñador, que en aquellos instantes huía lejos de mí, con las alas de la imaginación y del recuerdo.

Después la carne volvía á triunfar sobre el espíritu, y mis párpados caían sobre los ojos, no sin que antes, brotando del fondo de mi corazón la plegaria más sentida, escalase el cielo para pedir á Dios que velase por los queridos seres á quienes pertenece todo el cariño de mi alma.

Poco antes del alba, la vibrante voz del General, que nos gritaba: «á ensillar, á ensillar», nos volvía á la realidad de la vida comenzada, haciendo las veces del clarín, que más tarde, con sus dianas, había de ser nuestro despertador.

Con los ojos aún medio cerrados, abandonábamos el improvisado lecho de todas las noches, para buscar y ensillar nuestros caballos.

¡Cuántas veces, entonces, nos hallábamos con que el caballo había arrancado su estaca, ó había sido suelto para robarle el maneador por alguno de nuestros compañeros, ó se había zafado del mal atado nudo que en la soga hiciéramos!

La hora de levantarnos era la hora de las desesperaciones para los que teníamos la poca suerte de no hallar nuestros caballos.

Generalmente era aún de noche, y la oscuridad nos impedía salir en busca de ellos.

Algunas veces, sin embargo, solíamos encontrarlos á los pocos pasos, aunque sueltos y ya sin maneador; menos mal entonces, pues nos quedaba el remedio de pedir algún cuero al General para reponer el maneador robado; pero las más de las veces no aparecían tampoco los caballos, y teníamos que pasar por la molestia de ir á buscar algún jamelgo de las caballadas en que marchar hasta encontrar los nuestros, en cuyas andanzas se nos iba la hora de tomar mate, quedando al fin y al postre mal montados, cansados de tanto caminar en busca del animal perdido, y para fin de fiestas, con la perspectiva de una marcha pesada y larga sin un gramo de lastre en el estómago.

La forma en que marchaba el Ejército, tuvo distintas fases según las épocas y el número de fuerzas que lo componían.

Al principio éramos pocos y marchábamos en una columna sola, yendo á la cabeza de ella el General, sus ayudantes y algunos otros jefes que se adelantaban hasta ella para conversar.

El parque, compuesto por carretas, iba adelante, y las caballadas á ambos lados de la columna.

Á los pocos días de incorporada la División Florida, ésta formó en columna aparte á la izquierda de la nuestra, para facilitar así la trasmisión de órdenes y abreviar las acampadas.

Posteriormente el Ejército marchaba en tres columnas, componiendo la del centro el General y el Coronel Lamas, ayudantes y escoltas respectivas, escuadrón

del coronel Yarza, escuadrón Cerro-Largo de Agustín Muñoz, batallón Patria y las cuatro primeras divisiones; la columna de la izquierda la componían la 5.ª y 6.ª divisiones, yendo á su cabeza el coronel Aldama, y en la columna de la derecha iban las divisiones 7.ª, 8.ª y 9.ª, encabezadas por el coronel González.

La 10.ª división, al mando del coronel Francisco Saravia, formó columna aparte, á la izquierda de la de González, durante el corto tiempo que estuvo en el Ejército, desde su incorporación á mediados de Agosto, hasta que se firmó la paz.

Nuestras marchas se efectuaron siempre al tranco, no recordando yo que hayamos andado al trote sino cuando la persecución que hicimos á Muniz, á los pocos días de la primera incorporación del Coronel Lamas.

Cuando las marchas eran largas, se hacían pequeños altos, en que sacábamos los frenos á los caballos, y los más previsores comían los fiambres, queso, etc., que se preocupaban de tener siempre prontos para el caso.

Los que en esas marchas hacían su agosto, eran los vendedores de tortas fritas, hechas el día anterior con sebo y mala harina, pero que en semejantes circunstancias nos sabían á manjar de dioses. Las había de á vintén y de á dos vintenes, según su tamaño, que en el último caso no excedía del de un plato de pocillos para café.

También eran muy buscados los que vendían caña, bautizada y casi siempre vuelta á bautizar, pero que así mismo era un tónico excelente contra el frío, á la

vez que el mejor calmante para la sed en los días sofocantes de bochorno.

En las marchas era generalmente donde se visitaba á los compañeros y se hablaba con los amigos de otras divisiones.

En ellas era cuando nos cortábamos de la columna, las más de las veces sin permiso, para llegar á un rancho á pedir un vaso de leche ó un trozo de queso, que, cuando éramos pocos los pedigüeños, casi siempre conseguíamos.

En ellas era cuando, al divisar una casa que pareciese estancia ó pulpería, nos abalanzábamos sobre el General ó el Coronel Lamas para pedirles licencia para llegar á ella en busca de diarios y noticias, que generalmente no obteníamos, desquitándonos en cambio con alguna taza de café con leche ó con algún almuerzo que nos sabía á banquete, y que causaba la envidia de los compañeros que no habían participado de la *gran bolada*.

Cuando las marchas se hacían de noche, las peripecias abundaban.

En las primeras horas nada digno de particular mención sucedía en ellas. Todos íbamos alegres y decidores, festejando el gracejo de compañeros de buen humor, cambiando impresiones y hablando de mil frivolidades que nos entretenían.

Algunas veces también solíamos reunirnos el comandante Lidoro Pereyra, mi nunca bien llorado amigo Alberto Maldonado y otros compañeros, y comenzábamos á recitar poesías y á improvisar trozos de literatura oportunista, que provocaban la hilaridad de los buenos camaradas que nos escuchaban.

Mas, transcurridas esas primeras horas, la cosa cambiaba de aspecto, pues se aliaban contra nuestra incongruente, pero alegre y bulliciosa cháchara, el cansancio y el frío, la oscuridad y el sueño, que es el peor enemigo del soldado.

Arrebujados en nuestros ponchos y taloneando al pobre bruto, ya lerdo á fuerza de tanto andar al tranco, comenzaban las conversaciones íntimas entre los amigos del mismo pueblo ó de condición social idéntica, expandiéndose los unos en el seno de los otros, con esa espontaneidad tan propia de hombres de 20 á 25 años, que, guiados por los mismos ideales generosos, compartían por ellos idénticas privaciones y peligros.

En una de esas marchas nocturnas tuvo origen el bautizo del sueño con el ya popular nombre de *barbudo.*

Un soldado de la División Florida, de luenga barba oscura, se durmió la noche en cuestión sobre el caballo, que, viéndose sin gobierno, comenzó á separarse de la columna, llevándose por delante á algunos compañeros, que, al ver esto, empezaron á gritar: *¡se va el barbudo! ¡el barbudo!* Y desde entonces quedó ese nombre á todos los que se dormían sobre el caballo, que más adelante se extendió al sueño en sí, en cualquier forma que se produjese, y también á la desaparición de objetos y caballos, que se decía eran sustraídos por *el barbudo.*

Dos de los que con más facilidad se dormían sobre el caballo, eran el General y Rodolfo, tanto que bastante á menudo, dormidos ambos, se iban el uno sobre

el otro y recién se despertaban al sentir el choque, lo cual nos hacía reir de buena gana.

La noche siguiente al combate de Arbolito, que fué una noche toledana, Rodolfo, dormido, se separó de la columna, yendo á dar á la fila de flanqueadores, que marchaba á media legua de nosotros, y á cuyo encuentro debió el no haber quedado cortado del Ejército.

En esas marchas solíamos echar pie á tierra de vez en cuando, para dormir una ó dos horas con los caballos de la rienda.

Cuando, estando en lo mejor de nuestro sueño, nos despertaban para proseguir la marcha, á muchos se nos habían ido los caballos, que, felizmente, cansados como estaban, no solían ir muy lejos.

Para dar una idea de lo que rinde el sueño, contaré dos peripecias que me ocurrieron á mí, una al ser despertado violentamente para proseguir la marcha, y la otra al levantarme para asegurar mi caballo, con motivo de una disparada que se producía cerca de mi cuadra.

La vez primera de las dos á que aludo, el coronel Mena fué quien me despertó, ó mejor dicho, quien me hizo poner de pie, pues sólo estando dormido pude hacer lo que hice, comenzando á bailar en torno de Maldonado, sobre quien después quise treparme, confundiéndolo con mi caballo!

La segunda vez mi peripecia fué de género distinto.

En Arbolito, una bala había quebrado la mano á mi jamelgo, obligándome á tomar en cambio un hermoso tubiano, que había pertenecido al malogrado mayor Nicasio Trías (hijo), muerto en aquel bravísimo combate.

Ese tubiano sólo tenía blancas la cola y la tabla del pescuezo.

Al levantarme azorado por el ruido que hacía la caballada al disparar, el sueño me dominaba tanto aún, que á pesar de estar clarísima la noche, me abracé á la cola del caballo, confundiéndola con el pescuezo!

Y aún todas esas penurias que narradas llevo, nada hubieran sido sin las lluvias, á las cuales debimos los mayores sufrimientos de toda la campaña.

Las lluvias continuadas varios días hacen decaer el ánimo del soldado más resuelto y bien templado.

Ellas, en primer lugar, lo calan á uno hasta los huesos, dejándole hechas sopas las maletas y las piezas de muda que contengan; ellas empapan los recados que han de servir de camas; ellas dejan el suelo fangoso y encharcado, y ellas, finalmente, impiden hacer fuego, que sería el único remedio en semejantes situaciones.

Muchos no se darán cuenta de cómo hemos podido resistir tan felizmente la campaña, mejorando la salud de todos tan notablemente, en lugar de quedarnos por recuerdo enfermedades incurables.

Estoy convencidísimo de que nuestra resolución inquebrantable y la confianza que teníamos todos en la bondad de nuestra causa, han sido quienes han operado fenómenos á tal punto prodigiosos.

Y no se me objete que en las filas enemigas sucedió lo propio, porque ellas estaban compuestas por elementos en su mayoría ya hechos á vida semejante, en tanto que en las nuestras éramos muchísimos los que jamás habíamos hasta entonces pasado una sola noche al aire libre ni hecho jornada alguna de tres le-

guas, fuera de que en los Ejércitos gubernistas, enfermedades varias hicieron presa en centenares de hombres, en tanto que en las nuestras sólo uno, en toda la campaña, murió de enfermedad, y ése, el comandante Albarracín, ya era enfermo crónico cuando se nos incorporó.

Pero sigue, lector, la marcha hasta llegar al nuevo campamento.

Ya las barras del día aparecen en el cielo. El campo que pisamos, tapizado de flores de manzanilla, perfuma nuestro ambiente. El aura matutina, que aspiramos con fruición, despeja la pesadez de la cabeza, anulando los efectos del sueño en nuestros párpados. La calandria y el jilguero saludan con sus cantos melodiosos á la aurora, que, llena de rubores, asoma en el Oriente. Todo es vida, y perfume, y encantos, y armonía.

Cerca de nosotros, en nuestra misma dirección, se ve una casa blanca, que por el aspecto se me antoja es pulpería. Interrogo al baqueano y éste confirma mi sospecha. Ven conmigo, lector, y pediremos al General permiso para llegar á ella, donde juntos trataremos de saborear un pocillo de café que nos entone un poco.

Conseguido el permiso, partimos al galope, creyendo que seremos los primeros en llegar.

¡ Vana esperanza ! La pulpería está llena ya y la guardia nos impide el paso, solicitando el permiso por escrito.

Invoco mi calidad de ayudante del General, pero se me replica que éste, en su orden de que no se per-

mita pasar á nadie sin licencia escrita, ha incluído expresamente á sus ayudantes.

El General ha querido fumarnos, pero yo á mi vez lo fumaré. Me dió autorización verbal y nada me podrá objetar á mi regreso.

Simulo retirarme para sustraerme á la vigilancia de la guardia, pero á los pocos pasos contramarcho y me dirijo á los fondos de la casa.

No me quieren abrir; pero yo empiezo á llorar miserias, me finjo enfermo, y logro conmover el corazón de una morocha, que se me figura preciosísima, y ésta me abre y me da café con pan. La prosa va mezclada á la poesía, pero yo prefiero aquélla, y repito el café y devoro el pan, sin acordarme ya de quién me los ha proporcionado, que atiende á otros, tan ansiosos como yo del pan y del café.

¡Oh recuerdos encantadores de los días aquellos en que una rebanada del pan más inferior y una taza de regular café, compensaban con exceso todas las penurias de toda una noche de marcha ruda y fatigosa! Si hay recuerdos en la vida que jamás se borran, vosotros en la mía y en la de mis compañeros de jornadas, ocuparéis siempre una de las páginas más queridas y más bellas.

Pero llega la hora de acampar y es fuerza volver á nuestras filas.

Hemos hecho ya nuestro surtido y tenemos provisiones para porción de días.

Los mates de te y café abundarán en grande; ya tenemos con qué obsequiar á los amigos visitantes.

Hemos llegado á un monte, y el General manda:

«¡Por la derecha sobre la cabeza, en batalla!» Obedecemos la orden, y á los pocos instantes el clarín de órdenes, al tocar pie á tierra y acampar, nos dice que la marcha ha terminado y que ha llegado la hora del descanso.

Como el tiempo está bueno, no nos preocupamos de hacer carpas. Si amenazase lluvia, cuidaríamos de armarlas con algunas ramas enlazadas en forma de bóveda, que cubriríamos con los ponchos de paño; y si hubiéramos acampado junto á algún alambrado, haríamos con los alambres de éste la armazón, abriendo luego con el cuchillo en rededor de ella una pequeña zanja, para evitar que el agua se nos introdujera por el suelo.

Nos releva de semejante trabajo lo hermosísimo del día, que es otoñal de veras.

Mando mi asistente á la carneada, y Rodolfo envía el suyo á buscar leña, en tanto que yo veo una diligencia y salgo á su encuentro. ¡Diarios, diarios! grito, y en seguida me veo rodeado por el General, el coronel Lamas y multitud de compañeros.

Se revisa la balija, pero no encontramos cartas. ¿Cómo habían de adivinar nuestras familias que nos iba á encontrar la diligencia, cuando tres días antes nos hallábamos en una dirección distinta por completo, á más de treinta leguas de distancia del sitio en que ahora estamos!

Se entretienen todos en buscar y leer los diarios de Montevideo, que no traen nada de importancia á causa de la mordaza que sobre ellos pesa, en tanto que yo, que he husmeado algo que huele á diarios argentinos, levanto con disimulo un paquete en que creo recono-

cer los caracteres de *La Prensa,* y corro con él á devorármelo en el monte.

El paquete contiene varios números de *La Prensa* y *El Oriental,* que, aunque mienten mucho, traen noticias que son favorables á nosotros.

Los leo á solas, y después paso á leerlos en voz alta al General Saravia y al Coronel Lamas.

Éstos me oyen al principio con atención. Después el General me dice: « Bueno, no siga leyendo más; tantas mentiras me repugnan. Las del Gobierno siquiera me causan risa; éstas me dan fastidio, porque lo que se sepa la verdad, van á creer que somos nosotros los que andamos mintiendo, exagerando nuestros elementos y pregonando victorias que no hemos alcanzado, y nadie nos creerá nada en adelante. »

Y el Coronel Lamas agrega: « Si *La Nación* de Montevideo, con sus invenciones, que bien poco tardan en caer por su propio peso, en vez de hacernos mal, cimenta nuestro prestigio, esos diarios que mienten tanto en favor nuestro, son los que lo disminuyen. Nuestra mejor defensa y nuestro mayor elogio es decir las cosas tales cuales son, es decir la verdad siempre que sea posible, y disfrazarla, pero no falsearla, cuando sea impolítico el darla á saber al público. »

Como estoy con ellos de perfecto acuerdo, pliego los diarios y vuelvo á mi fogón. Aún no está pronto el asado, y aprovecho la hora para darme un baño y hacerme la *toilette,* lo que no todos los días nos es posible.

Después comemos, y la vida ordinaria de fogón sigue, con pequeñas variaciones, desarrollándose igual que de ordinario.

VI.

Luctuoso para nuestras armas como pocos fué el combate del Arbolito, en el cual, si el triunfo no coronó á nuestras armas por completo, fué de ello culpable en primer término la cobardía de varios jefes y oficiales, que, fuerza es decirlo, hicieron allí trizas su reputación de hombres pundonorosos y valientes, poniendo en peligro con su actitud la santa causa de sus compañeros; á ello y no á otra causa debió su muerte el inolvidable Chiquito Saravia, á quien muchos culpan de haber, con su temeridad, comprometido la victoria, sin darse cuenta, los que tal afirman, de que precisamente obtenerla es lo que se proponía Chiquito al llevar sus vigorosas cargas,— lo que hubiera conseguido á haberlo acompañado sus lanceros, quienes fueron los verdaderos culpables del suceso.

Y en efecto; sabido es ya por todos que el bravo hermano del General Saravia disponía de unos doscientos hombres, con los cuales creyó llevar su ataque, cuando sólo lo acompañaron unos veinte.

Aún así y todo, ese puñado de héroes alcanzó á doblar las primeras guerrillas enemigas y llegar hasta la escolta de Muniz, cayendo allí su bravo jefe, rodeado de enemigos, vencido por el número, en momentos en que, malherido él y muerto su caballo, se aprestaba á enancarse en el de uno de sus compañeros, víctima también de las balas municistas, que en esos instantes les llovían de todas partes.

Si en vez de veinte lo hubiesen acompañado sus doscientos lanceros, ¿cuál habría sido la suerte de la carga? La presunción favorable á nuestras armas se impone por completo.

Y ya que hablo de este episodio, uno de los más heroicos de nuestra campaña, completaré su relación ya conocida, con detalles que creo inéditos y en que desempeñan papeles de protagonistas el tan valiente como culto comandante Basilio Muñoz hijo, hoy digno Jefe Político de Cerro-Largo, y su no menos valiente y querido hermano Juan.

Ambos formaban parte del heroico grupo que acompañaba á Chiquito cuando fué ultimado. En la retirada, Basilio buscó á su hermano; éste se hallaba aún en la línea enemiga, de la cual no podía retirarse, por haber sido boleado del pescuezo por el pardo Toranza. El golpe de la cuerda sobre el cuello había sido tan recio, que á él debió Juan Muñoz la vida, pues echándolo sobre el pescuezo del caballo, hizo que las bolas, en vez de destrozarle la cabeza, pegasen en aquél. Basilio lo vió en tan crítico estado, y dió vuelta cara para tratar de salvarlo. Tenía sólo cuatro tiros en su Wínchester; trató de conservarlos, y con el amago solo pudo contener al grupo más cercano, dando lugar á que Juan se desembarazase de las boleadoras. Un negro era el más ensañado con ellos; Basilio lo entretuvo durante algunos momentos, hasta que al fin, viendo que de no ultimarlo sería víctima de su saña, le hizo fuego, tendiéndolo á su frente: el proyectil le había penetrado en la cabeza. Merced á su sangre fría, pudieron así salvarse ambos hermanos.

VII.

Estábamos á la sazón campados en el Pirahy, ultimando los preparativos para la invasión. El paraje no podía ser más hermoso, rodeado de monte por todos lados, con un baño delicioso y con sombra en abundancia: condiciones que en aquellos ardientes días de Febrero colmaban todos nuestros deseos de bienestar.

Mi fogón estaba compuesto por Rodolfo, dos hijos del General, su sobrino Severo Díaz, excelente y guapo compañero de 17 años, y los alféreces Saracho y José María, á quien llamábamos generalmente « el rubio ».

Pasábamos el día ocupados en hacer ejercicio, limpiar las armas, comer, sestear y formar corros en derredor de los jugadores de taba.

En las noches dormíamos patriarcalmente; pero en una de ellas, y cuando estábamos en lo mejor de nuestro sueño, sentimos de repente casi en nuestros oídos mismos, los gritos *¡uée!... ¡uée!...* de los zorros que andaban en busca de los residuos de nuestras comidas.

Rodolfo se incorporó y pudo distinguir á uno de los invasores de nuestra morada: distaba apenas unos dos metros de donde nos hallábamos.

Tratamos de ahuyentarlos, pero fué inútil; á cada rato nos despertaban con sus gritos, y, cuando ansiosos de darles un escarmiento, los buscábamos por un

costado, ellos aparecían por el otro, burlándose con sus *¡uée!... ¡uée!...*, que ponían á Rodolfo tan fuera de quicio, mientras yo tomaba el partido de reirme, pues aquello era para mí una novedad.

Esa noche no dormimos casi, desquitándonos al día siguiente con la prolongación de nuestra siesta.

Á la siguiente noche volvieron los zorros, y Rodolfo, impacientado, tomó su revólver é hizo un disparo á uno de ellos, á pesar de la prohibición que había de tirar bajo ningún concepto.

El zorro no apareció más, y aunque Rodolfo no podía convencerse de haberle errado, el hecho fué que á la mañana siguiente sólo pudimos encontrar sus huellas.

Fuera de tan burlones invasores, no tuvimos otros en Pirahy, á no ser dos víboras cruceras que aparecieron una tarde entre mis cojinillos y que fueron exterminadas en seguida.

VIII.

El día de la invasión, el General Saravia, así para dar ejemplo como por no tener mucha confianza en sus carreros, tomó él mismo la picana, conduciendo las carretas en que iban los compañeros que no tenían caballos y las municiones, trasponiendo con toda maestría los arroyos y cañadas, hasta llegar al buen camino.

En las carneadas, más de una vez lo vimos enlazar con su propio brazo las reses más gordas para el con-

sumo de la tropa, y más de una vez también lo vimos bajarse del caballo para cortar personalmente los alambrados que obstruían nuestro camino.

Rasgos como éstos, son los que ponen de relieve la modestia del General, que, á pesar de serlo, no titubeaba en prestar sus servicios en las esferas más humildes, para dar ejemplo á sus soldados, y demostrarles prácticamente, ganándose su aprecio, que el trabajo, cualquiera que sea su clase, lejos de rebajar al hombre, lo enaltece y le granjea la estimación de sus semejantes.

IX.

Pocos días después de la invasión, al caer de una tarde opaca y sin crepúsculo, nos disponíamos á campar, cuando se nos acercó un compañero pidiéndonos la dirección de su escuadrón. Como se hallaba éste de guardia y el buen hombre llevaba su apero consigo, lo invitamos á pasar la noche en el fogón nuestro, brindándole un buen fuego y un mejor asado.

Aceptada la invitación y hechos los honores al asado, nos acostamos, tendiendo yo mi cama detrás de la del inesperado huésped, que venía armado de una lanza ordinaria, de esas que tienen por moharra un pedazo de hierro enmohecido y por regatón un trozo de lata arrollado en forma cónica. Esa lanza la clavó á la cabecera de su cama, que venía á ser los pies de la mía.

Entregados estábamos ya al más reparador y pro-

fundo de los sueños, cuando súbitamente me sentí despertado por un fuerte golpe sobre la oreja izquierda, que me dejó atontado.

Me incorporé, sin embargo, y eché mano á mi revólver en previsión de cualquier ataque, aumentándose mi alarma al notar que tenía bañado en sangre el rostro.

Traté de levantarme; pero mi mano tropezó con la moharra de una lanza, y me dí cuenta entonces de lo sucedido.

La lanza del forastero, mal clavada, había caído sobre mí, partiéndome la oreja izquierda de lado á lado. De allí salía la sangre, que continuaba corriendo por mi cara. Para estancarla no atiné sino á arrancar el forro á mi sombrero, aplicándolo al punto lesionado; al despertarme colgaba de mi oreja á guisa de pendiente, todo bañado en sangre su hermoso color lila, y valiéndome buenas y alegres bromas de mis compañeros de aquel entonces.

X.

La víspera del combate de Arbolito, el infortunado y heroico Chico Saravia estaba locuaz y decidor como muy pocas veces lo habíamos oído.

Hablaba del probable encuentro con Muniz, con esa alegría que anima á los que se hallan en vísperas de alcanzar algo deseado desde mucho tiempo, y que por fin se está ya por obtener.

Como era habilísimo jinete, hacía varios días que

se ocupaba en adiestrar un magnífico potro, hecho bagual por él mismo, y que le absorbía todo su tiempo durante las marchas.

Ese día dejó el bagual al cuidado de uno de sus asistentes y se fué á la cabeza de la columna á conversar con el General.

Como alguien le observara lo decidor que estaba, replicó chanceándose: «Tengo hoy tanta charla, porque estoy todavía lejos del *toro viejo* [1]; mañana, cuando esté cerca de él, quién sabe si no le tengo miedo y le disparo.»

He narrado ya lo que pasó al día siguiente, en que Chiquito, cumpliendo sus propósitos, sucumbió heroicamente al abrirse paso con sus pocos lanceros en busca de Muniz, á poca distancia del cual cayó atravesado por dos balazos y otras tantas estocadas, rodeado de enemigos.

XI.

El 18 de Marzo, víspera del combate de Arbolito, acampamos sobre una cañada, ordenando el General que no se hicieran fogones, para evitar así que pudiéramos ser notados. La marcha de esa tarde había sido un tanto penosa, y horas hacía que no probábamos bocado.

Mi compañero de esa noche era Héctor Bosch del Marco, que salió á recorrer el campamento para tratar

(1) Llamaba así á Muniz.

de conseguir algún bocado, mientras que yo, que poseía un trozo de queso, lo ofrecía al ayudante de Arózteguí, obteniendo en cambio de éste un trago de vino y algunos bocados de fiambre.

Entretanto, en el sitio ocupado por la gente de Chiquito, Salom sorprendía á algunos compañeros que se deslizaban sigilosamente por la zanja, y siguiéndolos, se encontraba en paraje seco de ésta, con un pequeño fogón de bosta de vaca, tapado con una carona para no ser descubiertos los que lo rodeaban, que eran varios soldados y oficiales del batallón Patria, los cuales, al verse sorprendidos, resolvieron comprar la complicidad de Salom con algunos mates de te, que éste se apresuró á aceptar.

De los que esa noche rodeaban aquel fogón, saboreando sus mates, sólo Salom salió ileso al día siguiente, muriendo los bravos compañeros Ureta y Juan Fernández, y siendo heridos los comandantes Viramonte y Chiappara, y el valiente oficial Juan Abellá y Jourdán.

XII.

El bravo coronel Celestino Alonso, jefe después de la 6.ª División, acababa de ser herido en un pie en el combate de Arbolito. El General, que aún lo ignoraba, se dirigió á él, y en vez de ordenarle directamente que cargara á lanza contra una guerrilla que estaba diezmando á nuestros valientes, lo hizo preguntándole:

— ¿No tendré, coronel, un jefe que me quiera desalojar de ahí á esos *animalitos?* (1)

— Aquí tiene uno, General, fué la respuesta.

A los pocos instantes, Alonso cargaba á lanza con sus valientes, teniendo que volver grupas cuando ya estaba á pocos pasos del enemigo, forzado á retirarse por un alambrado que lo detuvo en su brillante carga.

Al día siguiente, cuando el Ejército se aproximó á la frontera para dejar en ella sus heridos, presenciamos, con lágrimas en los ojos, ternísimas escenas. La despedida del coronel Alonso fué una de ellas.

El bravo de la víspera lloraba como un niño al abrazar al General Saravia, y después de haberse despedido, se negaba á seguir el camino del Hospital, siendo necesaria toda la energía del General para hacerle comprender que sólo después de sano podría volver á ser útil en el Ejército, y que por el momento hasta el mismo patriotismo lo obligaba á poner de su parte todo lo posible para su curación, incorporándose de inmediato al convoy de heridos, que con marcha penosa y lenta partía ya camino de la frontera.

XIII.

Es conocido ya el episodio de Alberto Maldonado con el moreno Camundá, en el combate de Arbolito; pero como ha sido narrado de diversos modos y nin-

(1) Así llamaba el General, en su lenguaje pintoresco, á los defensores de Borda.

guno de ellos se halla de acuerdo con las referencias hechas en el mismo día de aquel combate por los propios protagonistas, lo relataré de nuevo conforme á la verdad de lo acaecido.

Se hallaban Maldonado y Camundá posesionados de una pulpería que se hallaba situada en el centro de nuestra línea, y desde cuyas ventanas hacían fuego de flanco á una guerrilla enemiga que distaría apenas unas tres cuadras de ellos.

El día era sofocante, y como hacía ya más de tres horas que había comenzado el fuego, nuestros soldados desfallecían de sed, por lo cual Maldonado pidió á su compañero que le alcanzara una jarra con agua que estaba sobre una mesa, al lado de la ventana que les servía de tronera. Camundá no había reparado aún en la jarra, de manera que al oir las palabras de su compañero, se abalanzó sobre ella, llevándosela á los labios en seguida, á pesar de las protestas de Maldonado, que, como es natural, pretendía beber primero.

Para evitar que esto ocurriese, el sediento negro comenzó á beber frente á la ventana misma, pero con tal desgracia, que á los primeros tiros una bala de Máuser, entrando por la ventana, le destrozó la jarra, dejándole en la mano sólo el asa, é imponiéndole así un suplicio de Tántalo, que sólo podrán imaginar los que se hayan encontrado en casos semejantes.

La desesperación de Camundá, mezclada de sorpresa al propio tiempo, no es para descrita. Maldonado, cada vez que nos refería tan cómico episodio, no podía contener la risa al recordar la cara de su compañero cuando ocurrió el suceso.

XIV.

Mi muy querido amigo Arturo Salom, que en Arbolito se portó con una bravura y abnegación no muy generales en la arriesgada empresa de salvar á sus compañeros malheridos ó extenuados, tiene del cumplimiento de su misión recuerdos perdurables.

Él, con el capitán Joaquín Sánchez, ayudante del comandante Antonio Mena, llevaba de los brazos á un pobre herido que apenas se podía tener de pie, cuando de pronto notó que se desplomaban ambos compañeros: una bala perdida les había atravesado á ambos la cabeza, salvándose el humanitario amigo de correr la misma suerte por la costumbre de llevar baja la cabeza, que ha tenido siempre.

Arturo quedó atónito al darse cuenta de aquella muerte doble.

En esa misma mañana, el bravo y excelente compañero, mayor Norberto Acevedo Díaz, le debió también su salvación, pues extenuado de fatiga y sin fuerzas para dar un solo paso más, se agazapó entre unos yuyos, sin esperanza alguna de salvarse, cuando él acertó á verlo, enancándolo en su caballo, y devolviéndolo al seno de sus compañeros sano y salvo.

Pero hubo más. Juan Abellá y Jourdán había recibido cinco balazos, de los cuales cuatro eran de cuidado. Imposibilitado de retirarse por sí solo, fué subido á caballo por Salom ayudado por uno de sus

compañeros, y conducido por él mismo hasta más allá del campo de la acción.

Juan Abellá había sido condiscípulo mío en el Seminario allá por los años de 1886 y 87; desde entonces no lo había vuelto á ver, cuando me lo encuentro bañado en su propia sangre, montado en un jamelgo que llevaba Salom de tiro, y sufriendo horriblemente á pesar de su entereza.

¡Diez años sin verlo, y hallarlo en aquel estado!

Abellá me reconoció al punto y me llamó. No pude abrazarlo, como hubiera sido mi mayor deseo, porque sus heridas me lo impidieron; pero, ¡con qué emoción lo ví, después de tanto tiempo, derramando su sangre por la patria!

Á pesar de sus heridas logró salvar, y hoy pasea por las calles de Montevideo, sin más defecto que una leve cojera, que constituye su orgullo más legítimo.

XV.

Si al invadir el General Saravia hubiera recibido la nota que el Comité de Guerra le envió desde Buenos Aires dándole á saber el punto en que Lamas debía desembarcar, y citándolo para reunirse con éste en el Paso de los Toros, el combate de Arbolito no se hubiera librado á buen seguro, y probablemente el triunfo material de la revolución hubiera acompañado al moral, que en Septiembre obtuvimos tan completo.

El portador de esa desgraciada nota fué el doctor Vidal y Fuentes, y contra este buen amigo, que tan

grandes servicios prestó á nuestra causa en el cuerpo sanitario del Ejército, se hicieron tales cargos, que lo obligaron á sincerarse enviando al Comité de Guerra una nota en que explicaba las causas de su demora, colocando las cosas en su sitio.

La publicación de esa nota en estas páginas es lo que hoy me pide el meritorio compañero en la carta que se leerá á continuación, y yo cumplo con un deber de compañerismo y de justicia al acceder á pedido tan explicable.

He aquí esos documentos:

Señor don Luis Ponce de León.

Mi estimado compañero:

Sé que usted publicará un libro narrando algunos episodios de la pasada campaña, y si en su libro hubiera lugar, le agradeceré publique el adjunto documento, que es una nota pasada por mí á la que fué Junta de Guerra de nuestra revolución.

Usted sabe cuánto se ha hablado sobre una nota de que fuí portador para el General Saravia; usted y todos mis compañeros saben también cuán injustos eran los cargos que se me hacían por no haber entregado antes esa nota; pero creo conveniente su publicación para que esos señores que me acusaban de incuria vean que estaban equivocados, pues si el tal pliego no fué entregado á su debido tiempo, es porque faltó el tiempo material para hacerlo.

Mis jefes superiores, á quienes me conservo grato por sus atenciones, nunca me hicieron cargos por la falta que otros me han atribuído. Tocaba á la Junta de Guerra hacérmelos, sin duda para desquitarse de los muchos, quizá merecidos, que se ha ganado en el desempeño de su cometido, hasta

el punto de ser desautorizados sus actos por nuestro valiente y digno General Saravia.

Agradeciéndole, amigo Ponce de León, la publicación solicitada, me repito de usted atento y seguro servidor.

Alfredo Vidal y Fuentes.

Montevideo, Febrero 5 de 1898.

* * *

Señor Presidente de la Junta Revolucionaria Oriental, doctor don Juan Ángel Golfarini.

Señor Presidente:

Por motivos de salud y con licencia del Jefe de Estado Mayor del Ejército, quedé últimamente en Rivera, donde conversando con el señor Velloso, supe que se me hacían cargos por los miembros de esa Junta, á causa de no haber entregado á su debido tiempo, una nota que conduje para el General Saravia.

Interesado como estoy en que se conozca bien este asunto, voy á referir con toda exactitud los antecedentes que se relacionan con él, para que se vea la sinrazón de los cargos que se me puedan hacer.

Cuando salí de Buenos Aires (26 de Febrero por la noche), se me entregaron para el General Saravia un paquete y dos notas, de las cuales una con sobre cerrado, y para el Gobernador de Río Grande otra nota también cerrada. El doctor Golfarini me recomendó antes de la partida el paquete referido, diciéndome que contenía el Manifiesto que daría el Ejército Revolucionario, haciéndome resaltar por repetidas veces la importancia de ese documento y la necesidad de que cuanto antes llegase á manos del General, pues así sería de utilidad al partido. Respecto á las notas, se me manifestó que las entregara en propia mano á las

personas á quienes iban dirigidas, sin recomendarme la urgencia absoluta de su entrega, y sin dársele ni mucha ni poca importancia á la que cerrada iba para el General Saravia, cuyo contenido nadie me comunicó.

Después de trasbordar en Montevideo, al llegar á Río Grande trasbordé de nuevo, para seguir viaje á Porto Alegre con el objeto de entregar la nota para el doctor Castilhos, cuyo texto conocía porque el doctor don Juan José de Herrera me lo había manifestado.

Antes de emprender la marcha hacia Río Grande, entregué al doctor Baena, con el cual hice el viaje hasta aquel punto, y al doctor Seberio, el paquete tan recomendado para el General Saravia, indicándole la urgencia absoluta que había de entregarlo cuanto antes, según me lo manifestó antes de partir el doctor Golfarini. Respecto á las notas para el mismo destino, que conducía, es evidente que si no las mandé, es porque no se me recomendó con relación á ellas ninguna urgencia y porque ignoraba completamente el contenido de la que venía cerrada, no pudiendo por consecuencia apreciar su importancia.

Seguí el viaje á Porto Alegre, dí mi vuelta á Pelotas, de donde marché á Bagé para incorporarme al Ejército, lo que no pude realizar, pues cuando marchaba para Pirahy, encontré de retirada para Bagé al doctor Baena, señor Ramón Moreira (Director del Hospital de Cuchilla Seca), don Felipe Aldama y al practicante señor Casás, quienes me manifestaron que el Ejército había invadido.

Téngase presente que cuando sucedía esto, recién hacía *seis días* que yo había salido de Buenos Aires, y el buen criterio de los miembros de la Junta, lo mismo que las informaciones que puede hacerles el doctor Duvimioso Terra, sobre las dificultades de la navegación en la Laguna de los Patos, que según creo hace pocos días ha hecho en su vuelta de Porto Alegre, convencerán á Vd., señor Presidente, de la imposibilidad que había para encontrarse en menos tiempo en Bagé, habiendo hecho en *seis días* y *horas* un viaje que ordinariamente dura más de *diez días*.

Con esto, que es la narración fiel de la verdad, queda explicado por qué no entregué al General Saravia antes de su pasada, la nota que para él traía.

Quedé en Bagé, y el día 12 de Marzo vino á esa ciudad el Comandante de Fronteras don Abelardo Márquez, persona que con frecuencia tiene que ir al Ejército por las necesidades de su cargo, y á él le entregué la nota que había conservado en mi poder, comprometiéndose á enviarla en la primera oportunidad. La fatalidad quiso que no fuera posible al señor Márquez enviar esa nota á su destino hasta el día en que me incorporé al Ejército, al cual fuí con el señor Aróztegui, después de Arbolito.

Pueden imaginarse los señores de la Junta qué disgusto no tuve al ver qué poca confianza se había tenido en mí, al dárseme un pliego importante sin hacerme conocer el contenido de él, disgusto que consideraron muy justificado distintas personas á quienes narré todo lo que había sucedido, entre otros el General, el señor Aróztegui, etc.

Yo bien sé que poco represento en el partido de mis afecciones; pero aunque todavía tengo mucho que sacrificarme por él, creí que por la sinceridad y entusiasmo con que lo he servido, tenía derecho á que se me hubiera enterado cuando menos del día en que estaba fijada la pasada de nuestra revolución, ya que ese día era conocido en Buenos Aires por muchas personas que no hacían secreto de ello.

Disculpará la Junta de Guerra que por un asunto que me es completamente personal venga á molestarla, pero mi buena reputación de partidario que tengo me obliga á pedirle que, después de tomar en consideración las razones aquí expuestas, tenga á bien manifestar que queda convencida de que sólo por causas ajenas á mi voluntad, no entregué á su debido tiempo la nota que llevaba para el General Saravia.

Saluda al señor Presidente atentamente.

Alfredo Vidal y Fuentes.

Julio de 1897.

XVI.

En campos de Justino Muniz precisamente, fué donde la revolución, condenando y ejecutando después de breve juicio á cuatro bandoleros que formaban en sus filas, puso el más firme dique á los desmanes que pudieran cometerse, como casi siempre se cometen en los ejércitos irregulares, en los que no es posible investigar la vida y costumbres de los voluntarios que se enrolan.

El Ejército recién había reemprendido su marcha, siguiendo el rastro de Muniz, cuando un mayoral, encontrado en el trayecto, se acercó al General, poniendo en su conocimiento que al pasar cerca de la casa de negocio de don Bruno Castro, había hallado á su paso á la señora de éste, quien, anegada en llanto, le había participado que en la noche anterior había sido asesinado su marido y saqueado su negocio por cuatro revolucionarios, cuyas señas dió, pero á quienes no conocía.

Agregó por su cuenta el mayoral, que había encontrado cerca de un arroyo á dos hombres en completo estado de ebriedad, presumiendo fueran ellos los autores del narrado crimen, por el estado en que los había encontrado y por sus facciones bien marcadas de hombres avezados al crimen. Esos hombres pertenecían al Ejército, á estar al color de sus divisas.

Al oir semejante información, el General mandó hacer alto y envió una comisión en busca de los in-

dividuos aludidos, en tanto que el Coronel Lamas convocaba á los coroneles y jefes de División á Consejo de Guerra, y les pedía una nómina detallada de todos los hombres que en la noche anterior habían faltado del campamento.

Un buen rato transcurrió, al cabo del cual, formado ya el Consejo que los esperaba, llegó la comisión con los presuntos reos, de los cuales el uno era moreno, de facciones angulosas, frente aplanada y pómulos salientes, y el otro de tipo aindiado, de bigote lacio y ralo, y cuerpo alto y fornido.

Se procedió á un registro minucioso en sus ropas y maletas, y se las halló llenas de piezas de lienzo, pañuelos, yerba, azúcar, pasas de higo, galletitas y porción de otras menudencias, que formaban en aquellas circunstancias la más cumplida prueba del crimen cometido. Uno de ellos tenía también el recado de su víctima. Se les interrogó en seguida, y en tanto que el indio ni se daba cuenta de lo que ocurría, por estar completamente ebrio, no abriendo los labios ni una sola vez, el moreno comenzó por el contrario á hacer mil protestas de su inocencia, hasta que al fin, dadas las abrumadoras pruebas que contra él se producían, optó por seguir negando, pero acusando á sus cómplices ausentes, que en seguida fueron traídos del escuadrón de Julio Barrios, en el cual formaban, y á quienes se encontraron idénticas prendas robadas que á los anteriores, agregando á ellas unas enaguas de mujer y un reloj de oro, de cuya procedencia no supieron dar explicación.

Estos dos últimos reos eran también un indio y un

moreno, pero el primero era un muchacho de tipo simpático y de facciones bastante regulares.

El comandante Lidoro Pereira registró los cintos, y al tomar uno de ellos, repleto de monedas, preguntó al que lo llevaba qué cantidad se contenía en él. «Trece pesos,» contestó sin vacilar; pero al ver que había más cantidad, rectificó diciendo que eran «diez y nueve.» Excusado es advertir que esta vez también se equivocó, siendo bastante mayor la suma hallada.

Entre los efectos robados se encontraron varios pañuelos rojos, de golilla, lo que demostraba acabadamente la previsión de los criminales, de pasarse al bando contrario en caso de que en el nuestro se sospechase de ellos.

Por fortuna antes de que sus planes pudieran ser cumplidos ya se les había puesto á buen recaudo, y el Consejo de Guerra, presidido por el Coronel Lamas y del cual no formaba parte el General, les imponía la pena á que eran acreedores.

Expuestos los hechos y verificadas las pruebas, contra las cuales no se produjo descargo alguno, se procedió á la votación de la sentencia.

El primero que habló fué el coronel Núñez: — «Que se les pase por las armas de la patria,» — dijo; y en el mismo sentido se expresaron acto seguido los demás miembros del Consejo, cuya decisión fué ratificada por el doctor Terra, como delegado del Comité con instrucciones para el caso.

La ejecución debía efectuarse inmediatamente, y al efecto se hizo formar á 16 hombres, de la misma División que los reos, maniatándose á éstos después de

hacérseles poner de rodillas á unos tres metros de los ejecutantes.

Entonces el moreno de quien primero hablamos, vió cerca de él á su jefe el comandante Barrios, y comenzó á suplicarle que lo salvara, que se apiadara de quien lo había acompañado en toda la campaña del Brasil, etc.; á lo que el aludido contestó: «Yo no defiendo á bandidos, sin vergüenza ... »

Perdida ya toda esperanza, y para ganar tiempo, el moreno pidió agua, la que se les dió á los cuatro reos por orden del coronel Mena.

En seguida se procedió á la ejecución, teniendo el mando del piquete ejecutor el capitán Pellejero.

Se dió la señal, y los cuatro hombres rodaron por el suelo, dos de ellos sin vida y agonizantes los demás.

Se ordenó el tiro de gracia para éstos, y dos soldados abocaron sus Rémingtons á las sienes de los criminales; pero como á uno de aquéllos le temblase el pulso, y, fuertemente impresionado, desviase su arma en el instante de salir el tiro, fué necesario aún un nuevo disparo, que dió completo término á aquella triste, pero necesaria escena.

Por el lugar de la ejecución desfiló todo el Ejército, que, á pesar de su emoción, se mostró satisfecho de tan ejemplar castigo, vivando á la patria, al General y al orden.

Los cuerpos de los penados quedaron insepultos en el campo, para escarmiento de los foragidos.

Los cuatro reos hablaban portugués y eran nativos del Brasil.

Un detalle final: el General Saravia, á pesar de su

energía, durante el Consejo de Guerra y el cumplimiento de la sentencia se hallaba emocionadísimo, y más de una lágrima vimos correr por sus mejillas.... Es que los leones también tienen corazón.

XVII.

Al entrar una de las primeras noches del mes de Abril, pasamos por vez primera el Río Olimar, acampando á pocas cuadras de Treinta y Tres, cuyas calles habíamos atravesado.

Al día siguiente mis deseos de conocer la ciudad pudieron en mi ánimo más que la disciplina, y sin pedir licencia á nadie, pues preveía que me sería negada, ensillé mi caballo y me dirigí hacia ella, donde encontré á muchos y buenos amigos, entre los cuales debo recordar en primer término á su cura párroco don José Bergara, con quien me unen vínculos antiguos, que me prodigó toda suerte de obsequios, invitándome á almorzar con él y brindándome con un levitón impermeable, que de buenas mojaduras me libró en los rigores del invierno.

Terminado el suculento almuerzo, nos confesamos varios de nosotros, hicimos nuestros surtidos de provisiones, visitamos la Jefatura y salimos á recorrer las calles, en las cuales nos esperaban, para presentarnos sus felicitaciones y alentarnos con sus voces argentinas, las patriotas hijas de aquel hermoso pueblo.

En el ínterin el Ejército había marchado, y sólo había quedado en Treinta y Tres la cuarta División,

una de mis preferidas, que se hallaba bajo el mando del comandante Juan José Muñoz, hoy excelente Jefe Político de Maldonado, y entonces uno de los mejores, más valientes, más pundonorosos, más cumplidores y más cultos jefes del Ejército.

Esa División estaba formada en gran parte por elementos minuanos; pero contaba también entre sus voluntarios á porción de muchachos conocidos de otros departamentos.

En ella tuve yo muchos amigos, de los cuales á dos de los mejores, Ramón Orique y Arturo Ramos Suárez, les cupo en suerte ser de los que en Aceguá cayeron como bravos, luchando por su patria, que hoy los llora.

También en ella revistaron mis excelentes compañeros Bernardino Orique, Nery Mesones, Temístocles Ortiz, Sifredo Barrera, Severo Rodríguez, Alejandro Ramos Suárez, Teófilo de Bethencourt, Salazar, Requena, y sobre todos ellos en cuanto á los vínculos de mi afecto, Joaquín Aguirre, mi hermano de corazón, el más valiente muchacho de su edad, que tan bien puesto en el Ejército dejó el nombre que ya su padre había ilustrado en la gloriosa campaña del 70.

Incorporado á esa División salí de Treinta y Tres, en donde, como ya he dicho, había quedado rezagado.

Habríamos marchado ya algún tiempo, cuando el comandante Muñoz mandó acampar, formando su División en un gran grupo y los agregados en otro, á poca distancia del primero.

Desensillé mi caballo, tendí mis *garras* (1) y me fuí

(1) En el lenguaje de nuestros campos, *garras* es sinónimo de apero.

á conversar con Ramón Orique y otros compañeros, con ánimo de pasar allí la primera noche.

Cuando llegó la hora de acostarnos, nos despedimos hasta el día siguiente y me dirigí á mi fogón.

Las luces estaban ya apagadas y erré el camino, no logrando encontrar el punto en que tenía mi cama.

Anduve á la ventura largo rato, y al fin volví sobre mis pasos para ver si Orique me indicaba la dirección buscada; pero entonces se me presentaba otra cuestión: ¿cómo encontrar á Orique?

Un fogón aún no apagado me sirvió de guía, mas fué grande mi chasco al llegar á él y encontrarme con los caballerizos, que al verme á pie, sin sombrero y sin rumbo, me tomaron por un espía, costándome no poco trabajo convencerlos de que era compañero y me hallaba extraviado de los míos.

Me acompañó entonces uno de ellos hasta la cañada en que estaba campada la gente del comandante Muñoz, encontrando á los pocos instantes á mi Orique tan buscado.

Le conté mi aventura, y riendo á más no poder de ella, me indicó un rumbo que resultó después ser falso. Yo lo seguí, pero temeroso de volver á extraviarme, anduve dando vueltas en redor del campamento de Muñoz, hasta que convencido ya de que no lograría encontrar mi cama, me dirigí á la cañada, resuelto á pasar la noche allí, tendido sobre el suelo.

¡Curiosa coincidencia! — Á pocos pasos del sitio que eligiera para mi reposo, estaban, con aire misterioso y como haciendo algo en que no querían ser sorprendidos, Joaquín Aguirre, Orique y otros compañeros.

Al verme, escondió uno de ellos bajo el saco el objeto que querían sustraer á mis miradas, y enterados de lo que pensaba hacer, me invitaron á pasar la noche en su fogón.

Acepté, como era natural, y me acosté en el mismo recado que Joaquín; pero con tan poca suerte, que pasé la noche casi en vela, debido al Rémington de aquél, que venía á quedar casi debajo de mi cuerpo, y que yo no quise separar de allí por no despertar al buen compañero que me había brindado con su lecho.

Al amanecer, mi aventura fué el tema favorito de todas las conversaciones, y los bromistas, — que eran casi todos, — se cebaron en mí con sus pullas, que, aunque de buena ley, jamás olvidaré.

Tiempo después supe que el objeto que tanto ocultaron esa noche Orique y sus compañeros, era una lata de marmelada de membrillo, á que habían hecho los honores, y que por sus exiguas dimensiones no les había permitido invitarme á participar de su dulce contenido.

XVIII.

Como es sabido, el Coronel Lamas se incorporó dos veces á las fuerzas del General Saravia, el 23 de Marzo la primera, con todo el Ejército que á su mando obtuvo el brillante triunfo de Tres Árboles, y el 10 de Abril la última, pero sólo con 300 hombres, por causas que ya son públicas y que más tarde habían de producir la defección de Núñez y el desbande de su valiente infantería.

Hablaré por su turno de ambas incorporaciones.

La primera de ellas se efectuó en Tupambaé. Ambos Ejércitos la deseaban con el más vivo entusiasmo.

La gente que iba en las filas de Aparicio, casi desmoralizada en su mayor parte por el fracaso de Arbolito y por los pocos elementos bélicos de que disponíamos, cifraba toda su esperanza en las valientes Divisiones que tan bizarramente se batieran en Tres Árboles, creyéndolas con abundante parque, y ansiosos de obtener informes fidedignos de la gran victoria; la de Lamas, por su parte, falta de caballos y perseguida, aunque de lejos, por un fuerte Ejército, ansiaba hallar á sus compañeros del Nordeste, suponiéndolos con numerosa caballería, con tropillas sobradas de animales de refresco, y con un fuerte número de plazas, que, unidas á las suyas, formarían un poderoso cuerpo de tropas, suficiente para batir al enemigo.

Todo esto sin contar con el vivo deseo que había en unos y otros de abrazar á los amigos y de conocer á los valientes jefes, de prestigio tanto, á cuyo mando aún no les había cabido en suerte batir al adversario.

Yo de mí sé decir que experimenté júbilo inmenso al abrazar, entre otros mil, á mis queridos compañeros de todos los tiempos, Luis Alberto de Herrera y Luis Pastoriza, que con tanto cuidado me tuvieran desde que supe que se habían hallado en la batalla de Tres Árboles.

Recuerdo que ese día los dos Ejércitos acamparon en ambas márgenes de un arroyo, cuyas aguas nos servían de línea divisoria.

Yo ansiaba correr á estrecharlos en mis brazos; pero el General aún no había llegado al campamento, y la disciplina me impedía salir de mi fogón. Estaba hablando de ellos con Rodolfo, cuando de repente oigo en un grupo cercano una voz por demás amiga y conocida. Me levanto y corro al encuentro del que hablaba: era Luis Pastoriza, el valiente ayudante del Coronel Lamas, el amigo queridísimo que con Herrera se habían apoderado en aquellos momentos, de mi pensamiento, de mis recuerdos y de mis palabras.

Lo primero que hice, después de abrazarlo con uno de esos abrazos que los hombres de corazón reservamos sólo para las grandes ocasiones, fué preguntarle por el compañero común, y aprestarme á acompañarlo hasta su carpa, que, como ya he dicho, estaba armada del otro lado del arroyo.

Pastoriza cambió conmigo breves palabras, hablando un buen rato en cambio con el General, que había llegado ya, y en cuyo fogón hicimos los honores á un suculento matambre, que en el asador nos esperaba.

Concluimos el almuerzo, y, obtenida mi licencia, nos pusimos en marcha.

Á los pocos momentos comenzó á llover, y como Pastoriza no llevaba poncho, le dí el mío para que no mojara su hermoso uniforme, entonces aún flamante.

Entre tanto los clarines nos habían anunciado, con su toque de ensillar, que en breve se reanudaría la marcha.

Llegamos al campamento de Lamas, y allí ví á Luis Alberto, repitiéndose con él la escena ya descrita.

El correcto *dandy* de Montevideo estaba, como

todos nosotros, convertido en un desarrapado vagabundo de campaña.

La barba le había crecido, y formaba marco negro á su alegre fisonomía, ya un tanto curtida por los ardores del sol de Otoño, lo que le daba aspecto de mayor robustez y fortaleza.

Hablamos largo y tendido, siguiendo la marcha del Ejército, contándonos las aventuras pasadas, las primeras impresiones al entrar en pelea, los pormenores mil de nuestra vida de campaña, lamentando los tres la falta de noticias de nuestros hogares, que quién sabía en aquellas horas las amarguras y sufrimientos que por tanta incertidumbre pasarían.

Conversando con ellos, supe yo cómo se había efectuado la primera entrevista de Saravia con Lamas y Terra.

El General se hallaba enfermo, y había ido á reposar en una casa de la vecindad; allí fueron recibidos Terra y Lamas, haciendo el primero las presentaciones de ordenanza, con toda la etiqueta y todo el ceremonial que para los Ejércitos regulares se hallan establecidos.

Saravia los recibió en la cama, y con toda la sencillez que le es característica, entabló afable diálogo con los recién presentados, escudriñando á éstos con su mirada penetrante é inquisidora, que tan raras veces se equivoca al formar con ella los primeros prejuicios sobre las personas en quienes es fijada.

En efecto; momentos después le preguntaba yo qué impresión habían producido en él los nuevos personajes, y me contestó de esta manera: — El Coronel Lamas,

muy buena; de sus demás compañeros, sólo hay dos que me parece no me quieren bien, y se me ha puesto que antes de mucho tiempo *nos veremos mal* con ellos.

— Y quiénes son ésos? — volvimos á interrogarle.

— Uno es ese doctor, que no sé cómo se llama; y el otro es ese coronel Núñez.... pero puede que me haya equivocado. Deje no más, que pronto lo sabremos.

El lector dirá si el General se equivocó en sus juicios, y si al poco tiempo no nos *veíamos mal*, los revolucionarios, con el doctor Terra y el coronel Núñez.

Esta primera incorporación fué más bien en el nombre que real, pues marchaban y hacían campamento aparte los dos cuerpos de Ejército, quedando sólo en el del General Saravia, cuando Núñez siguió marcha hacia Artigas, dos ó tres divisiones de la gente de Tres Árboles, que creo fueron la de Soriano, la de Flores y el escuadrón de caballería de los comandantes Andrés y José Gil.

La segunda incorporación del Coronel Lamas, que fué la efectiva, pues recién entonces ocupó el puesto de Jefe de Estado Mayor de nuestro Ejército, se efectuó el 10 de Abril, como ya lo hemos dicho, en campos de la señora viuda de Alzola, en Cerro Chato.

Llovía á cántaros ese día. El Coronel Lamas llevaba carpa de lona, que fué la primera de su clase armada entre nosotros, y se resguardó en ella, conferenciando con el General después de haber comido.

Entre los nuevos compañeros que se incorporaban, estaban Pastoriza, José María Cabrera, y cuatro excelentes compañeros, á quienes aún no conocía, y que

más tarde habían de granjearse la simpatía más viva de todos sus nuevos compañeros, estando desde entonces yo ligado á ellos por la más afectuosa y más sincera de las amistades.

Me refiero á Rafael Doll, Guillermo Quintana, Sandalio Roselló y Cayetano Martínez, cuatro muchachos de Soriano, de quienes es tanto lo bueno que tengo que decir, que me ocuparé de ellos en números aparte.

Herrera había quedado con Terra, dejándolo allí Lamas como hombre de verdad y de criterio á quien más tarde, si era necesario, podría ocurrirse para averiguar con certeza lo que sucediese.

He dicho que llovía á cántaros, pero he dicho mal: llovía á torrentes.

Parecía que las nubes, desairadas por el cielo y enamoradas de la tierra, querían infiltrarse en ella, compenetrarse con su amada para siempre, buscando refugio entre sus átomos más hondos para escapar así á los celos del Sol, su rival eterno en estas luchas climatéricas.

Empapado á más no poder, al caer la tarde gané la carpa del Coronel Lamas bajo el pretexto de conversar con Pastoriza, pero en realidad con el propósito de pernoctar allí á la menor insinuación que se me hiciera.

Pastoriza me invitó á quedarme, y, acomodándonos como mejor nos fué posible, nos aprestamos á dormir sentados, ya que la tierra empapada nos impedía tender en ella nuestras *garras*.

Pero posición tan molesta no era buena para mí, que, jugando el albur de amanecer helado, salí de la

carpa, dirigiéndome al camaranchón de alambre que Alejandrino, el asistente de Rodolfo, nos había preparado de antemano.

Rodolfo había salido con el General y pasaba la noche bajo techo, en una pulpería cercana.

Alejandrino, creyendo que yo también dormiría fuera esa noche, se había acomodado del mejor modo posible, aprovechando las pocas *garras* secas que á entrambos nos habían quedado. Cuando yo entré á nuestro camaranchón dormía tan profundamente que me dió pena despertarlo, y me acosté en el suelo, convertido en aquellos momentos en un charco de agua.

Con el duro lomillo por cabecera, y formando con mi cuerpo un arco cuyos puntos de apoyo eran los brazos y las piernas solamente, pasé la noche para mí más cruda de toda la campaña, deseando que cuanto antes llegaran las primeras luces para ocupar el lugar seco que dejara alguno de mis compañeros, secando mis ropas previamente en los fogones, si es que éstos se pudieran encender en medio de un diluvio semejante.

Me parecía eterna la noche. Mi incómoda posición, que no podía abandonar so pena de sumergirme en el agua empozada que debajo de mi espalda había, me tenía febril y dolorido.

En mi cabeza y en mi frente reinaba la temperatura de un volcán; el resto de mi pobre humanidad soportaba los rigores de la noche invernal más espantosa.

Por fin comenzó á clarear; salí de mi covacha tiritando, casi yerto de frío, con las ropas destilando por

todas partes agua. Ví cerca de mí un fogón, á duras penas encendido, y junto al cual porción de compañeros intentaban secar sus ropas, al abrigo de un reparo improvisado, y corrí hacia él... Media hora más y me hubieran encontrado rígido. Al verme, los hermanos Apolo, ayudantes del General y muy queridos compañeros míos, que habían logrado salvar sus maletines del torrencial diluvio, me ofrecieron una camiseta y algunas otras prendas secas, que aproveché en seguida, arrojándome luego en una carpa de ponchos y alambre que encontré á mi paso, sin preguntar de quién era, y viendo en ella mi puerto salvador, después de aquella terrible noche de inclemencia, que jamás se borrará de mis recuerdos.

Sandalio Roselló amaneció duro de frío, salvando providencialmente de quedar allí yerto para siempre, pues tapado de pies á cabeza con su poncho, nadie, creyéndole dormido, hubiera reparado en su rigidez, á no haber sido por un compañero, que tuvo necesidad de preguntarle algo de inmediato, y al retirar el poncho para despertarlo, lo encontró desvanecido y sin color.

En seguida fué llevado á la carpa del Coronel Lamas, donde se le arropó bien y se le dieron fricciones, que lo volvieron á la vida.

XIX.

El coronel Juan Francisco Mena había conseguido una hermosa yunta de tordillos, muy semejantes el uno al otro y muy compañeros sobre todo, que cuidaba con especial mimo, alimentándolos á grano.

El día 14 de Abril, después de pasar La Cruz, se sintieron algunos tiros, á pocas cuadras de la cabeza del Ejército; oirlos y precipitarse Mena en la dirección de ellos, cerrándole piernas al caballo que montaba, que era precisamente uno de los tordillos mencionados, fué todo uno. Mena se cortó solo, pues sus ayudantes apenas lo podían seguir de lejos por la diferencia de caballos, y alcanzó á una pequeña partidita enemiga, que era la que había hecho los disparos y que se rindió en seguida. Estaba compuesta por un oficial y seis soldados de la gente de Florida, á quienes se desarmó, entregándoseles á la escolta del General en calidad de detenidos.

Siguió marcha el Ejército, y el coronel Mena, en su tordillo sudoroso y cubierto de espuma por lo veloz de la carrera, se adelantó á reconocer con algunas fuerzas el camino.

El otro tordillo, en tanto, relinchaba al hallarse solo, y pugnaba por desprenderse de los que lo llevaban.

En la tarde, y estando el Ejército campado sobre la costa del Talita, se avistó la vanguardia de Melitón Muñoz.

El Ejército siguió churrasqueando tranquilamente,

en tanto que el coronel Lamas, al mando de 400 hombres, detenía á los mil que componían la vanguardia enemiga. El paso de Tranqueras, por donde se esperaba á las fuerzas de Domínguez, y que se hallaba á nuestra retaguardia, estaba custodiado por 50 tiradores.

El General, en un rancho del centro, situado en una altura, observaba con sus anteojos todos los pormenores de lo que ocurría.

Entre otros, hay un episodio del comandante Julio Barrios y su segundo, el valiente capitán Vargas, que merece mencionarse.

Se hallaban éstos mandando una pequeña fuerza que se tiroteaba con las de Muñoz. De repente nuestros clarines tocan alto el fuego. Entusiasmado Barrios con el enemigo, á quien iba doblando, no escucha la orden y manda cargar á sus tiradores, á la voz de «*P'adianti, p'adianti,*» que después se hizo tan popular en el Ejército.

El resultado de su temeraria orden no se hizo esperar, retrocediendo el enemigo y tomando el capitán Vargas personalmente dos prisioneros, de los cuales uno estaba herido.

La línea quedaba despejada y rechazado por el momento el enemigo.

XX.

Á la noche siguiente del episodio antes narrado, el Ejército se puso en marcha en dirección á Reboledo.

Cansados como estábamos por las fatigas del día,

íbamos casi todos, como de costumbre, dormitando sobre los caballos.

No sabíamos aún nada á punto cierto del enemigo, y como se deseaba que éste ignorase el rumbo que llevábamos, se había prohibido fumar en las filas.

La oscuridad era densa y el sueño mucho, cuando de súbito sentimos á nuestro flanco izquierdo una descarga, que nos despertó azorados.

La División Florida, que en columna de marcha iba á ese flanco, se arremolinó toda á la primer alarma, formando en guerrilla más tarde á la voz de sus bravos jefes.

En seguida de oirse los disparos, y bien formadas en línea de batalla, salieron de nuestra columna, que era la del centro, la escolta del General, al mando del comandante Sierra, y la División 2.ª, que mandaba el coronel Juan Francisco Mena.

El Coronel Lamas tomó el mando de las fuerzas en previsión de lo que pudiera suceder, mientras que el General Saravia dictaba disposiciones para que las caballadas fueran contenidas en su disparada.

Como no se veía al enemigo y los disparos seguían oyéndose, el Coronel Lamas mandó hacer un reconocimiento, que dió por resultado no hallar enemigo alguno.

Era un misterio el origen de lo que había ocurrido; pero á pesar del terror que aún á los hombres más valientes causa lo desconocido, el Ejército siguió tranquilamente en marcha, sin perder ni una sola caballada.

Al día siguiente supimos la clave de aquel enigma. Los primeros disparos que escuchamos fueron hechos

por los flanqueadores á un grupo que al acercarse á ellos no había contestado á su ¿quién vive?

Los demás tiros fueron disparados en la confusión de los primeros momentos por nuestros propios compañeros, sin que hubiera, felizmente, ninguna pérdida que lamentar.

Al Coronel Lamas le habían hecho fuego á quema ropa, escapando ileso milagrosamente. Su kepis fué la causa de ello, pues en aquella oscuridad las facciones no se distinguían.

Maldonado, que era el jefe del grupito causante del barullo, no había contestado al ¿quién vive? que le fué hecho, porque andaba sin licencia fuera de las filas, *ranchando* en una casa de las cercanías, á la cual se dirigiera después del tiroteo con la gente de Muñoz, y por eso no quería ser reconocido al entrar en el Ejército.

La impresión que nos causaron los primeros tiros fué mayúscula en los primeros instantes. Yo estaba dormido por completo, y al sentir aquella algarabía de que no podía darme cuenta, comencé á temblar, sin que hasta hoy haya podido darme cuenta de si fué de sobresalto por tan insólito despertar, de miedo por creerme rodeado de enemigos, ó de frío, que recuerdo hacía bastante aquella noche.

Rodolfo y Pastoriza, rendidos de sueño y de cansancio, extendieron los ponchos en el suelo y echaron tranquilos una siesta, en tanto que el Ejército se reorganizaba.

XXI.

Viernes Santo fué el día que nos cayó en suerte para el combate de Cerro Colorado.

El General y el Coronel con sus ayudantes se habían detenido en una casita blanca y limpia, de humilde aspecto, en que saboreaban respectivamente unos tazones de excelente leche y un buen vinillo con bizcochos, que les fueron ofrecidos por la atenta dueña del que en aquellas circunstancias nos pareció hermosísimo palacio y poética mansión.

Pastoriza, Rodolfo y yo, entre tanto nos colábamos en la cocina, tratando de participar siquiera de las migajas del festín, á cuyo efecto el primero de los nombrados, sin andarse con rodeos, pedía á una niña que supuso hija de la dueña de casa, unos bizcochos y un vaso de leche, mientras que yo llenaba mis bolsillos de papas, que extraje de una bolsa encontrada en un rincón de la cocina.

En eso estábamos, cuando recibimos orden de marchar para el Ejército y dar de comer á los caballos, por haberse recibido aviso de que el enemigo se avistaba. Ese chasque era Oliverio Pereyra, que con Pastoriza y conmigo se dirigió en seguida á la estancia que la señora viuda de Heber posee en aquellos parajes, con el propósito de conseguir algún caballo y llenar bien el estómago antes de que comenzara la pelea.

Yo andaba ese día de pie descalzo y no sé cómo

me atreví á presentarme en aquel establecimiento, lastimándome el pie no poco con los guijarros del enarenado piso que forma el patio de la estancia.

Una vez allí, se nos invitó amablemente á pasar al comedor, donde nos hallamos con una bien puesta mesa, en torno de la cual se encontraban entre otros el culto y caballeresco coronel Díaz Olivera y el ilustrado doctor Celedonio Grané, servida por una encantadora joven, encargada de hacernos los honores.

La comida era de vigilia, pero nos supo á manjares exquisitos, siendo abundantemente rociada con buenos vinos y mejor café.

Al sernos servido éste, se sintieron los primeros disparos del combate. El coronel Díaz Olivera se levantó al instante, y todos lo imitamos, lamentando en el alma no poder permanecer más tiempo en aquel delicioso oasis, encontrado en medio de nuestras privaciones.

Al abandonar la estancia, una morocha, de ojos oscuros como la noche, hermoseados por la emoción, que velaba sus miradas viéndonos marchar al encuentro del peligro, nos despidió con voz trémula haciendo los votos más sinceros por nuestra suerte personal y la de nuestra causa noble y santa.

XXII.

El día del combate de Cerro Colorado y la noche que le siguió, fué cuando el Ejército estuvo más alegre y jaranista.

En ese combate una ínfima parte de nuestras tropas detuvo á un enemigo diez veces superior, acogiendo con estruendosas carcajadas y silbidos formidables cada uno de los proyectiles de su artillería, que tuvo un estreno bien infeliz contra nosotros, no causándonos en todo el día otro perjuicio que la muerte de un caballo.

Ese caballo lo montaba el clarín de Mena, un indiecito bastante simpático y dicharachero, que se puso verde y amarillo al sentir que se le desplomaba entre sus piernas, con los intestinos ya de fuera y anegado en sangre.

El coronel Mena tuvo ese día conmigo una atención, que no puedo silenciar.

El General me había hecho colocar con mi bandera en una altura, delante de la casa en que estaban los médicos esperando á los heridos para hacerles las primeras curas; y el enemigo dirigía allí la mira de sus cañones, habiendo rebotado muy cerca de mí, uno á la izquierda y á la derecha el otro, dos de sus proyectiles.

Yo no las tenía todas conmigo; pero como aquél era mi puesto, no podía abandonarlo sin mengua de mi honor.

Mena, que con su gente se hallaba parapetado en una casa, haciendo desde ella un nutrido fuego sobre el enemigo, observó el peligro en que me hallaba, y envió á su ayudante Telmo Silva á hacerle saber al General lo que pasaba, para que éste me diera orden de colocarme en otro sitio, cuya orden á los pocos instantes recibí.

Como mi caballo apenas caminaba, aproveché el momento para buscar otro, consiguiendo un magnífico tordillo gordo y fresco.

En él volví á la línea buscando al General, á quien al fin hallé en una pulpería, conteniendo desde ella los avances de las guerrillas enemigas, con unos pocos hombres de su escolta y otros pocos de la gente que Mariano Saravia tenía bajo sus órdenes.

La algarabía de los nuestros y las carcajadas del General, cada vez que el silbido de las balas de cañón hería nuestros oídos sin hacer ninguna víctima, daba á aquello un aspecto más bien de fiesta que de combate.

Estando allí, ví yo de pronto una bola negra y redonda, que venía por el aire con pausada marcha, y figurándoseme en la dirección de mi cabeza, esquivé maquinalmente el golpe; pero en seguida, avergonzado de mí mismo y creyendo que el temor me hacía ver visiones, levanté la cabeza, y como aún me quedaba alguna leve duda, volví la vista hacia atrás, para desengañarme por completo.

No había habido ilusión: la bala picó á unos veinte pasos de donde yo estaba, y cuando fuí á mirar si había dejado huella, me hallé con un surco de izquierda á derecha y de arriba abajo, cuya longitud me era imposible calcular.

Á los pocos momentos abandonábamos con el General aquella casa, para dirigirnos á otro punto de la línea en que era requerida su presencia.

Tendidos en guerrilla galopábamos frente al enemigo, el General y sus ayudantes, cuando de repente

otra bala de cañón nos cubre de tierra, y mi tordillo sufre un espasmo doloroso, pero sin parar en su galope. Uno de mis compañeros se acerca á mí, y observa en el anca del caballo un pequeño hilo de sangre.

Yo no me explico aquello, pero doy riendas y me dirijo á la caballada más cercana, donde con sentimiento cambio mi hermoso tordillo, que tan poco me ha durado, por un rocín que no se le asemeja en cualidades.

Miro entonces la herida de mi noble bruto, y advierto que ha sido un proyectil de Máuser quien se la ha causado.

La bala de cañón que nos salpicara con la tierra levantada en su rebote, no había hecho víctima ninguna. Era, á la verdad, para perderle el miedo á la tan decantada artillería bordista.

Busqué entonces, como después de todo combate, á mis más allegados compañeros, y encontré á todos sanos, sabiéndose ya el total de nuestras bajas, que no pasaba, por fortuna, de tres muertos y catorce heridos.

Los ayudantes del Coronel Lamas, que habían pasado por buenas peripecias, me las refirieron entonces.

El bravo Jefe del Estado Mayor había estado en serio peligro de ser cortado, por no llevar sus acompañantes llaves de cortar alambre.

Entre las peripecias que me narraron, recuerdo ésta: una guerrilla enemiga avanzó hacia el grupo, amenazando barrerlo con sus Máuser. Entonces el Coronel, siempre impávido y sereno, hizo alto y mandó

contestar el fuego, resultando que sólo Rodolfo, que ese día iba entre sus ayudantes, tenía arma apropiada para el caso.

Rodolfo, que es un excelente tirador, no desperdició sus balas, logrando á los pocos disparos arremolinar al enemigo y detenerlo.

El Coronel Lamas, contando este episodio, designaba á Rodolfo con el nombre de «guerrilla de uno».

XXIII.

He hablado ya de dos combates y aún no he dicho una palabra sobre mis impresiones íntimas en ellos.

En Arbolito fué mi estreno, y, como buen recluta, pasé por peripecias que no tuvieron iguales para mí en toda la campaña.

Acababa de pasarse Derquin á nuestras filas, y el Ejército se preparaba para comenzar la acción contra Muniz, recién llegado al que había de ser teatro de ella.

El General se desprendió de la columna con sus ayudantes, y yo, que había ya desplegado mi bandera, me dispuse á seguirlo, cuando el coronel Mena con voz imperiosa me ordenó que permaneciese firme en mi puesto.

Yo no sabía aún cuál debía ser éste en la pelea, é interrogué sobre ello al General cuando volvió hacia donde estábamos nosotros, obteniendo por respuesta la orden, dada con la mano, de que me colocara á la derecha del punto en que nos encontrábamos.

Me dirigí allí; pero hallando en el camino al escuadrón de Derquin, me incorporé á él, interpretando así la orden que se me había dado, creyendo que ese escuadrón en breve entraría al fuego.

Al poco rato me convencí de mi equivocación, al ver que los recién incorporados quedaban de reserva; y entonces, viéndome entre las caballadas, haciendo contra mi voluntad el papel de los cobardes, sentí que brotaban de mis ojos lágrimas de ira, y en mi caballo, aplastado como estaba, me dirigí á la línea del fuego, resuelto á probar bien pronto que no en vano se me había confiado la sacrosanta enseña de la patria.

Era muy recluta y muy pueblero para poder darme cuenta de nuestras posiciones, así que me dirigí á la ventura y sin rumbo, resuelto á incorporarme á la primer guerrilla de divisa blanca que encontrara en mi camino.

Iba ardiendo de coraje y lleno de vergüenza al propio tiempo, al pensar en el juicio que de mí se harían los compañeros que me viesen fuera de la línea, cuando de repente divisé una bandera nacional en lo alto de una loma, y me dirigí hacia ella. Llegado al punto en que flameaba, me encontré con que era mi querido primo Augusto quien la sostenía en una guerrilla mandada personalmente por el coronel Corbo, y en la cual formaban entre otros Temístocles Ortiz y Arturo Ramos Suárez.

Los guerrilleros estaban de reserva, y á los pocos momentos descendieron de la altura en que se les fusilaba impunemente, para ocupar un zanjón hasta tanto no fueran requeridos sus servicios.

Ya había yo oído silbar las primeras balas; pero en el estado de excitación en que me hallaba, me parecían alambres que reventaban, no causándome el menor efecto.

Entonces me dió por caminar, luciendo mi pendón, que era mi orgullo.

Comencé á recorrer la línea; pero á los pocos momentos había recobrado mi sangre fría y comenzaba á darme cuenta del peligro. Iba solo, buscando al General, distinguiéndolo en momentos en que le comunicaban la noticia de la muerte de Chiquito, y en que mandaba dar vuelta y que cargaran los lanceros.

Era el 19 de Marzo, día de San José. Recordé á los míos, que en ese día festejaban el cumpleaños de una de mis hermanitas, y, como buen creyente, me encomendé al patriarca, cuyo recuerdo tan providencialmente llegaba á mi memoria.

Después ví muchas cosas. Cobardes que no obedecían las órdenes del General, guareciéndose en las casas; jefes que huían; reclutas que hacían heroicidades; cadáveres, de compañeros que pocos momentos antes conmigo conversaban; heridos, bañados en su propia sangre, que vivaban á la patria y á las instituciones; hermanos que preguntaban por sus hermanos, de los cuales más de uno ya había muerto; médicos y practicantes que se multiplicaban para atender á los heridos, y sobre todo eso al General Saravia, sublime en medio de su dolor, conteniendo á los dispersos, organizando la retirada, dando órdenes para evitar que avanzase el enemigo y atendiendo á todo, eficazmente secundado por el coronel Mena, que en Arbo-

lito se portó bizarramente, y por los no menos valientes jefes de División Juan José Muñoz, Miguel Aldama, Bernardo Berro y demás que habían tenido la fortuna de conservarse ilesos en la lucha.

....

....

Horas después, el Ejército llegaba á Melo y pasaba por sus calles en perfecto orden, recibido con vivas manifestaciones de simpatía por las hermosas compatriotas de aquella histórica ciudad, que se disputaban á porfía la atención de los heridos, cuyos labios no encuentran expresiones para dar una pálida idea de su agradecimiento.

Por mi parte debo aquí hacer constar la inmensa y perdurable deuda de gratitud que aquel día contraje para con la hidalga familia de Isasa, que con toda solicitud me prestó sus atenciones, renovando mis ropas harto deterioradas por el rigor de la campaña, y restaurando mis fuerzas con tazas de caldo y vino, cuya oportunidad no permitirá que su recuerdo pueda borrarse jamás de mi memoria.

XXIV.

El veterano coronel Urtubey subió á una cuchilla en lo más recio del combate del Arbolito, donde silbaban más las balas y el estrago era mayor.

Al dejar aquel punto, sus ayudantes le preguntaron qué le había parecido aquéllo; á lo cual él respondió que el fuego debía de ser muy débil, pues él no había

sentido bala alguna ni logrado distinguir al enemigo. ¡Su sordera y su poca vista le impedían darse cuenta del terrible fuego y el inmenso peligro á que había estado expuesto!

Y ya que he vuelto á hablar del Arbolito, resumiré aquí algunos detalles antes olvidados, para ya no hablar más de dicha acción, que, como les pasa á todos los bisoños, ha quedado en mi mente tan impresa.

La muerte del mayor Trías y la herida de su padre, el probado y prestigioso coronel del mismo nombre; la conducta heroica de los hermanos Aldama, que cargaron con Chiquito, dos de ellos armados á lanza y el tercero á carabina, no logrando salvar sino uno de aquéllos; la herida de mi muy querido compañero y amigo Rómulo Muñoz, intrépido y sereno como su padre el comandante Juan José, que después de portarse como bueno en toda la pelea, cayó en la retirada á consecuencia de un balazo en la médula, de cuyos resultados le sobrevino una parálisis, la cual no ha podido dominar aún por completo; el balazo recibido por el intrépido comandante Antonio Mena, que, aunque sufriendo todavía del pie herido en el movimiento armado de Noviembre, pidió espontáneamente formar en la vanguardia que había de disparar los primeros cartuchos sobre la gente de Muniz; la herida del muy valiente comandante Pedro Sánchez; la del no menos bravo comandante Ignacio Mena, que debió su salvación á haber chocado la bala en la vaina de su puñal; la bravura de la escolta del General Saravia, compuesta en su casi totalidad de veteranos, que

fué diezmada en más de sus dos tercios, entre heridos y muertos, son detalles que, sin pecar de injusto, no podría dejarlos sin mención en un libro como éste.

XXV.

El General Saravia tiene un medio hermano llamado Enrique, pero más conocido por el nombre de Pichinango, á quien por su poca edad no quiso traer consigo al invadir en son de guerra nuestro territorio.

Cuando estábamos más internados en él, cruzando por el departamento de la Florida, se nos aparece nuestro buen Pichinango, que solo y sin baqueano había hecho por su cuenta la cruzada, burlando la vigilancia de la esposa del General, bajo cuya custodia lo había dejado éste en Bagé.

Nuestra sorpresa al verlo fué muy grande; pero fué mayor aún cuando supimos que, tomado en el camino por Ciriaco Sosa, había sabido engañarlo tan bien, que á las pocas horas era puesto en libertad.

Pichinango, desde entonces quedó incorporado á nuestro Ejército, donde no desmintió su raza, portándose como valiente en todas las acciones y siendo más tarde herido en Minas, donde su temeridad de entrar solo á los arrabales de la ciudad estuvo á punto de costarle la existencia. La herida la sufrió en la pierna, pero en las partes blandas, gracias á lo cual pudo regresar al Ejército, aunque á pie, por haberle sido muerto el caballo que montaba.

XXVI.

En tanto que en nuestras filas flameó siempre en las batallas la bandera Nacional como único emblema de nuestros ideales, el Ejército gubernista lucía en Cerro Colorado una bandera roja, bordada en oro, que fué la única bandera que vimos desplegada en las filas enemigas, en los instantes de pelea de toda la cruzada, no exceptuando de ésta sino á Minas, el Salto y el Hervidero.

XXVII.

Como prueba del modo como se conducía nuestro Ejército y el del Gobierno en lo que hace referencia á la propiedad privada de sus adversarios, léanse los siguientes párrafos, en que narro algunos hechos concluyentes á ese respecto:

Cuando acampamos en la Coronilla, cerca de la estancia del General Saravia, un soldado vino á decir á éste que su División carecía de leña.

—Y ese alambrado que está ahí, ¿por qué no lo queman?

—Hay guardias para impedirlo, General, porque dicen que es suyo.

—¿Y qué tiene que ver eso? A ver un ayudante que haga retirar esas guardias ahora mismo. Pues no faltaba más sino que mis soldados no tuvieran

con qué hacer fuego hallándose á su alcance ese alambrado. —¿Acaso cuando hay que quemar alguno, yo pregunto de quién es? — ¿Acaso lo hago quemar por el solo gusto de hacer daño? — Y si lo hago por necesidad, ¿podré dejar de hacerlo porque pertenezca á Juan ó á Pedro?

Ésta fué la solución dada al asunto por el General Saravia.

Cuando estuvimos acampados en la estancia de Muniz, — lo que hicimos dos veces, — se puso guardia en la casa para evitar que la soldadesca la saqueara, se impusieron severas penas al que quemara un solo poste y se prohibió en absoluto el carnear con cuero ni una sola res. En cambio, cuando Muniz estuvo en la estancia de Saravia, la dejó asolada por completo, y cuando pasó Arribio por la de Muniz, no respetó nada de lo que nosotros habíamos respetado.

Cuando, después de Cerro Colorado, nuestro Ejército campó cerca de la estancia del coronel Alcoba, que se había hallado en aquel combate, el Coronel Lamas envió una guardia para que se pusiera á las órdenes de la esposa de aquel jefe gubernista, que en prenda de gratitud obsequió más tarde al Coronel Lamas con un tarro de exquisito dulce, algunos manjares y un par de botellas de vino generoso, de todo lo cual me tocó en suerte compartir, pasando la tarde de banquete con el Coronel y con Rodolfo.

En el Arapey, el establecimiento del General Villar fué absolutamente respetado, á pesar de que por orden de aquel jefe se puso su bodega á nuestra disposición, no aceptándose el ofrecimiento por delicadeza.

Respecto al orden en las casas de negocio, pueden hablar los propietarios de las establecidas sobre el camino que recorrió el Ejército. Todos los efectos se compraban al contado, sin que jamás se recibiera reclamo alguno por desórdenes que nuestros soldados produjeran.

En cuanto á la conducta observada en casos análogos por las fuerzas gubernistas, ya es de todos sabido que más de uno de los Ejércitos que las componían arrasó todo á su paso, llegando á ser el terror de los negociantes cuyas zonas recorrían.

XXVIII.

En el paso de San Juan del Cordobés, Pastoriza recibió una de las mayores pruebas de confianza que se le pudieron dar, mereciendo el honroso cometido de trasladarse á Buenos Aires, conduciendo comunicaciones de importancia para el Comité de Guerra.

El bizarro oficial de Tres Árboles y de Cerro Colorado, hesitaba, no obstante, en aceptar dicha comisión, luchando con escrúpulos que asaltaban su noble corazón, que deseaba vivamente permanecer al lado de sus compañeros, para compartir con ellos la buena ó mala suerte; y recién se decidió á aceptarla, cuando el Coronel Lamas le garantizó que en breve tendría facilidades para reincorporarse á nuestras filas.

Partió, pues, acompañado de dos baqueanos, encontrando en su camino á un grupo de enemigos, con

quienes una lucha se presentaba poco menos que inminente.

Los baqueanos trataban de eludirla, apurando la marcha, en tanto que Pastoriza se aprestaba para ella, creyéndola imposible de evitar, y con la firme persuasión de que, dada su inferioridad numérica, la muerte se les presentaba muy cercana, según las órdenes recibidas del Coronel Lamas, de no dejarse arrebatar las comunicaciones sin defenderlas mientras les quedara un solo hálito de vida.

Afortunadamente los enemigos iban peor montados que ellos, y la noche se acercaba. Pudo así evitarse la pelea, y Pastoriza al poco tiempo llegaba á Buenos Aires sano y salvo, desempeñando á toda satisfacción su cometido, que, según él, le hizo pasar ratos más amargos que los pasados en las horas de combate.

XXIX.

El pasaje del Río Negro por el Paso de Pereyra, fué uno de los cuadros más poéticos que en mi vida he contemplado.

Á la luz de la luna, cuyos rayos de plata rielaban las aguas, en la solemne hora de la media noche, respirando un ambiente primaveral más que de Otoño, pasamos en balsa las cuatro cuadras del río en creciente, entre los gritos de los balseros, los relinchos de nuestros bridones, y la alegre algarabía de los soldados.

De un lado y otro del crecido paso, los compañe-

ros maniobraban, tirando de los cabos respectivamente, según la costa á la cual se dirigía la balsa.

En un bote habían sido puestos dos caballos, para pasar más pronto. Uno de ellos se asustó, y al azotar el agua con su caída, tumbó la embarcación, arrastrando tras de sí al asistente que los conducía. Éste, cazado de las crines, logró llegar á la orilla, en la cual los compañeros lo esperaban para armarle el más formidable titeo que en mi vida he presenciado. Iba con sus ropas únicas totalmente empapadas, con el rostro pálido de susto, y con los dientes castañeteando, cual si acabase de salir de un pozo de hielo.

Fué llevado junto á un fogón, se le dió ropa, y el pobre al poco rato recobraba sus colores y su habla, jurando que en la vida volvería á atravesar ríos en bote llevando como compañeros á caballos.

XXX.

En la escolta del General Saravia figuraba como sargento un indiecito guapo como las armas, apellidado Ocampo, que era uno de los hombres de más confianza del General para desempeñar comisiones arriesgadas.

Salió una vez del campamento llevando correspondencia para nuestros agentes en la frontera, cuando de repente y sin que él lo hubiese sospechado, se vió de cerca perseguido por un grupo de paisanos de cintillo rojo, mejor montados que él y de feroz aspecto. Otro que Ocampo se hubiera aprestado á la defensa para vender cara su vida, ya que pensar en huir hubiera

sido quimérico en aquellas circunstancias; pero nuestro indio, que es hombre avezado ya á estas cosas, tuvo la suerte de conservar su sangre fría y detener á sus perseguidores, escapando de sus garras merced á la siguiente estratagema:

En vez de apurar su caballo, siguió tranquilamente al trote, cambiando el rumbo que llevaba para tomar la altura más cercana, llegado á la cual comenzó á hacer señas hacia la falda contraria á aquella por la cual trepaba el grupo de enemigos.

Éstos entonces, creyendo que Ocampo llamaba á compañeros allí ocultos, abandonaron la persecución, contramarchando á media rienda, perseguidos á su vez por algunos disparos que les hizo nuestro indio, quien á los pocos momentos proseguía impunemente su camino.

XXXI.

La batalla del arroyo de los Cerros Blancos fué indudablemente la acción de guerra más importante de toda la campaña.

Refiriéndome á ella, decía yo en carta escrita desde Rivera el 22 de Mayo:

« Encerrados por las crecientes en una zona limitada por el Río Negro y el Caraguatá, cuyos pasos principales se hallaban custodiados por fuerzas adversarias de una parte y por las nuestras de la otra, sólo nos quedaba un medio para salir de la inacción en que nos encontrábamos, perjudicial para nosotros y para el país entero.

Ese medio consistía en despuntar el arroyo mencionado y presentar batalla al poderoso enemigo que nos esperaba á orillas del camino que debíamos recorrer, para llegar al punto en que nos esperaban las municiones enviadas por el Comité de Guerra. Nuestros jefes, confiando en el valor bien probado de la tropa, y creyendo necesario obrar de aquella suerte para el bien de nuestra causa, no titubearon en buscar al enemigo, que fué hallado, después de un par de días de marcha, á la altura de la Cuchilla del Fuego, de cuyas excelentes posiciones se había posesionado.

El día 14 de Mayo, á las 11 y minutos de la mañana, comenzó la batalla, cuya descripción es ya de todos conocida; pero de la cual recordaré, no obstante, que el fuego duró hasta ya entrado el sol; que la batalla fué sangrienta en extremo, sufriendo nosotros 180 bajas entre muertos y heridos, ascendiendo á 50 el número de los primeros; que el enemigo contaba con más de 6,000 hombres de las tres armas al mando del General Villar, siendo nosotros unos 2,500 solamente, de los cuales 1,100 tenían armas de fuego, pero mal municionadas y de sistemas y calibres diferentes; que la artillería enemiga no cesó de arrojar sus proyectiles (granadas cilindro-cónicas) desde el principio al fin de la pelea, causándonos por todo daño la muerte de dos caballos; y que el resultado de la acción fué favorable á nuestras armas, desde que nuestro único objeto, dada nuestra inferioridad numérica y nuestra escasez de elementos, era conseguir el paso, lo que fué logrado por completo.

Terminado el día, nos retiramos á dejar nuestros

heridos, habiéndonos detenido unas dos horas á 25 cuadras del campo de la acción, haciendo allí fogones para churrasquear y tomar mate, pues en todo el día no se había comido nada.

Entonces fué cuando un capitán de la gente de Villar, confundiendo á nuestros compañeros con los suyos, se adelantó hasta un rancho en que estaba de guardia Basilio Muñoz con sus soldados, quienes al ver la divisa que ostentaba el desgraciado capitán, que si mal no recuerdo se apellidaba Luna, lo bajaron del caballo de un lanzazo, haciéndole pagar con la vida su equivocación. »

La batalla de Cerros Blancos fué rica en episodios, entre los cuales se destaca la muerte del coronel Jara, descrita así en la carta á que hago referencia:

« Hombre de vida intachable, anciano sobre el cual jamás se logró arrojar la más ligera sombra, militar cuya foja de servicios honraría á quien quiera que la hubiese, cayó en su ley á los 78 años de edad, en momentos en que proclamaba á sus lanceros, tendidos en guerrilla, para arremeter al enemigo y tomarle un cañón; cayó en su ley, como caen los hombres de su temple, envuelto en la bandera de la patria, que había tomado entre sus manos para electrizar con ella á sus soldados, traspasado el corazón por una bala, que para llegar hasta él tuvo antes que pasar por la bandera! »

Cuando esto sucedió, hacía apenas un rato brevísimo que el coronel Jara había recibido órdenes directas del Estado Mayor, donde lo vimos, tembloroso por la edad, pero entero por su energía, montar en su caballo de combate, sereno y arrogante, para dirigirse

al punto señalado, en el cual más tarde había de inmortalizar su nombre al precio de su vida.

Parecía que el Coronel Lamas presentía el próximo fin del glorioso veterano, cuando con voz emocionada le dictó sus órdenes, saludándolo cariñoso al despedirse, diciéndole: «hasta luego, *mi coronel;*» frase que nunca le oimos usar con jefe alguno en los momentos de la pelea.

También nosotros presentíamos la muerte del heroico anciano, y, cuando al partir para ocupar su puesto, lo seguimos con la vista, todos pensábamos á una que aquélla sería la postrera vez en que lo viéramos.

Cuando se supo su muerte, el General partió con nosotros hacia la extrema derecha, donde ordenó una carga á lanza, llevada con toda maestría por un pardo de la División de Cerro-Largo, que por su desgracia al día siguiente desertó.

Ví en esos críticos momentos, en los puntos que recorríamos, al valentísimo coronel González, que se encontraba á pie, pues en todos los combates sus caballos son muertos ó heridos; al batallón Patria, en cuyas filas encontré, peleando como leones en los puestos de mayor peligro, á Desiderio Arias, su bravo jefe, que, sin municiones ni bayonetas, mandó cargar á sus entusiastas soldados; á Florencio Sánchez, el querido compañero de *El Nacional,* jadeante y sudoroso, sacando de su entusiasmo fuerzas para avanzar después de cuatro horas de combate, y saludando con incesantes vivas al General, cuya presencia allí redoblaba sus bríos y su bravura; á Lisandro Onetti, el alma del batallón Patria, esforzado guerrero de toda la cam-

paña, que, cubierto de polvo y ardiendo de coraje, vivaba á la revolución y á la bandera de la patria, á la par que disparaba sus últimos cartuchos; y cerca de ellos á Bruno Morales, cuya apostura en ese día jamás olvidaré, por lo marcial y lo gallarda, trayendo á mi recuerdo, con su espada en la diestra y en la nuca su sombrero claro, á aquellos famosos guerreros de nuestra independencia, que el grabado y la pintura se han encargado de hacer llegar hasta nosotros; y á mil otros compañeros, todos bien templados, todos dispuestos á sucumbir antes que retroceder un paso sin orden para ello, y todos, á cual más, serenos y entusiastas.

Los ayudantes del General andaban trasmitiendo órdenes, y sólo quebábamos con él su clarín y yo, cuando de repente lo vemos estremecerse sobre el caballo; corro hacia él llorando de antemano una desgracia, pero lo encuentro tranquilo y risueño como siempre.

— ¿Qué ha sucedido? — le pregunto.

— Nada, — me responde; — parece que una *mora vieja* ha acariciado á mi oscuro, aunque no veo dónde, y sigue andando como si no tuviera nada.

Y efectivamente, en aquellos instantes no le pudimos encontrar la herida, que después vimos estaba situada en la nariz, inferida de refilón por una bala de Máuser. En toda la revolución, no fué herido ningún otro de sus caballos.

En tanto que pasaba esto en nuestra ala derecha, en el centro, en medio de la lluvia de balas que caía sobre el Estado Mayor, el asistente del doctor Ace-

vedo Díaz se entretenía en juntar leña y encender un pequeño fogón, en el cual calentó después una pava llena de agua, invitando con oportunísimos mates al Coronel Lamas, al doctor Acevedo y á los ayudantes de ambos.

Mientras los mates corrían de mano en mano, se suscitaba una pequeña discusión sobre si sería nuestro ó enemigo un soldado que desde un cerro situado sobre las mismas posiciones enemigas, hacía fuego con toda tranquilidad y pausa, fijando bien la puntería antes de hacer cada uno de sus disparos.

Una observación detenida hecha con ayuda de los anteojos por el Coronel Lamas, señaló un compañero en aquel bravo.

La posición ocupada por él era inmejorable; pero para llegar hasta ella había que pasar por las zonas de fuego más batidas.

El Coronel ordenó entonces que una de nuestras guerrillas avanzara hasta ocuparla, pues desde ella se tomaba de flanco al enemigo, debiendo causársele bajas en tal número, que el Coronel, refiriéndose al compañero que estaba en ella, decía: *ese soldado, sí, que está cazando enemigos con toda tranquilidad.*

Después de la batalla fué buscado con insistencia aquel valiente para dársele un ascenso en premio de su temeraria intrepidez, pero todas las pesquisas resultaron infructuosas, sin que hasta hoy hayamos podido averiguar su nombre.

Momentos después era herido el Coronel Lamas, al descender de una loma á la cual había subido para verificar por sí propio si el enemigo se hallaba efec-

tivamente á menos de 200 metros, como lo afirmaban los soldados.

El Coronel Lamas, al sentirse herido, se sacó el kepis y saludó á la tropa, vivando á la patria y al General Saravia. Corrieron á él los que lo rodeaban, pero los contuvo su voz, que ordenaba: *¡cada uno á su puesto!* —*esto no es nada;* atándose en seguida la muñeca y la mano para hacer creer á la tropa que su herida era en extremo leve.

José María Aguirre, testigo presencial, me dicta lo siguiente á ese respecto:

«En esos momentos que siguieron al balazo recibido por el Coronel Lamas, comprendí cuánto valía nuestro tan valeroso como sereno jefe. Nuestra guerrilla, entre tanto, hacía un fuego recio y nutridísimo, como si doblara su aliento, incitándolos á la venganza, la sangre del querido Coronel, cuyo abundante derrame lo debilitaba por momentos, pues la bala le había atravesado la paleta y el brazo derecho, interesándole el nervio que había de ser su implacable verdugo desde entonces.

Á fuerza de súplicas logramos que se recostara un poco sobre el pasto, mientras que el doctor Acevedo Díaz y algunos de sus ayudantes partían á escape en busca del General, que precisamente en esos instantes trataba de arrollar el ala izquierda del enemigo para proteger la retirada de nuestro centro, que era donde se encontraba Lamas.

Inmediatamente tratamos de retirar al bravo Coronel del cerro en que se hallaba, pues era verdaderamente infernal el fuego que sobre él se hacía. Sin duda

alguna el enemigo se había dado cuenta de que aquella posición era la ocupada por nuestro Estado Mayor.

El comandante Pereyra, jefe del Detall, rompió la marcha seguido de sus ayudantes y de los del Coronel. Esta travesía la hicimos bajo un fuego incesante, siendo en ella heridos Cayetano Martínez, ayudante del Estado Mayor, y un teniente Layera, agregado á éste, siendo mortalmente herido buen número de nuestros caballos.

Antes de retirarnos, el Coronel Lamas dejó las fuerzas del centro al mando del coronel Díaz Olivera, recomendándole que no abandonara la posición hasta el último momento. »

Entre los muertos de ese día, recuerdo en este momento á nuestro querido compañero de trabajos cívicos en esta capital, Servando Delgado, bravo muchacho que cayó muerto instantáneamente, sin pronunciar un *¡ay!*, en momentos en que se batía como un león en su guerrilla; á Gabino Coronel, inteligente redactor de *El Civismo* de Melo, muerto antes de que comenzara la pelea, y al teniente José María, hombre entrado ya en años, que formaba parte de la escolta del General.

Entre los heridos debo mencionar al intrépido comandante Gil, y al coronel Juan Francisco Mena, quien debió la vida á las esterlinas que llenaban su cinto.

De los demás heridos, que al serlo presentaron alguna faz digna de mención que haya llegado á mi conocimiento, me ocuparé en los párrafos subsiguientes.

XXXII.

Era también en Cerros Blancos. El Cuartel General y el Estado Mayor se hallaban en el centro de la línea, guarecidos detrás de un cerrito, desde donde atendían á las dos alas extremas del Ejército, en tanto que llegaba la hora en que la presencia del General Saravia y la del Coronel Lamas fueran requeridas en algún otro punto del campo de la acción.

En la cima del cerrito, y precisamente en el mismo punto en que horas después fué herido el Coronel Lamas, se había tendido una guerrilla compuesta por la escolta del General, que mandaba el valiente comandante Abel Sierra, y á la cual más tarde se agregaron como tiradores el doctor Acevedo Díaz, Roxlo, Rodolfo, Luis Alberto de Herrera, el comandante Sergio Muñoz y algunos otros que en este momento no recuerdo.

En el extremo derecho de esa guerrilla ocupaba un puesto el alférez Clelio de los Santos, á quien, por estar armado á Máuser y tener su proveedora regularmente municionada, se había permitido violar la consigna que rezaba con el resto de la tropa en general, de no hacer fuego hasta tanto que el enemigo se acercara á 200 metros de nosotros.

Clelio de los Santos, que era buen tirador, puso la mira de su Máuser como para tirar á 2,500 metros de distancia, y eligiendo para blanco á un jinete que recorría la línea en el centro enemigo, lo mostró á sus

compañeros, y al segundo disparo dió con él en tierra, exclamando en tono satisfecho: *¡ Un enemigo menos !*

Acababa de decir estas palabras, y no salíamos aún de nuestro asombro por tan certera puntería á distancia tanta, cuando lo vimos abandonar su posición de cuerpo en tierra, poniéndose de pie para tambalear en seguida, dar dos pasos y caer al suelo exánime. Dos compañeros corrieron á auxiliarlo, pero ya era tarde. Si el fusil de Clelio de los Santos había privado á la causa del bordismo de uno de sus sostenedores, uno de éstos, en cambio, había privado á la causa de la revolución del valioso concurso de Clelio de los Santos!

XXXIII.

En la misma guerrilla, y momentos después, como hemos dicho, formó también el comandante Sergio Muñoz, que hasta la incorporación del Coronel Lamas había sido secretario particular del General Saravia.

Don Sergio se batía con inusitado valor, haciendo sus disparos de pie y sin inmutarse en lo más mínimo, á pesar de la lluvia de balas que silbaban sobre nuestras cabezas en aquellos instantes y que sólo puede hallar comparación con una hora — la hora terrible — del Combate de Arbolito.

Luis Alberto y yo, asombrados de su valor, cambiábamos algunas frases al respecto, cuando de repente lo vimos rodar por la falda del Cerrito con todo el peso de su robusto y voluminoso cuerpo, después

de llevarse las manos al cuello, que apareció incontinenti teñido en su propia sangre generosa.

Lo creíamos muerto y lamentábamos ya tan sensible pérdida, cuando lo vimos levantarse, y, apoyado en dos de los compañeros, que se hallaban á su lado en el momento de su caída, tomar asiento sobre la verde alfombra que tapizaba el suelo, como si nada hubiera sucedido.

No nos preocupamos más al verlo tan entero, y recién horas después pudimos darnos cuenta del providencial suceso que había salvado su existencia.

La bala le había hecho una levísima herida de refilón en el pescuezo, á causa de haberse dado vuelta precisamente en ese mismo instante para dirigir la palabra á Luis Alberto, no recuerdo con qué motivo, á pesar de haberlo oído de sus labios varias veces.

Y á propósito. Un paisano de esos que por desgracia van escaseando tanto entre nosotros, chapado á la antigua, servicial, sencillo, chacotón y dicharachero, el mayor Portillo, que tanto supo granjearse nuestro aprecio amenizando nuestras horas de fogón con sus sabrosas comparaciones de sabor nativo y prestándonos mil de esos pequeños servicios que sólo en la vida del soldado pueden apreciarse en lo que valen, decía, refiriéndose á la herida del comandante Muñoz: *¡Jué pucha! ¡Si ha tenido una suerte bárbara don Sergio!—Esa mora vieja, en vez de hacerle mal, le ha hecho un gran bien, achicándole el cogote, que lo tenía como de toro mestizo!*—Y efectivamente nuestro protagonista tiene un robusto cuello, que por lo demás guarda perfecta relación con el resto de su cuerpo, fornido y robustísimo.

XXXIV.

El bravo comandante Abel Sierra, digno jefe de la escolta del General Saravia y excelente amigo de la muchachada, recibió también en Cerros Blancos, y en el mismo cerrito en que fueron heridos el Coronel Lamas y el comandante Muñoz, una grave herida, mortal en opinión de los facultativos, y que sólo pudo dejar de serlo merced á la robustísima complexión de nuestro héroe.

Toda la tarde había estado desafiando al peligro, trepándose á lo alto del cerrito, dando ejemplo á sus valientes soldados y conteniéndolos al propio tiempo para que no malgastasen la poca munición que poseían.

En medio de la inmensa cantidad de proyectiles dirigidos sobre aquel paraje, era difícil lograr salir ileso. — El comandante Sierra lo iba consiguiendo, sin embargo, cuando una bala le atravesó la ingle. — *¡Denme un arma! ¡Quiero morir defendiendo á la patria!* exclama bañado en sangre, dirigiéndose á sus soldados, que se niegan á obedecer su orden, quitándolo de allí á pesar de sus protestas, para llevarlo al punto en que los médicos estaban. El doctor Vidal y Fuentes le hace la primera cura, y el comandante Sierra, después de mes y medio de asistencia en el Brasil, logra curar completamente, para bien de su patria, entre cuyos mejores hijos él se cuenta.

XXXV.

Al comandante Lidoro Pereyra, jefe del Detall General, no teniendo en Cerros Blancos municiones que repartir, se le dieron los cometidos de recorrer la línea y hacer formar en guerrillas á la gente sin armas, poniéndola á las órdenes del valiente y probado veterano coronel Enrique Yarza.

El comandante Pereyra desempeñó su primera misión con una bravura digna de especial mención, pues que para ello tuvo que atravesar las zonas de mayor peligro; y en cuanto á la segunda, la llevó á cabo con tal éxito, que cuando horas después decidió el General en persona simular una carga al enemigo, halló tal número de hombres sin armas, pero admirablemente formados en guerrillas, que de ellos se valió para contener en su avance al enemigo.

Parte de esos hombres llevaban á guisa de lanzas las ya legendarias cañas de tacuara, compradas por el General días antes, á las cuales habían atado sus golillas para que hicieran las veces de banderolas.

En la precitada carga cayeron heridos varios de los nuestros, fusilados impunemente por el enemigo, siendo uno de ellos el teniente Acuña, ayudante del coronel Yarza á la sazón.

XXXVI.

Alberto Maldonado tuvo también en Cerros Blancos su episodio.

Valiente como era, buscaba siempre los puestos de mayor peligro, encontrándose siempre donde los compañeros estaban más amenazados, para compartir con ellos los riesgos y las glorias.

Ese día se había colocado á la derecha de nuestra línea, que soportaba un fuego vivísimo del enemigo, oculto entre las chircas.

Una guerrilla nuestra había avanzado, teniendo que retroceder en breve por falta de municiones para contener al enemigo.

En esa guerrilla iba Maldonado, quien al retirarse oyó la voz de un compañero herido que le pedía su ayuda para montar sobre el caballo.

Volvió grupas entonces y corrió á auxiliar al compañero. Éste era un capitán ya entrado en años, cuya pierna derecha se hallaba destrozada. Maldonado intentó alzarlo sobre el caballo, pero le faltaron fuerzas para conseguirlo; entre tanto, seis hombres con golilla roja avanzaban sobre ellos, cuya situación era crítica en extremo.

Habiendo encontrado á un compañero con el fusil descompuesto, Maldonado le había dado el suyo y no tenía en esos momentos otra arma que su espada.

De permanecer allí un momento más, sería muerto irremisiblemente, sin lograr por ello salvar á su infor-

tunado compañero, á quien, á pesar de sus lamentos, no tuvo más remedio que abandonar á su desgracia. Viólo entonces que se erguía al llegar hasta él los enemigos, y de un pistoletazo volteaba á uno de ellos, hiriendo á otro con el tiro que le restaba, para caer en seguida, acribillado á puñaladas por aquellos tigres sanguinarios, que no supieron respetar á ese valiente desangrado y ya indefenso!

XXXVII.

Otro episodio de la misma batalla:

Una guerrilla nuestra, al retirarse precipitadamente por falta de municiones, tuvo que abandonar á un herido á quien fué imposible retirar.

Los enemigos avanzaban con rapidez, no hallando fuego que respondiera al suyo. Al llegar al punto en que se hallaba nuestro herido, uno de ellos echó mano al facón para degollarlo, lo que no hizo debido á que sus compañeros, encarnizados en el avance, le pidieron que no se detuviera, dejando su operación para la vuelta; pero acaeció que entrando en fuego una de nuestras pocas guerrillas de reserva, los que habían sido perseguidores, se convirtieron á su vez en perseguidos, huyendo con tal precipitación, que les *quedó grande,* como dirían nuestros paisanos, el degüello proyectado. Á esto debió su salvación nuestro compañero, de cuyos mismos labios hemos escuchado este relato.

XXXVIII.

En la retirada de la gran batalla me encontré al valentísimo comandante Apolinario Vélez, en momentos en que, á pesar de tener destrozado el pie por un balazo, desenvainaba su espada para castigar con ella á uno de sus soldados.

Creyendo yo que aquello fuera el resultado de un momento de ira más ó menos infundada, y previendo las consecuencias que para su herida podría acarrearle, cerré piernas á mi caballo y me interpuse entre Vélez y el soldado, librando así á éste de la paliza que aquél le estaba dando.

Inquirí entonces la causa del castigo, y al saberla sentí en el alma mi actitud, pues el miserable á quien salvé, ni con la misma muerte hubiera purgado su delito, que consistía nada menos que en haber abandonado á sus compañeros en los momentos de la pelea, llevándose consigo los pocos cargueros de munición que les quedaban.

XXXIX.

Mi querido primo Joaquín Aguirre, de quien ya he hablado, se distinguió en todas las acciones por sus heroicas locuras que merecen reseñarse.

En Arbolito era lancero, siendo su puesto en las reservas; pero cansado de estar en ellas, se fué á la

línea del fuego, riendo á carcajadas de la mala puntería del enemigo.

En Cerro Colorado, él y Ramón Orique, que era otro valiente, estaban, como la mayoría de nuestros infantes, parapetados detrás del terraplén de la vía férrea; pero aburridos de estar de pie, al poco rato se treparon al terraplén, sentándose en éste del lado que daba frente al enemigo y haciendo sus disparos desde allí.

En Cerros Blancos se retiraba su guerrilla, cuando de pronto Joaquín oye la gritería del enemigo vivando al partido Colorado, y no pudiéndose contener, se corta solo, sube á lo alto de la cuchilla y desde ella comienza á dar voces á su vez, vivando al partido Nacional.

El comandante Juan José Muñoz, jefe tan bravo como cuidadoso de sus soldados, le órdena que vuelva á las filas; pero Joaquín está sordo y no obedece. Entonces el comandante, al ver que no sólo corría inminente peligro, sino también que impedía á sus compañeros hacer fuego sobre el enemigo en un momento dado, por haberse interpuesto entre aquéllos y éste, desenvainó su espada y amenazándolo castigar con ella, lo hizo volver á su puesto á duras penas.

XL.

Luis Alberto de Herrera no era aún ayudante del Coronel Lamas, pues desempeñaba á la sazón el puesto de oficial de Secretaría, conjuntamente con

Carlos Roxlo y José María Aguirre (hijo). Á pesar de eso, llegó un instante en la batalla de Cerros Blancos, en que todos los ayudantes del Estado Mayor tenían sus caballos cansados por la cantidad de órdenes que habían trasmitido, y entonces el Coronel Lamas, dirigiéndose á Herrera, le preguntó por el estado del suyo, que á la verdad no era de los mejores.

Luis Alberto le contestó que estaba regular, recibiendo la orden de dirigirse á determinado punto de la línea, para lo cual tenía que atravesar una zanja, que era precisamente el punto más batido por las balas.

Monta en su caballo y parte al galope, seguido con la vista por nosotros, cuando de pronto, al llegar á la zanja, lo vemos caer en ella.

¡Qué momento de angustia fué para mí aquél!

Por suerte duró poco, pues casi en seguida se levantó Herrera, volvió á montar y siguió su camino con toda tranquilidad.

La caída se había debido simplemente á una rodada del caballo.

XLI.

El espectáculo que presenta la marcha de un Ejército después de una batalla, es algo cuya descripción resulta descolorida comparada con la realidad, sobre todo siendo inhábil y mal cortada la pluma que la traza.

La retirada después de Cerros Blancos fué, por lo imponente, algo tal vez sin igual en nuestra historia.

Nuestros caballos, transidos casi, apenas nos permitían marchar al más lento de los pasos.

La noche estaba sumida en la más profunda oscuridad, rasgada á cortos intervalos por la luz de los relámpagos, precursores de la deshecha tempestad que en breve se había de desencadenar sobre nosotros.

Habían caído en la batalla porción de compañeros, y como consecuencia de ello respiraba el Ejército un ambiente impregnado de tristezas, que aumentaba el tiempo con lo implacable de sus rigores.

En nuestras columnas se notaba la falta de los caídos, de los cuales algunos dormían ya el eterno sueño, y otros, marchando en el convoy de los heridos, sufrían estoicamente, envueltos en su gloria, la tortura doble de sus lesiones y de los rigores de la tempestad, que ya empezaba á ensopar nuestros vestidos y á azotar nuestros rostros con el látigo de sus hilos de lluvia, esgrimido por el viento sobre nosotros con furia desmedida.

Hermano de la oscuridad y de la tristeza, el silencio reinaba en nuestras filas, sólo turbado por el fragor de la tormenta, el chasquido del viento y los ayes de los moribundos, hacinados en las poquísimas carretas que otrora habían constituído nuestro parque.

Y en medio de todo aquello, las necesidades físicas recobrando su imperio, el sueño y el cansancio, el hambre apenas engañada y el frío que ya nos invadía....

El General, impasible siempre en medio de las mayores privaciones, y el Coronel Lamas, montado en su caballo blanco, con el brazo en cabestrillo, reconcentrado en su dolor y en él sublime, marchaban á la

cabeza de la columna, animándonos con su ejemplo, prestándonos valor con su estoicismo.

Y en pos de ellos el comandante Sierra, con el rostro demacrado, casi cadavérico, herido tal vez de muerte, con la ingle perforada, y lamentando la suerte de los compañeros caídos, sin hablar de la suya, que con el traqueteo del caballo debía causarle dolores agudísimos. Y aquí y allá los demás heridos que no habían querido formar en el convoy, y que, acallando la voz de sus dolores, soportaban con espartana resignación sus sufrimientos, reprimiendo sus quejidos, para no aumentar con ellos la tristeza de la marcha.

De vez en cuando los pájaros nocturnos, atraídos por la masacre de las cabalgaduras, pasaban sobre nuestras cabezas lanzando siniestramente sus graznidos y batiendo el aire con sus alas negras, tan negras que en la tenebrosa oscuridad se confundían con las sombras de la noche, no dejándose ver sino cuando el zigzag de alguna chispa alumbraba la escena con el brillo imponente de sus fulgores instantáneos.

Así marchamos toda la noche hasta llegar á la frontera, donde los heridos fueron depositados en casas de vecinos humanitarios de uno y otro lado de la línea, en tanto que la tropa vivaqueaba calentando sus miembros ateridos al amor de la lumbre, que chisporroteaba en los fogones.

Los doctores Seberio y Vidal y Fuentes, beneméritos del Ejército, se desvivían sin darse punto de reposo para atender á los heridos, que en los ranchos y galpones descansaban, si era posible descansar en ese estado, de las rudas fatigas de la marcha. Había que

ver allí á esos pobres mártires del civismo, mal tendidos sobre sus destartalados aperos, con la faz cadavérica, sufriendo horriblemente, y teniendo sin embargo suficiente entereza para contestar á los que les preguntaban por su estado, que aquello no era nada, simples arañazos que únicamente sentían porque los obligaban á retirarse temporariamente de la lucha, á la cual volverían apenas consiguieran mejorar lo suficiente para soportar las marchas á caballo.

¡Y algunos de los bravos que así hablaban estaban ya muriéndose, como un pobre moreno que respondió en esa forma á mi pregunta, y que á los pocos días era cadáver!

El Coronel Lamas reposaba en tierra oriental, no habiendo querido abandonarla ni un instante sólo, á pesar de sus dolores.

Yo me hallaba á su lado, cuando el General y el doctor Vidal y Fuentes entraron á su pieza.

¿Qué tal le va yendo, mi Coronel? — le preguntó el primero, con voz que, aunque quería aparecer alegre, estaba impregnada en hondo sentimiento, brotado de lo más íntimo del corazón, al contemplar inválido al poco antes sano y robusto compañero de cuitas y de planes bélicos.

— Bien, bien, mi General, — contestó al punto el intrépido héroe de Tres Árboles.

— No, General, no está bien, — agregó entonces el doctor Vidal y Fuentes terciando en el diálogo. — El Coronel, si quiere curar pronto, debe quedar en el Brasil; en el Ejército su estado no mejoraría, pues es delicado, aunque no de gravedad.

—Si el doctor lo cree necesario....—repuso el General, que sentía en el alma aquella posible separación de Lamas, por el daño que acarrearía á nuestra causa, al ser explotada por sus enemigos.

—De ninguna manera me quedaré; ya estoy mejor, y cuando usted quiera montaré á caballo. Y cambiando de tono: ¿qué hay de nuevo respecto al enemigo?

—Que no se ha movido todavía. El Ejército está en las mismas posiciones que ayer, como me lo dice el *carperío,* que acabo de divisar con los anteojos.

Los únicos que se han movido son unos 1,200 ó 1,500 hombres que vienen á cerrarnos el paso; pero ahora mismo los vamos á cargar, y verá cómo los vamos á correr con la parada.—Ayudante: vaya y diga al clarín que toque á ensillar....

Al cuidado de los heridos quedaba el doctor Acevedo Díaz con sus oficiales de Secretaría, en tanto que el resto del Ejército se dirigía á Guaviyú, donde horas después se efectuó uno de los hechos más culminantes de la revolución.

La tropa en general iba bastante desmoralizada, no sólo por la falta de armas y de municiones, sino también por la crudeza del tiempo, contra la cual no había reparo ni salvaguardia alguna.

Llegamos á Guaviyú, y el General, que había reparado en esa desmoralización, decidió dirigir él mismo personalmente la célebre carga á lanza que había de franquearnos el paso por segunda vez.

Hizo al efecto desplegar una guerrilla de cuarenta tiradores protegidos por otra de 80 lanceros, pertenecientes ambas á la gente del coronel Berro, y por

otros 40 tiradores del comandante Noblia, y poniéndose á su frente él mismo, ordenó á su clarín: *á la carga y á degüello!*

El momento era de vida ó muerte para la revolución. Si el enemigo seguía haciéndonos el nutrido fuego comenzado, no nos quedaría otra disyuntiva que morir en aquel último esfuerzo, ó emigrar para el Brasil; y si por el contrario lográbamos arrollarlo, todo estaba salvado, pues nos quedaba expedito el paso para llegar á Upamarotí, en cuyas cercanías nos esperaba Abelardo Márquez con las municiones de repuesto.

La topografía de Guaviyú es bastante accidentada, lo que favorecía á los lanceros, cuyos caballos no daban mucho ya, para aparecer frente al enemigo al gran galope en lo alto de las cuchillas, en tanto que al descender de ellas ocultos ya á su vista, lo hacían al trote para dar alivio á sus rocines, mientras los tiradores, desde lo alto de la cuchilla que ellos acababan de abandonar, aprovechaban los escasos cartuchos de sus municioneras, en ninguna de las cuales pasaban del número de 20.

El coronel Berro y el comandante Noblia, cumplidores, hábiles y bravos como siempre, á pie como sus tiradores, contenían á éstos para que no malgastasen vanamente sus cartuchos; y el General dirigía á los lanceros, no separándose de ellos hasta estar el peligro conjurado y haber comenzado los bordistas á retirarse en completa dispersión, al divisar las banderolas de nuestras lanzas, á las cuales tenían un terror pánico.

Volvimos á retaguardia entonces, y fuimos allí testigos de una escena impresionante.

El coronel González estaba de servicio en la frontera, y el comandante Juan José Muñoz, comisionado expresamente para ello, buscaba á los demás jefes para impartirles órdenes.

El Coronel Lamas, recostado á la sombra de un ombú y presa de agudos dolores en su herida, esperaba el resultado de la temeraria carga, que seguía con mirada ansiosa en sus menores incidentes.

Al llegar nosotros hasta él, se puso de pie, y trémulo de ira, bañados en lágrimas de indignación los ojos, habló así al General:

—« He estado llorando por no tener sano el brazo para descargar los golpes de mi espada sobre los miserables que nos han abandonado desde el comienzo de la acción. Se nos ha dispersado más de la mitad de nuestra gente. »

El General lo tranquilizó diciéndole que todo estaba ya concluído en favor nuestro, y que pronto se replegarían nuestros valientes, que venían ya en retirada; en cuanto á los que desertaban, no había que preocuparse, pues valía más tener pocos y buenos, que muchos pero flojos; lo cual ratificó después diciendo: « Sí, amigos, más limpio queda el molle sin cáscara, mostrando el corazón. » — Y en seguida montó á caballo otra vez y salió á recorrer el resto del Ejército, pasando en este día, sin descansar un momento y galopando de un lado para otro, diez y seis horas sobre el lomo del caballo.

Al replegarse nuestros bravos, se sintieron varias descargas cerradas sobre la derecha, en sitio en que no había ninguna guerrilla nuestra. Se envió un ofi-

cial á ver lo que ocurría, y á su regreso nos trajo la noticia de que el enemigo había estado haciendo fuego sobre una punta de ganado!!!

Hablando de la acción de Guaviyú, decía días después el Coronel Lamas, que en aquel paraje debía erigirse un obelisco con la inscripción siguiente:

« Aquí el General Saravia, con un golpe de genio y de bravura, salvó á la revolución. »

La genial intuición del General, fué, en efecto, quien le sugirió que la vanguardia enemiga, al ver que nosotros tornábamos á la ofensiva, nos creería fuertes y con municiones renovadas, y rehuiría el combate replegándose sobre el grueso de su Ejército, tal como más tarde sucedió.

Esa misma intuición fué la que puso en sus labios la respuesta que dió á un jefe, cuya opinión antes del combate era que no se debía dar éste, por encontrarnos perdidos ya del todo: — « Aunque todos me abandonaran, dijo, mientras mis hijos y mis ayudantes me quedaran, yo habría de llevar la carga, seguro de que al ver las banderolas de nuestras lanzas flameando en las cuchillas, se pondrá en retirada el enemigo. »

XLII.

En Guaviyú, los únicos tiradores que llevaban sus baleras bien provistas, eran: Rodolfo el comandante Cabris y el teniente Moreno, de la 3.ª División.

Solos los tres se cortaron de nuestras guerrillas, distanciándose de ellas para hacer más certeros sus dis-

paros sobre el enemigo, quien, con una pequeña partida que hubiera destacado sobre ellos, los hubiera cortado del resto del Ejército, matándolos ó tomándolos prisioneros.

XLIII.

El General Saravia, en su vida íntima de campamento, es un tipo especial, *sui generis*, único en su clase.

Sobrio por naturaleza, para él no hay manjar que pueda compararse con un matambre gordo, comido en el asador cuando aún humea, sin ponerse á reparar si tiene ó no sal, que para él es secundario.

En el Ejército no bebe gota que no sea de agua, pues dice que si bebiera espíritus, los yerros en que pudiera incurrir los atribuirían á borracheras. Tampoco fuma, y sólo rarísimas veces saborea mates de café ó te, siendo en cambio incansable tomador de los de yerba.

Su modo de dormitar cuando hay peligro, es original y curiosísimo. Se pone en cuatro pies, y cuando se duerme por completo, cae al suelo, se despierta, echa una mirada en su derredor, y si no halla novedad, vuelve á empezar su operación.

No tuvo carpa propia hasta el último tercio de la revolución. La noche de su estreno se desencadenó un huracán furioso; la carpa, mal armada, arrancó sus estacas, y el General amaneció todo empapado. Fué la única vez que se mojó.

No conoce las fatigas.

Vela mientras duermen los demás, recorre las guardias por sí mismo, toma las alturas, y es el primero que amanece en pie antes de la diana.

Los arroyos los pasa sin mojarse, con las piernas sobre el pescuezo del caballo. Sólo una vez en esa posición lo vimos perder el equilibrio y caer al agua, lo que le valió un regular titeo de sus soldados, de quienes no rehuye las bromas de buena ley.

Su lenguaje es pintoresco é intencionado. No pasan en su conversación cinco minutos, sin que lance á sus interlocutores algún *calembour* criollo, lleno de pimienta y sal, que luego festeja con sus estrepitosas y francas carcajadas.

Tiene vista de águila y una penetración poco común de inteligencia.

Á sus soldados los trata como á compañeros, compartiendo lo propio, atendiendo sus quejas y proveyendo, cuando le es posible, á sus necesidades.

Habilísimo jinete y perfecto conocedor de nuestro suelo, reune en sí todas las cualidades que pueden caracterizar al mejor hombre de campo.

Tiene exactas nociones de los ideales que alimenta su alma, y sabe valorar los sacrificios hechos por los demás en las aras de la patria, sin dar importancia alguna á los que él hace.

Su corazón es bastante grande para querer entrañablemente á sus soldados, que lo idolatran como á un padre.

Es un gran general; pero no por eso deja de ser un gran caudillo.

Su hombría de bien es la cualidad que más estima.

Cuando la guerra del Brasil, un jefe al servicio de nuestro gobierno le mandó un emisario, proponiéndole que robara ganado y lo contrabandease á nuestro territorio, para repartirse luego las utilidades de su venta.

El General Saravia dice que al jefe que le hizo tales proposiciones, es por ello tal vez al que más odia. Si lo tomara prisionero, — me decía antes de invadir, — lo ataría á las astas del toro más bravo que encontrara, y lo largaría después al campo.

Cuando estuve en Rivera se me enteró del siguiente hecho, que patentiza cuán alta se cotiza la honradez del General Saravia en la bolsa de la opinión pública. Apenas concluída la guerra del Brasil, el General compró á un jefe del partido republicano cierta extensión de campo. Llegó el día de firmarse la escritura; pero como el apoderado de Saravia manifestara que las continuas crecientes le habían impedido recibir aún el dinero, el vendedor, que en breve tenía que ausentarse de aquel punto, dijo que eso no importaba, que tenía plena confianza en la honradez del General, y que á los efectos de la escrituración del campo, se daba ya por recibido de su importe.

— ¿Y si muriera Saravia? le objetaron.

— Si muriera, su esposa y sus hijos, que son tan honrados como él, me harían el pago, sabiendo como saben, que no se me ha hecho aún.

La escritura se firmó; y al poco tiempo el importe del campo era abonado por el General Saravia á completa satisfacción del vendedor.

XLIV.

Después de Melo y Treinta y Tres, el primer pueblo que atravesamos en nuestras marchas fué el de Nico Pérez, donde vimos por vez primera flamear la santa bandera de la benemérita Cruz Roja, bajo cuyos pliegues tantos heridos se salvaron y tantas miserias fueron remediadas.

El presidente de la Comisión que la ostentaba, era uno de mis mejores amigos, el inteligente escribano Evangelista Pérez, quien con toda finura y caballerosidad nos prodigó sus más exquisitas atenciones.

En ese pueblo, al pasar el General por delante de una de sus casas, en cuya puerta se hallaban varias señoras y niñas vestidas con los colores de la patria, presenció una de esas escenas que retemplan el ánimo y ponen en tensión las fibras del más patriótico entusiasmo.

Las damas aludidas hicieron detener nuestra pequeña columna, y la única anciana que había entre ellas, abrazó al General, diciéndole con voz emocionada, que en aquel abrazo no solamente quería demostrar su viva simpatía por el patriota, sino también su gratitud como buena hija del pueblo oriental, por la firmeza inquebrantable que nos animaba desde el comienzo de nuestra santa lucha, y que esperaba no decaería hasta que una solución honrosa le pusiera término.

Con entusiastas vivas á la patria, al General y á la

mujer oriental respondimos á tan patrióticas palabras, siguiendo luego nuestra marcha hacia el campamento entre una lluvia de flores que nos fueron arrojadas por las lindas hijas de aquel pueblo.

XLV.

Cuando nos hallábamos entre el Caraguatá y el Río Negro, completamente inactivos á causa de las crecientes, el Coronel Lamas nos invitaba á menudo á Rodolfo y á mí, que en esos días éramos los únicos muchachos de ciudad que acampábamos cerca de su carpa, á pasar á ésta, para conversar un poco y acortar las noches, ya largas, recordando juntos nuestra vida normal, contando episodios de otros tiempos, ó platicando alegremente sobre literatura, — que es una de las pasiones del Coronel Lamas, — y sobre todos esos otros temas que se tratan en las reuniones íntimas de amigos.

En una de esas veladas, hablando de las campañas contra los indios, el Quebracho, la revolución del Parque en Buenos Aires y demás acciones en que se había encontrado el Coronel, le pregunté si nunca había sido herido.

— Nunca, — me contestó; — y, vea, cuando entro á una pelea, lo hago con tal convicción de que no he de ser herido, que si lo fuera, mi primera impresión sería de sorpresa.

Después de Cerros Blancos le recordé sus palabras, preguntándole si efectivamente lo había sorprendido

su herida. Recordaba admirablemente sus primeras sensaciones y me respondió afirmativamente, agregando que á esa primera impresión de sorpresa había seguido otra casi simultánea, semejante á la que le hubieran causado si le hubiesen arrancado un brazo de golpe y de raíz.

XLVI.

El trayecto de Guaviyú á Rivera fué uno de los más penosos que recorrió el Ejército.

Continuas lluvias empapaban nuestras ropas; el ganado escaseaba, pasándonos días enteros sin comer, y, para colmo de males, la leña era allí tan *rara avis*, que se dió el caso, en noche glacial, y á raíz de una larga marcha bajo copiosa lluvia,de no encontrar para repartir en el Ejército sino la leña que pudieron suministrarnos dos taperas, tocando en el reparto tres ó cuatro palos á cada División!

Nuestros caballos estaban ya casi extenuados, y en los campos el pasto era escaso y de mala calidad.

Guardaban nuestra retaguardia los escuadrones de Basilio Muñoz y Mariano Saravia, que encontraban á su paso arrasado por el Ejército el camino, teniendo que conformarse para su alimentación con algún novillo flaco, escapado á nuestras famélicas pesquisas.

Y como si todo ello fuera poco para nuestras privaciones, en aquella frontera desgraciada sólo encontrábamos en los boliches, como mercancías únicas, el tabaco en cuerda, la *rapadura* y la *cannina* brasilera.

La tropa iba toda desarrapada, habiendo desertado una buena parte á consecuencia de las lluvias y los fríos, que para quienes no poseían ponchos eran verdaderamente intolerables.

Los que quedábamos, íbamos contentos, sin embargo, al pensar que pronto llegaríamos á Rivera; á Rivera, que en aquellos días se nos presentaba como el puerto de salvación, en que obtendríamos noticias de nuestras familias, renovaríamos nuestras provisiones agotadas, y daríamos término al vía crucis que desde Cerros Blancos recorríamos!

Paso por alto los mil incidentes de aquellos días interminables, cuya minuciosa relación ocuparía volúmenes enteros, para hablar de la aproximación á la ciudad deseada, entrevista en nuestros sueños al través de los prismas de más vívidos colores.

Estábamos aún á algunas leguas de Rivera, cuando el General desprendió para ocuparla al comandante Julio Barrios, á quien en esos días se le habían incorporado algunos hombres, reforzando su reducidísimo escuadrón.

Partió Barrios en cumplimiento de su misión; y como sus caballos eran á la sazón los mejores del Ejército, empleó brevísimo tiempo en llegar á Rivera, á la cual entró sin resistencia alguna, por haber sido abandonada por su guarnición momentos antes.

Posesionado ya del pueblo, cayó en su poder el mayor Araújo, de las fuerzas gubernistas, quien lo andaba *bombeando*, y al ser descubierto había tenido la mala suerte de que rodara su caballo, dislocándose un brazo y siendo tomado prisionero.

Interrogado hábilmente, se supo por él que una fuerza de 600 hombres había llegado ese día á la estación Ataques, disponiéndose á asaltar el pueblo en la siguiente madrugada, y estando compuesta por una compañía del 4.° de Cazadores, el batallón Guardia de Cárceles, el « Presidente », y la compañía Urbana de Florida.

En conocimiento de estos datos, Barrios dió libertad á su prisionero mediante promesa de no volver á embrazar armas en favor del bordismo, enviando chasque al General para enterarlo de lo que pasaba y pedirle refuerzos.

Yo me hallaba casualmente al lado de Saravia cuando recibió éste el chasque, contestando á Barrios que por el momento no le enviaría más gente, pues el Ejército tenía que churrasquear, y que, por otra parte, opinaba que con la fuerza que él (Barrios) tenía bajo sus órdenes, bastaría para rechazar al enemigo.

Á pesar de esto, después de la comida reemprendimos la marcha, avanzando unas cuatro leguas para acampar apenas á una y media de Rivera, repartiéndose allí las municiones recibidas, que creo sumaban 125,000 tiros.

Entre tanto el enemigo había iniciado su ataque sobre el pequeño destacamento de Barrios, que con 40 tiradores defendía el paso de Cuñapirú, el cual tres veces intentaron tomar los 600 hombres que componían las fuerzas enemigas, para ser otras tantas rechazados á pesar del fuego nutridísimo que hacían.

Cuando los refuerzos llegaron, ya todo había terminado, por haberse retirado en el tren los gubernis-

tas, dejando en el campo cuatro muertos, 80 ponchos patrios, 4,000 tiros de Máuser, correajes, etc., y llevando consigo varios heridos, á juzgar por los regueros de sangre y las ropas en ella tintas abandonadas en su huida.

Nuestras fuerzas sufrieron cuatro bajas, de las cuales tres fueron debidas á soldados más ó menos levemente heridos, y la cuarta á un indiecito fallecido al día siguiente en el hospital de la Cruz Roja.

Yo llegué á Rivera con la escolta del General en momentos en que ya todo concluía. Al llegar á la plaza me encontré con Monseñor Luquese, á quien me apresuré á saludar, recibiendo de él mil cariñosas atenciones, á que permaneceré siempre agradecido, y algunas noticias de los míos, de quienes desde antes de Arbolito ni una sola palabra había sabido.

Los muchachos compañeros comenzaron á llegar al pueblo á los pocos instantes, siendo aquél un verdadero día de fiesta para todos.

Á la noche, Rodolfo y yo fuimos con Monseñor Luquese á comer á casa del señor Quesada, digno actuario del departamento, quien, en unión de sus muy distinguidas esposa y cuñada, nos prodigó toda suerte de obsequios, tratándonos como si fuéramos de su propia familia,—que era, precisamente, lo que nosotros más ansiábamos,—y logrando así grabar en nuestros corazones el recuerdo de aquellas felices horas, entre los de más grata recordación de toda la campaña.

Pasadas algunas horas de agradabilísima velada después de la comida,—que inútil es decir fué para

nosotros un banquete, — nos dirigimos á la casa del cura, Timoteo J. Muns, con quien me ligaba antigua amistad, nacida en el colegio, y el cual galantemente nos había ofrecido alojamiento para las noches que en Rivera pernoctásemos.

Al siguiente día, un grupo de muchachos católicos nos confesamos y comulgamos, desparramándonos después por la ciudad en busca de provisiones, y yendo algunos hasta Santa Ana á hacer telegramas á nuestras familias.

Al llegar á Rivera el Ejército, se pidió al comercio en general una contribución voluntaria de víveres y vestuarios para la tropa, advirtiéndose expresamente que ese pedido no envolvía imposición de ninguna especie, pudiendo los comerciantes resolver como lo creyeran conveniente, sin ningún temor y con la más entera libertad.

La generosidad con que se respondió á nuestro pedido, hizo que la tropa pudiera remediar sus necesidades más urgentes.

Así en Rivera como en Santa Ana se nos trató á cuerpo de rey, facilitándosenos á los jefes y oficiales más relacionados, algunas sumas de dinero, de que estábamos exhaustos, y disputándose nuestros nuevos amigos el agasajarnos y colmarnos de atenciones.

Entre otros hechos de esa índole, recuerdo los siguientes:

Yo andaba sin botas, habiéndoseme quemado las mías al descuidarme mientras las secaba al amor de la lumbre; fuí á comprar un nuevo par á casa del señor Ramos, de Santa Ana, para quien son pocos to-

dos nuestros elogios, y cuando hallé las que cuadraban á mi medida y pregunté el precio para abonarlas, se me contestó que para mí no valían nada. La víspera había recién conocido á mi generoso obsequiante.

Salí de allí y me dirigí á una barbería á recortarme la barba; el barbero no me quiso cobrar tampoco.

Fuí con Rodolfo á la cancha á jugar á la pelota, y como es natural, hicimos allí algún gasto; al ir á abonarlo se nos contestó que es edía no se cobraba á nadie.

Rodolfo encargó á un comerciante brasilero una carpa de lona; conseguida ésta, preguntó su importe, y el comerciante, resentido ya, por poco tiene un incidente con Rodolfo, tomando á mal el que se le quisiese abonar lo que él entregaba como simple obsequio.... Y así mil otros casos.

Tan acostumbrados nos hallábamos á la nueva vida, que las pocas veces que lográbamos dormir en cama, el insomnio se apoderaba de nosotros, costándonos no poco lograr conciliar el sueño; de modo que en Rivera los más de nosotros trasnochamos, visitando familias unos, de baile otros, y yo escribiendo largo y tendido á los seres amados que desde Montevideo vivían la misma vida que nosotros, siguiéndonos en el mapa con mirada ansiosa y elevando al cielo sus plegarias más fervientes por nuestra buena suerte y por el éxito de la santa empresa en que estaban empeñados nuestro honor y nuestras vidas, en que tres cuartas partes del país cifraba toda su esperanza.

XLVII.

No he hablado aún nada de nuestro Inspector de Fronteras, del incansable delegado del Ejército en tierra brasilera, del querido jefe, cuya presencia en el Ejército, cada vez que era requerida, se saludaba con vivas y abrazos, de Abelardo Márquez, á cuya actividad y buen tino se debió en gran parte el haber sido viable nuestra campaña gloriosísima.

Todo un caballero, á la vez que perfecto hombre de campo, ninguno como él hubiera podido desempeñar tan bien los honrosos cometidos que se le confiaron.

Infatigable en el cumplimiento de su misión, vivió sobre el caballo mientras la revolución estuvo en pie; y, modesto á la par que de corazón bien puesto, más de una vez pidió al General que lo relevara de su importante cargo, para ir á revistar como simple soldado en las filas del Ejército.

Pero Abelardo Márquez era irreemplazable como Inspector de Fronteras, y no se accedió á su petición.

Relacionado en ambos países, cuando estuvimos en Rivera pudimos darnos cuenta del inmenso prestigio que tanto en nuestra tierra como en el Brasil se ha conquistado.

Abelardo Márquez es el brazo derecho del General, siendo su mejor elogio la aplicación en su favor de la conocida frase: «si no existiera ese hombre, hubiéramos tenido que crearlo».

XLVIII.

Era un día frío y lluvioso. El Ejército hacía rato ya que había emprendido marcha, y nosotros estábamos rezagados por habernos demorado á tomar café en una casa de la vecindad.

Al llegar al arroyo Mataperros nos decidimos á cortar camino, vadeándolo á más de 20 cuadras del paso por el cual el Ejército había atravesado.

Después de mucho explorar buscando sitio vadeable á nuestra satisfacción, Luis Chouciño y Rodolfo encontraron un punto en que el arroyo se dividía en varios cañadones paralelos, que, aunque en extremo correntosos, parecían de poca profundidad y anchura.

Se aventuraron á pasar por allí y lo hicieron con toda felicidad, imitándolos yo con el mismo resultado. En pos de mí seguía Luis Alberto de Herrera. Creyendo que no hallaría contratiempo al pasar, Chouciño y yo continuamos tranquilamente nuestro camino, cuando nos sorprendieron, haciéndonos volver grupas en dirección á ellos, gritos de alarma que nos dirigía Rodolfo.

El espectáculo más inesperado se presentó entonces ante nuestra vista, disipando todos los temores de peligros.

Al pasar el primer cañadón el caballo de Luis Alberto había empezado á ser arrastrado por la correntada; pero su jinete, sustrayéndose al peligro, se había arrojado al agua, conservando en una mano las rien-

das del caballo y cazándose con la otra de unos camalotes de la orilla.

Como Herrera vestía en esos momentos impermeable en forma de *cavour*, la esclavina de éste flotaba sobre las aguas ayudándolo á sostenerse, y contribuyendo á hacer en extremo cómica la escena, sobre todo para los que con toda tranquilidad la presenciábamos, sabiendo que todo riesgo había desaparecido, y no pudiendo contener la hilaridad al ver la cara de angustias que ponía Herrera y los visajes que desde la opuesta orilla hacían José María Aguirre, Roxlo y Lidoro Pereyra hijo, alarmados con lo que ocurría.

Para terminar entonces aquella situación, Rodolfo le arrojó á Luis Alberto un maneador para que atara á él su caballo, de manera que pudiera ser sacado por nosotros.

Así lo hizo, y el pobre jamelgo,—un tordillo escuálido y despatarrado,—pisó al fin tierra firme, dejando en mitad del arroyo á su caballero, quien se negó á ser de allí sacado por el mismo método, prefiriendo volverse á la orilla de la cual se había arrojado, siguiendo á pie hasta el paso, al cual nosotros por el otro lado del arroyo conduciríamos su cabalgadura.

Nosotros continuamos sin novedad nuestro camino; pero Herrera, al llegar al mencionado paso, se vió en serios apuros para atravesarlo, pues un señor á quien allí encontró, se empeñó en que había de montar en pelo en un caballo suyo, sin otro medio de gobierno que un cabestro y un bozal, atravesando así el arroyo.

No le hacía maldita la gracia esa proposición á

nuestro amigo, quien aceptó la oferta sólo á condición de que su proponente había de llevarlo de tiro. Una vez dentro del paso, éste le dijo que el caballo era muy manso y así que continuase solo manejándolo, pues él era *muy amigo de su padre*....

—¿Y qué tiene que ver eso? le replicó Herrera asombrado de un final de frase tan original.

—Que no he de dejarlo ahogar, amigo. Siga no más, que así va bien. *Yo soy muy amigo de su padre.*

Y así continuó Luis Alberto su marcha, temiendo á cada instante un percance por la falta de freno, y oyendo, á guisa de salvavidas para casos de peligros, aquel: *yo soy muy amigo de su padre,* que en aquellos momentos puede el lector figurarse el efecto de impertinente y burlesco que le causaría, cuando el que lo pronunciaba se había negado á evitarle aquel trance al no querer conducir del cabestro á su caballo.

Desde entonces Herrera bautizó al arroyo Mataperros con el más expresivo nombre de Mata-cristianos.

XLIX.

El 25 de Mayo, día glorioso para el sol americano, dianas dobles sonando en nuestros clarines saludaron á la aurora, invitándonos á ponernos de pie, en homenaje á la gran fecha.

Ya habíamos abandonado á Rivera, siguiendo nuestra ruta con toda tranquilidad, sin que el enemigo pensara apurar sus marchas para alcanzarnos, á pesar de sus bravatas.

Nuestras caballadas estaban ya extenuadas y nuestras jornadas eran cortas y penosas.

El día 26 atravesamos una sierra en extremo abrupta y pintoresca, subida á pie y con los caballos de la rienda por muchos de nosotros; el desfile del Ejército por ella traía á mi memoria esos grabados que en las tapas de nuestros cuadernos todos hemos admirado en la edad de ir á la escuela, y que representan ejércitos romanos de los antiguos tiempos, atravesando en sinuosas filas cerros y montañas.

Pasada la sierra, acampamos en medio de un diluvio, junto á la pulpería de Masoller, donde se nos incorporaron los doctores Luis María Gil y Cabello, junto con Luis Pastoriza, que nos sorprendió dentro de nuestra carpa en momentos de entregarnos al sueño.

¡Qué alegrón tan grande nos dió el querido compañero! Al escuchar su voz, Luis Alberto, Rodolfo y yo quisimos salir á un tiempo, tocándome á mí la mala suerte de darme tremendo golpe en el palo que sostenía la carpa.

Lo abrazamos, lo estrujamos y lo acosamos á preguntas.

Por él recibimos noticias de nuestras familias, de nuestros amigos, de todo lo que nos era más querido... ¡Júzguese nuestro contento en esa bendita noche, de completa alegría para nosotros, á pesar de la lluvia y del frío glacial que atería nuestros cuerpos!

L.

En la noche del 3 de Junio, estando acampados en la costa del Arroyo las Sopas, recibió aviso el General de que en las proximidades de nuestro campamento se encontraba una fuerza enemiga de unos cien hombres, al mando de Nicasio Borges, custodiando 2,000 caballos destinados al Ejército del General Villar, que estaba casi á pie, por lo que nos convenía muchísimo el apresamiento de tan numerosa caballada, para lo cual se dispuso que los comandantes Juan José Muñoz y Julio Barrios con las fuerzas á sus órdenes y guiados por un baqueano, se destacaran sobre la partida de Borges para sorprenderla.

Se hizo así, llevándose á cabo la operación poco antes de amanecer, y lográndose con ella poner en completa dispersión al enemigo, tomándosele toda la caballada y buen número de ponchos y recados.

En la carpa de Borges se hallaron además una marca para ganado, y una.... bacinica, que fué objeto de nuestros más risueños comentarios.

La caballada estaba compuesta por unos 2,000 animales, contándose entre ellos gran cantidad de potrillos que no podían aún prestar servicio, y cuyo arreo sólo podía explicarse teniendo en cuenta la marca que se le había tomado á Borges.

Esa noche hubo disparada y perdimos en ella gran parte de nuestro botín; pero como estábamos ya en el Departamento del Salto, tan rico en animales yegua-

rizos, no nos afectó mucho esa pérdida, logrando á los pocos días reunir tal número de caballos, que una buena parte del Ejército estaba concretada á su conducción exclusivamente, teniendo algunos de nosotros hasta cinco y seis animales gordos de reserva.

LI.

La antevíspera de nuestra llegada á los arrabales del Salto, fué tomado prisionero un tal Carvalho, comisario de aquella ciudad.

El buen hombre había pasado algunos momentos negros, pues nuestros soldados lo habían desplumado, *garreándole* (1) el recado, el poncho, la casaquilla y demás prendas principales, así que al presentarse ante el General, lo hizo mohino y cariacontecido, luciendo aún en su sombrero la divisa roja. Al verlo, algunos soldados y asistentes le armaron una rechifla de padre y señor mío; pero el General, levantándose indignado, apostrofó duramente á los que la producían, diciéndoles que el hacer así escarnio de prisioneros indefensos, era cosa de cobardes, que seguramente no se atreverían á hacerlo encontrándose á solas, frente á frente, con aquellos á quienes ultrajaban á mansalva cuando se hallaban prisioneros.

Y después, cambiando de tono y dirigiéndose á Carvalho, agregó:—*Venga, amigo, vamos á prosear un*

(1) Palabra que significa, en la jerga de nuestros soldados, tomar algún botín al enemigo.

poco; pero antes límpiese el sombrero, que lo lleva sucio.

El comisario se quitó la divisa y se acercó al General, que lo saludó con toda afabilidad, dando orden á sus asistentes de que lo sirvieran como si fuera oficial nuestro, entregándolo más tarde á la escolta del Coronel Lamas para su custodia, previa promesa de que le serían devueltas todas sus prendas, á excepción del caballo, que por ser gordo debía quedar en el Ejército.

La noche era glacial, y el buen hombre no tenía poncho; pero algunos humanitarios y nobles compañeros se desprendieron de los suyos en su obsequio, prefiriendo sufrir ellos el penetrante frío, á que pudiera quejarse un prisionero de no haber sido bien tratado por nosotros.

Á los pocos días, Carvalho fué puesto en libertad, despidiéndose con lágrimas en los ojos del General, del Coronel Lamas y de todos los que habíamos tenido oportunidad de tratarlo, haciéndonos mil protestas de reconocimiento perdurable.

LII.

El sitio del Salto fué una de las bromas más pesadas que dimos á las fuerzas gubernistas.

El Ejército en su totalidad no contaba arriba de unos 900 ó 1,000 hombres, estando acampado sobre el Daymán en más de su mitad, pues la División Florida, de unas 400 plazas á la sazón, era la que simulaba el asedio á la ciudad.

El General y sus ayudantes teníamos establecido nuestro cuartel en la lechería de Turenne, situada en los arrabales.

Una mañana salimos á recorrer las cercanías, hallándose con nosotros el comandante Lidoro Pereyra, el doctor Acevedo Díaz, José María Aguirre y otros amigos, cuando de repente, en un pequeño alto que hicimos para observar las posiciones enemigas, sentimos el silbido de una bala de cañón, que resultó corta, pero admirablemente dirigida, picando en línea recta con nosotros, á unos 300 metros del punto en que nos encontrábamos.

En seguida reemprendimos nuestra marcha, seguidos por otras balas de cañón, que por fortuna no dieron en el blanco.

La noche del simulado asalto que Maldonado dirigió, dormíamos tranquilamente en un galpón de lo de Turenne, cuando sentí voces de alarma; me levanté precipitadamente é intenté tomar los cojinillos para saltar sobre el caballo, pero mis brazos estaban sin movimiento y no me lo permitieron. La alarma resultó infundada, por fortuna, pues de lo contrario no sé cómo me las hubiera arreglado. Á falta de cabecera, me había acostado con los brazos haciendo veces de almohada, y al levantarme los tenía, como se dice en lenguaje vulgar, tan dormidos, que necesité de la ayuda de un compañero para volverlos á la sensibilidad, mediante un masaje vigoroso.

No quise acostarme más, y con el indio Ocampo, de quien he hablado ya, y con Luis Alberto, que esa noche se nos había agregado voluntariamente, salí á ob-

servar más de cerca el aspecto que presentaban los fogonazos en la oscuridad de la noche.

Los nuestros acababan precisamente de romper el fuego, y pudimos darnos cuenta exacta del imponente espectáculo que preseutan los tiroteos nocturnos.

En medio del mayor silencio, sólo se oía el sonido seco de las detonaciones, y á nuestra izquierda y á nuestra derecha se veían rápidos zigzags de luces que se entrelazaban unas con otras, formando caprichosos arabescos.

LIII.

El original combate del Hervidero, trabado entre nuestras caballerías y parte de la escuadrilla gubernista, fué tal vez el hecho de armas más curioso de toda la revolución.

Antes del alba, parte del Ejército, con el General á su frente, había abandonado su campamento del Daymán, dirigiéndose al Hervidero con el objeto de proteger en aquel punto el desembarco de la expedición Smith, como estaba convenido.

Llegados á aquel sitio, el General nos ordenó que echásemos pie á tierra y sacásemos los frenos, guareciéndonos detrás de unas cuchillas que nos impedían ser vistos desde el río, en tanto que él con algunos ayudantes subía al mirador de la casa de don Nicanor Amaro, para observar el Uruguay.

El resultado de su observación no se hizo esperar, pues á los pocos momentos divisó un pequeño barco

armado á guerra, de chimeneas amarillas y casco blanco, llevando á remolque á otro más pequeño aún, que después supimos era el *Chapicuy*. Se ordenó entonces que las guerrillas de los coroneles Berro, Martínez, Díaz Olivera y del comandante Cabris se emboscaran en la costa, descargando sus fusiles sobre los barcos gubernistas, apenas se pusieran á tiro, lo que no se hizo esperar.

Roto el fuego por los nuestros, fué en seguida contestado por la artillería y fusilería enemiga, siendo como las 7 1/2 ú 8 de la mañana. El *Chapicuy* largó sus amarras, virando inmediatamente y contramarchando aguas abajo, en tanto que el *Vidiella*, que era el otro barco, paraba la marcha en el mismo paso, debido á haber sido herido su timonel. Las granadas en el ínterin menudeaban sobre nosotros, no habiéndose aún borrado de mi memoria el silbido de una de ellas, tétrico, agudo, formidable, que nos estremeció á todos sobre nuestros caballos, causándonos tal vez la más amedrentadora impresión de toda la campaña. Nuestros fuegos, sin embargo, apagaron los de la cañonera, que siguió su viaje en dirección al Salto, llevando á su bordo 14 heridos y dos ó tres muertos, según las propias noticias oficiales.

Nuestra única pérdida en ese tiroteo, fué la muerte del bravo comandante Francisco Ledesma, producida por un casco de metralla que le abrió en la sien una boca triangular, de bordes irregulares, y que en toda la revolución fué la única producida por la artillería enemiga. Ledesma murió en momentos en que retiraba de la zona del fuego á Teodoro Berro, herido en las

partes blandas de la pierna por una bala de Máuser, y que más tarde en Aceguá debía perder la vida, luchando como valiente por la causa de la honradez y del civismo.

Después de retirarse el *Vidiella,* se desparramó una parte de la muchachada por la quinta del señor Amaro, con cuyas sabrosas naranjitas mandarinas calmó las exigencias del estómago, vacío aún á la sazón.

Transcurrieron algunas horas sin mayores novedades; pero poco después de mediodía volvió á pasar el *Vidiella,* aguas abajo esa vez y forzando la marcha hasta colocarse fuera del alcance de nuestros fusiles.

Á esa hora unos cuantos de nosotros hacíamos los honores á un *lunch* magistralmente preparado por el mayordomo del señor Amaro, y momentos después yo me ponía á escribir á los míos con toda la exactitud que es de imaginarse en una carta escrita en los mismos instantes y en el propio sitio en que los sucesos ocurrían, y la cual me está hoy suministrando estos verídicos datos.

Á eso de las 3 1/2 de la tarde, la cañonera *General Suárez* forzó también el paso, refugiándose en aguas argentinas para ametrallarnos impunemente desde ellas, fuera del alcance de nuestros fuegos, lo cual motivó una enérgica protesta, redactada por el Coronel Lamas y publicada en los diarios de la época, en que se apelaba á la opinión pública sud-americana para que con nosotros condenara hecho tan inaudito y tan aleve.

Momentos después el vapor *Tritón* intentaba pasar tranquilamente, cuando una guerrilla del coronel Martirena, confundiéndolo con los buques enemigos, le

hizo fuego, obligándolo á contramarchar aguas abajo, á pesar de los gritos del General y de las señales nuestras invitándolo á seguir su ruta en la seguridad de que no volvería á ocurrir lo sucedido.

Las cañoneras siguieron descargando sus cañones sobre nosotros hasta el día siguiente, en que, sabedores ya por un chasque del fracaso de la expedición Smith, levantamos campamento, dirigiéndonos nuevamente al Norte.

El total de nuestras bajas en todos nuestros tiroteos con las cañoneras gubernistas, se redujo á la muerte del bravo Ledesma, la herida de Teodoro Berro y tres heridos más, uno de los cuales, apellidado Pallas, de la escolta del General, murió á los pocos días.

Un detalle cómico en extremo de nuestros tiroteos con la flotilla gubernista, es que cada vez que las cañoneras, después de forzar el paso, se alejaban de nosotros, Camundá, creyendo sin duda que llegaba el momento de que entraran en juego los lanceros, hacía oir en su clarín los toques de *á la carga y á degüello.*

Nuestros soldados en su mayoría jamás habían visto buques, como lo prueba el siguiente episodio ocurrido entre José María Aguirre y algunos soldados de la gente de Cabris.

Aguirre quería enseñarles el mejor modo de no malgastar las municiones, indicándoles al efecto como blanco la casilla del timonel; pero los soldados creían tan de buena fe que cualquier parte de los barcos era buena para el caso, que uno de ellos le contestó en seguida: —*No me embrome, ayudante; ¿nos cree tan zonzos que no le vayamos á pegar á bichos tan gran-*

des? ¡ Si no les podemos errar ni precisamos dotores que nos enseñen á meterles balas! Ya llevan unas cuantas en el cuero, que de juro bastante averiao han de tenerlo á estas horas.

LIV.

El regreso del Salto á Rivera no ofreció episodios dignos de mención, si se exceptúa la incorporación del coronel Imas con 84 hombres, perfectamente pertrechados y con un buen número de fusiles de repuesto, que desembarcó en el Uruguay, cerca del paso de Martín José del arroyo San Antonio.

Entre los expedicionarios se contaban muchos y buenos amigos, como Bernardo García, Aureliano Berro, Pedro W. Bermúdez, José Avellanal, Bernardo Rospide, Carlos Acevedo Díaz, etc.

Una vez incorporados, seguimos nuestras marchas en medio de los rigores del mal tiempo, que había vuelto á desalojar al bueno, siendo nuevamente las lluvias torrenciales y los intensos fríos nuestros mayores enemigos.

Recuerdo que una noche era tan espantosa la tempestad desencadenada sobre nosotros, que un grupo de compañeros, ansiosos de ponerse á cubierto del agua y del frío, desalojó á unos cerdos del chiquero en que se hallaban y ocupó su lugar, sin lograr, empero, conciliar el sueño, pues los consuetudinarios habitantes de tan antipoético albergue lo asaltaban de continuo, teniendo nuestros compañeros que levantarse á

cada instante armados de gruesos palos para repeler las invasiones con que aquéllos intentaban reivindicar sus dominios habituales.

Sin más novedades, pues, que las del mal tiempo y la pérdida de casi todas nuestras caballadas, llegamos nuevamente á Rivera el día 24 de Junio, en que era tan intenso el frío, que las aguas de las cañadas presentaban helada su superficie hasta en dos y tres centímetros de espesor.

Esta vez á muy pocos se nos permitió llegar al pueblo, en el cual sólo permanecimos el tiempo indispensable para renovar nuestras provisiones y escribir á nuestras familias.

Recibidas numerosas incorporaciones de voluntarios, seguimos viaje en dirección al paso de Carpintería, al cual llegamos á los muy pocos días, gracias á lo continuas y prolongadas que eran nuestras marchas.

LV.

El coronel Trías con algunas fuerzas, nos esperaba del otro lado del Río Negro para incorporársenos nuevamente, ya curado de la gravísima herida que recibiera en Arbolito, cuando fué atacado por Carlos Chagas, de la gente de Muniz, y obligado á pasar Carpintería abandonando recados y caballos por absoluta falta de municiones para sostenerse. Entonces el General ordenó que el coronel Corbo y el comandante Cabris vadearan el paso en algunas canoas que para el objeto se consiguieron; pero como algunos

pocos soldados enemigos apostados en la ribera opuesta bastaran para impedir el pasaje de los nuestros, el General empezó á apostrofarlos, riendo de sus tiros, que á nadie hacían daño, y amenazándolos con pasar personalmente é imponerles el merecido castigo por la osadía de poner obstáculos á sus planes.

El General conocía demasiado la medida de aquellos á quienes se dirigía, pues á los pocos instantes abandonaron sus posiciones dejándonos libre y franco el paso.

LVI.

El día 5 de Julio, á hora avanzada de la tarde llegó á nuestro campamento la primera comisión que nos llevó proposiciones de paz, compuesta por el doctor Aureliano Rodríguez Larreta y por don Luis Machado.

En el Ejército, y aún antes de conocer las bases de las proyectadas negociaciones, todos éramos contrarios á ellas, pues el entusiasmo reinaba en nuestras filas y nos impedía admitir ni aún como posible otra conclusión de nuestra empresa que la que importara nuestro triunfo completo y decisivo, el cual veíamos ya cercano por el prisma del deseo, sobre todo al presentir un choque con las fuerzas de Muniz, que era nuestro enemigo más odiado, y al cual ansiábamos dar la lección que merecía.

Ese choque no tardó en producirse, pues al día siguiente nuestras avanzadas empezaron ya á tirotearse con las enemigas.

Como de costumbre, la munición escaseaba bastante entre nosotros; pero sabíamos que el enemigo tampoco se hallaba en mejores condiciones, y el General resolvió mantenerse algunos días más en aquellos parajes, en espera de elementos de guerra que debían estar ya cerca.

En la noche del 7 se dispuso un amago de avance á las posiciones de Muniz, tomando parte en él, si mal no recuerdo, el coronel Julión, la división del coronel González y la escolta que mandaba el comandante Sierra.

Nosotros con el General estábamos hacia el centro de la línea esperando el tiroteo, para lo cual echamos pie á tierra, y viendo que aquél tardaba en producirse, nos dispusimos á descansar unos momentos, sirviéndome á mí de almohada las rodillas del General, recostado á su vez en las de otro de los compañeros, y así sucesivamente, de manera que cada cual apoyaba su cabeza en las piernas del compañero inmediato, formando entre todos una rueda de bastante diámetro.

Haría como media hora que en esa postura estábamos, cuando hacia nuestra izquierda se oyeron los primeros tiros, seguidos á los pocos instantes por otros que sonaron en dirección de la fuerza del coronel González.

Nos pusimos de pie entonces y avanzamos con el objeto de averiguar el resultado del ataque, que era llevado con bastante éxito, sorprendiéndose al enemigo y desalojándolo de sus posiciones avanzadas.

La noche estaba espléndida, y el espectáculo que

á nuestra vista se presentaba en esos momentos, era por demás grandioso é imponente.

Á nuestra retaguardia se veían las pintorescas luces de los fogones del Ejército, y á nuestro frente iluminaban la escena los fogonazos de la fusilería, que menudeaba sus disparos de una y otra parte.

Solos en lo alto de aquellas lomas, soportando un frío que hubiera aterido nuestros miembros á no ser por lo interesante de la tragicomedia que se desarrollaba ante nosotros, poniendo nuestros nervios en tensión, no perdimos uno solo de sus detalles, favorecidos por la luna, que en esos instantes aparecía en el cielo.

Después de un corto tiroteo, el enemigo se batió en retirada, y los nuestros se replegaron por no llegar á más sus instrucciones, volviendo entonces los municistas á las posiciones de que acababan de ser desalojados.

Visto esto por el General, ordenó á una guerrilla de la séptima División, que volviese á tirotearlos, oyéndose en ese momento en el campo enemigo las voces de *¡ Viva el General Muniz! ¡ Muera Saravia! ¡ Viva la División de Cerro-Largo!*, á las cuales contestó imprudentemente el mayor Galarza, que nos acompañaba: *¡ Mueran los tránsfugas de Cerro-Largo! ¡ Aquí está el General Saravia, traidores!...*

Acababa de pronunciar estas palabras, cuando una descarga cerrada resonó á pocos pasos de nosotros, que sentimos el silbido de sus balas al pasar sobre nuestras cabezas. ¿ Quién la había hecho? — Una gue-

rrilla enemiga emboscada en las anfractuosidades del terreno á muy corta distancia, que inmediatamente fué puesta en precipitada fuga por los nuestros.

LVII.

Heme aquí llegado al 8 de Julio, día del Combate de Aceguá, que nos costó tanta sangre valiosa y que tantas lágrimas hizo correr por nuestras mejillas.

Ninguno como él nos causó impresión tan penosa á pesar del buen resultado obtenido por nuestras armas, pues tal número de compañeros de valer por su ilustración, su juventud, su posición social y la esperanza que entrañaban para el porvenir, no cayó en ninguna de las demás acciones entabladas.

En los demás combates el número había primado siempre sobre la calidad; en Aceguá la calidad de los caídos superó á su número.

En los demás combates, el porcentaje de muertos ilustres siempre fué muy reducido; en Aceguá absorbió casi la totalidad.

No es que cada uno de los patriotas compañeros que como valientes dieron su vida por la patria en Arbolito y en Tres Árboles, en Cerros Blancos y en Hervidero valieran menos que los que en Aceguá cayeron: era el conjunto por su intelectualidad, sus prendas morales, su tesón en la defensa de la buena causa y sus múltiples prendas de carácter, que le valían el cariño y el aprecio de todo el Ejército, el que nos dejó postrados por completo, causándonos la

impresión más penosa que recibimos en toda la revolución.

El combate se trabó sin que nadie hubiera pensado en ello.

Desde hacía días una pequeña parte de nuestras fuerzas hacía el servicio de avanzadas, tiroteándose continuamente con el enemigo.

Ese día el General ordenó á Basilio Muñoz y al coronel Imas, que el primero por la izquierda y el último por la derecha, desalojasen al enemigo de algunas de sus posiciones, lo que con tanta facilidad fué conseguido, que entusiasmados los nuestros, persiguieron durante cuarenta cuadras á los municistas, obligándolos á replegarse sobre el grueso de su ejército.

Entonces el General ordenó á los nuestros que cesaran en su avance; pero el coronel Imas, sea por no haber recibido á tiempo la orden, sea porque yendo armado de carabina, él mismo se había entusiasmado á la par de sus soldados con los disparos que hacía, ó por cualquier otra causa, siguió avanzando hasta que el agotamiento de sus municiones lo obligó á retirarse, siendo en esos momentos cuando sufrió más bajas, recibiendo él mismo la herida que á los pocos días lo llevó al sepulcro.

Basilio Muñoz se había detenido en la pulpería de Garmendia, mandando aviso al General de que las municiones también á los suyos se les habían concluído. Acudimos entonces á la línea del fuego con el General, quien mandó á Pastoriza que fuera en busca del parque, cuyas carretas se hallaban á más de una legua de distancia y con los bueyes desunci-

dos, por no esperarse el combate, como ya he dicho.

Tardaron, pues, las municiones en llegar, cesando el fuego de nuestra parte, lo cual el enemigo aprovechó para recuperar sus posiciones, abandonadas por los nuestros.

El General, en tanto, noticiado del peligro en que Imas se encontraba, mandó una División á protegerlo, enviando otras en refuerzo de esta última y de la gente de Muñoz, lo que hizo que el combate se generalizara.

Entraron en fuego entonces las restantes Divisiones, combatiendo con el valor característico de los soldados que componían nuestro Ejército, pero con la diferencia de que en las demás acciones hubo también cobardes, mientras que en Aceguá las pruebas de valor eran generales, combatiendo todas y cada una de nuestras unidades con la mayor bravura y bizarría, merced á las cuales el enemigo fué nuevamente desalojado de sus posiciones avanzadas, obligándosele á replegarse sobre la vanguardia de su ejército, parapetado en la Sub-receptoría y en la casa de negocio de don Julián del Campo.

Al declinar la tarde terminó la jornada y comenzamos á darnos cuenta de la magnitud de nuestras pérdidas, á pesar de haber quedado nuestro Ejército en las posiciones que el enemigo ocupaba al comenzar la acción.

Sabíamos ya que varios de nuestros compañeros más queridos habían derramado su sangre por la patria y que el heroico coronel Imas había recibido una herida gravísima en el vientre.

Entonces comenzó nuestra consternación, que du-

rante la pelea no había tenido la oportunidad de apoderarse de nosotros, y corrimos á inquirir noticias, ignorando aún la gravedad de estado en que se hallaban algunos de los bizarros heridos de aquel día, y no conociendo aún la muerte de otros de ellos.

Pusimos los caballos al galope, y á los pocos instantes la terrible realidad se nos mostraba mucho más terrible aún de lo que nosotros la creíamos.

LVIII.

Nuestros heridos se hallaban distribuídos en diversas casas de las cercanías, que hacían las veces de hospitales, atendidos por nuestro excelente y á la sazón numeroso cuerpo médico, compuesto por los doctores Baena, Seberio, Lamas, Ponce de León, Lussich y varios inteligentes practicantes.

¡Qué espectáculo tristísimo el que se presentó ante nuestra vista al entrar á uno de esos improvisados hospitales, la casa de negocio de don Luis Acuña!

En la primera pieza á que entramos, se hallaban dos camas, sobre las cuales se veía á Alberto Maldonado y á Ramón Orique, heridos de muerte en medio de su juventud, después de haberse batido como bravos en tantos otros combates, después de haber salido ilesos tantas veces de las lluvias de balas que habían pasado silbando por sobre ellos, y cuando ya soñaban con el triunfo, cuando soñaban ya con el regreso á sus abandonados nidos para abrazar en ellos á los seres benditos de su alma.

Esa es la ley de la vida: ser cortada cuando más ajeno se halla el hombre á su proximidad.

Nos acercamos al lecho sobre el cual Maldonado descansaba por última vez, y vimos aquella noble faz, de ordinario animada y sonriente, demacrada entonces, pero siempre serena y distinguida.

El amigo querido abrió los ojos y tuvo para nosotros una última sonrisa.

—Estoy mal,—nos dijo;—yo sé que me muero.

¡Pobre Alberto! ¡Con qué exactitud presentía lo próximo de su fin, que nosotros aún considerábamos lejano!

Salimos de su lado después de tratar de infundirle la esperanza que en nosotros anidaba, y fuimos á ver á Orique, cuya cabeza pensadora era en esos momentos presa de las convulsiones más horribles, en medio de un sopor que nada tenía de natural ni de tranquilo.

Aquel cerebro vigoroso y tan bien organizado, no había de dar más frutos, no había de prestar en adelante su concurso valiosísimo á la santa causa de la libertad y del civismo.

Con el alma llena de tristezas, aunque alimentando aún ilusiones, abandonamos la pieza en que yacían aquellos dos amigos tan queridos, para cumplir nuestros deberes de soldados yendo á pedir órdenes y tomar algún alimento al propio tiempo, rehaciendo nuestras fuerzas, que suponíamos necesarias para el día siguiente, en que según nuestra creencia, continuaría el combate.

Al salir de allí, y como si para afligir nuestro corazón aquel cuadro no bastara, supimos la noticia de

que Arturo Ramos Suárez, nuestro queridísimo compañero en las lides cívicas de la idea, el aventajado condiscípulo de las aulas universitarias, el amigo de los primeros años de vida ciudadana, había caído muerto en el campo de batalla, sin haber sido posible retirar su cadáver, insepulto aún en las sinuosidades de Aceguá.

¡Arturo muerto! ¡Oh, no! debía de ser aquello una equivocación. Hombres como él, de inteligencia tan privilegiada y corazón tan noble, no podían morir así no más, en la aurora de la vida, en la edad en que eran más vivas promesas para el porvenir de la patria.

Buscamos confirmación á la verdad temida, y ésta se presentó desnuda, sumiéndonos en el dolor y en la amargura más intensos.

LIX.

Esa noche, á pesar del cansancio de la ruda jornada, apenas pudimos cerrar los ojos. El recuerdo de los compañeros caídos en ella, nos tenía febricientes é intranquilos.

Antes de despuntar la aurora del día 9, ya estábamos en pie, dispuestos á pasar por lo de Acuña á inquirir el estado en que se hallaban los heridos, y especialmente Imas, Orique y Maldonado....

Los primeros seguían graves; en cuanto al último, á las 11 de la noche había cerrado sus ojos para siempre, balbuceando estas últimas palabras, dirigidas á su asistente: — *Dame aire, Santiago, dame aire.*

Aquello nos parecía mentira. Maldonado siguiendo á Arturo Ramos Suárez á la tumba, era el golpe mayor que se podía dar á nuestros corazones, era mutilar por completo el reducido número de montevideanos que formábamos en el Ejército, era suprimir á nuestro pequeño grupo las cabezas.

Entonces fué cuando empezamos á reconcentrarnos en nuestro dolor, y á encontrar convenientes las gestiones pacificadoras, que en caso de alcanzar buen éxito, ahorrarían tanto luto á la sociedad uruguaya y tantas horas de dolor á nuestros benditísimos hogares.

¡Bendita sea la paz! nos dijimos, y esta idea se extendió en el Ejército y fué tomando cuerpo en los esforzados patriotas que lo componían, refractarios veinticuatro horas antes á toda transacción, y ahora ansiosos de paz, siempre que pudiera obtenerse en condiciones honorables.

¡Cuántas pérdidas valiosas en aquel combate! Teodorito Berro, mi querido compañero de colegio, casi un niño aún, pues contaba apenas 19 años cuando lo sorprendió la muerte, había caído también, peleando como un león, convaleciente aún de la herida que recibiera en Hervidero. Y como él habían rendido también á la patria su último homenaje, Mariano Sellanes, esforzado compañero cuyos actos de siempre, jamás desmintieron el brillo de su apellido ilustre; Teófilo I. Martínez, caído al lado de su padre como caen los valientes; el titulado doctor Fleuris, muerto en momentos en que andaba buscando heridos para prestarles sus auxilios; Arturo Martínez, cosido á pu-

ñaladas por sus feroces enemigos, después de ya entregado, y *el Palomo,* de quien sus compañeros decían que era el mejor soldado de la División Florida; á los cuales pocos días después se agregaron, por haber fallecido á consecuencia de sus heridas, el coronel Imas y Ramón Orique.

Pero se trata de compañeros queridísimos y de valer inapreciable, á quienes quiero rendir por separado mi homenaje. Á ello destinaré, pues, los párrafos siguientes.

LX.

Alberto Maldonado era para mí un desconocido cuando lo ví en Bagé, con larga melena sedosa y rizada, chambergo blanco, traje irreprochable y un sello tal de distinción en sus facciones y modales, que despertó mi curiosidad por conocerlo. Logrado esto con facilidad, poco tardamos en ser íntimos amigos, como lo eran suyos apenas lo conocían todos los que le eran presentados, á quienes seducía desde el primer momento con su afabilidad característica y su exquisito trato.

Una vez producida la invasión, creció aún más mi estimación por él, llegando nuestra amistad á su más alto grado cuando, pocos días después de Arbolito, fué nombrado ayudante del Jefe de Detall, cuyo puesto lo ponía en mayor contacto con los que cerca del General hacíamos nuestros fogones.

En las interminables marchas que subsiguieron al combate de Cerro Colorado, y más tarde en las que

precedieron á la toma de Rivera, fué cuando comenzamos á expandirnos mutuamente, contándonos mil de esos detalles íntimos que bastan para dar una idea del carácter y de la idiosincrasia de cada uno, y que poco á poco fueron estrechando aún más los vínculos de cariño y de estimación que nos unían.

Espíritu selecto, corazón nobilísimo, valor á toda prueba, y realzando condiciones tan valiosas una presencia física que inspiraba simpatías desde el primer momento y un aliño esmerado en el vestir, eran prendas más que suficientes para que Maldonado se granjeara las simpatías de todo el Ejército, que tan generales como él, me atrevo á asegurar que ningún otro oficial obtuvo nunca.

Alberto Maldonado era indudablemente el que valía más de nuestro grupo, porque era el más completo. Si en la lucha hubiera sobrevivido, no tardaría mucho en figurar en nuestra patria á la par de las más brillantes inteligencias y de los más firmes caracteres de nuestra generación.

Contaba sólo 23 años; pero se adivinaba en él la experiencia de los que han sufrido antes de tiempo, de los que en los albores de la vida han sentido ya desgarrado su corazón por el puñal de las grandes amarguras, apenas disimuladas por la afabilísima sonrisa que jamás dejaba de vagar entre sus labios.

Maldonado presentía su fin, pues más de una vez, al confiarnos nuestras cuitas y al hablar de nuestros amores, cuando tratábamos de la alegría con que efectuaríamos nuestro regreso á Montevideo al final de la campaña, él movía la cabeza, y con acento insinuante

y convencido, me decía: «Volverás tú, Luis; yo tengo el presentimiento de que no sobreviviré en la lucha.»

¡Pobre compañero!... ¡Con qué exactitud se cumplió su triste vaticinio!

Hasta parecía que buscaba la muerte en todos los combates, eligiendo los sitios de mayor peligro, no preocupándose jamás de colocarse en posiciones ventajosas, y haciendo fuego casi siempre á cuerpo gentil, de pie, cuando los más esforzados compañeros lo hacían parapetados ó rodilla en tierra.

La segunda vez que pasamos por Rivera se le ocurrió conseguir un uniforme enteramente blanco, que fué el que en Aceguá vestía, cuando, espada en mano y al frente de las guerrillas que defendían las más peligrosas posiciones, recibió el balazo que horas después lo conducía á la tumba.

La víspera del combate había estado conmigo expansivo por demás, volviendo á hablarme de sus tristes presentimientos, que yo jugaba á risa.

Ese día lo habían pasado él y Arturo Ramos Suárez en nuestra carpa, jugando al mus de compañeros contra Pastoriza y yo, debiendo los perdedores suministrar de la pulpería cercana las conservas y aditamentos necesarios para la comida, tocándoles en suerte á ellos el abono de ese gasto, para lo cual escribió Maldonado la lista de las provisiones, agregando Arturo algunos renglones para él pulpero, que aún conserva Pastoriza.

Mientras hacíamos los honores á las apetitosas conservas que nos sabían tan bien, ¡qué lejos estábamos

de pensar que aquella comida había de ser la última para dos de los cuatro compañeros que tan alegremente habíamos pasado aquella tarde!

Al saberse que había muerto Maldonado, la consternación cundió en todo el Ejército, y no hubo uno solo de nuestros soldados, que, conociéndolo, no hiciera justicia á las relevantes dotes de todo género que en vida lo adornaban.

Todos conocían ante todo la bravura serena que en los días de peligro lo animaba, porque Maldonado nunca permanecía en un solo punto, recorriendo siempre toda la extensión de nuestras líneas, y formando sucesivamente en todas las guerrillas.

Sus rasgos de otra índole, también de todos eran conocidos. En la Cuchilla de Pereira se había desprendido del Ejército con unos pocos hombres, á los cuales de pie á cabeza había vestido á su costa, proveyéndolos de todo lo que pudiera serles útil.

Pueblero puro, á la vez que con valiosas condiciones de hombre de campo, de cuyas costumbres era perfecto conocedor, cuando él salía á *potrear*, lo que en el Departamento del Salto hizo varias veces, jamás volvía al Ejército sin conducir numerosas caballadas de animales gordos y selectos.

En la vida íntima del campamento era un compañero inapreciable.

Tenía un fogón para él solo; pero cuando se hallaba bien provisto, todo lo que poseía era para sus amigos, á quienes nos obsequiaba de continuo.

En alto grado inteligente, como ya he dicho, sus mayores aficiones las constituían el Derecho Penal y

las cuestiones militares, para las cuales todos nuestros jefes le reconocían singulares aptitudes.

Su memoria era privilegiada, no agotándose jamás el repertorio de cuentos y poesías con que solía amenizar las interminables horas de nuestras marchas nocturnas.

Cumplido caballero y espíritu generoso, jamás de sus labios salió una frase gruesa para sus compañeros, ni lo oímos nunca expresarse en términos incultos contra los adversarios con quienes nos batíamos.

Su porte distinguido y sus facciones delicadas y correctas predisponían desde el primer momento á su favor. Alto más bien que bajo, trigueño, de ojos expresivos, bigote fino y sedoso, dientes blanquísimos que prestaban singular gracia á sus sonrisas, voz suave y armoniosa con vibraciones de energía cuando hablaba de la patria, frente ancha y despejada, gallardo cuerpo, pie en extremo diminuto, tales eran, á grandes rasgos, los principales lineamientos del cuerpo que encerraba aquella alma tan noble, tan varonil y tan llena de hidalgos sentimientos.

Jamás, ni aún en los días de mayores privaciones, dejó nuestro malogrado amigo de vestir correctamente, usando por lo general saco negro con solapas de seda, pantalón ajustado, botas de montar y una amplia y rica boa rodeando el cuello.

Al día siguiente de su muerte, los compañeros le rendimos el tributo póstumo formando su cortejo y dándole sepultura en tumba abierta junto á las de Berro, Imas y Teófilo Martínez, al pie de las sierras de Aceguá, junto á la casa de negocio de don Luis

Acuña, en sitios hoy marcados por el símbolo de la redención, por la cruz bendita del cristiano, con cuyo título se honraba nuestro querido Maldonado.

Al echarse las últimas paladas de tierra sobre su cadáver, lágrimas de verdadero sentimiento acudieron á nuestros ojos, y más de una plegaria se alzó de nuestras almas, llegando á Dios sin duda por la sinceridad y unción que las dictaba.

LXI.

Lazos de antiguo compañerismo estrechados en cuatro años de incesante vida cívica me unían á Arturo Ramos Suárez, cuando la causa de la libertad y del derecho lo eligió para uno de sus mártires.

Alma de la Comisión Organizadora del Club Bernardo P. Berro, que con tanto acierto presidía, á él en primer término se debió la creación de aquel centro prestigioso, de cuyas filas más tarde habían de salir los que llevaron á la Dirección de *El Nacional* al doctor Eduardo Acevedo Díaz, que á su vez fué uno de los factores principales en la preparación del movimiento armado de cuyas benéficas proyecciones es testigo el país entero.

La actividad de Arturo en aquellos días de desaliento general, su tesón para vencer las más arduas dificultades, su constancia en la recolección de fondos para dar cima á la grandiosa idea que en común nos animaba, y, sobre todo ello, la inteligencia desplegada para dar solución á los problemas más difíciles que

entonces se nos presentaban, eran el pedestal de su reputación cívica, elevada hoy al más alto de los grados con el digno capitel de su martirio.

Las bases constitutivas del Club Bernardo P. Berro, si bien con imperfecciones como todas las obras de los hombres, también con nuevas cláusulas absolutamente originales que han merecido el honor de su asimilación por otras sociedades, fueron debidas en casi su totalidad á la contracción y al clarovidente criterio de nuestro malogrado compañero.

Llegaron luego las reuniones políticas en campaña, y en ellas Ramos Suárez predicó como indispensable la revolución, pidiendo á todos los correligionarios que cuando sonase en el clarín el toque de llamada, acudiesen puntuales á la cita, resueltos á derramar su sangre y á hacer el sacrificio de la vida si para salvar la patria fuera necesario.

Confirmando luego con el ejemplo lo que con la palabra y con la pluma predicara, en los primeros días de Marzo se presentó al coronel Alonso, pidiéndole un puesto en las filas de sus bravos para luchar desde ellas, como antes lo había hecho desde la prensa y la tribuna, por el triunfo de las instituciones, que constituía su anhelo más vehemente.

El coronel Alonso, conocedor de su valía, lo nombró su ayudante, y en tal calidad tomó parte en el combate de Arbolito, cimentando en él su fama de valiente.

Herido el bravo jefe á cuyas órdenes servía, lo acompañó al Brasil, donde á los pocos días se presentó á Abelardo Márquez pidiéndole le señalara nuevo si-

tio de labor, que no era para corazones esforzados como el suyo el estar inactivo mientras sus compañeros eombatían.

Nombrado secretario del Jefe de Fronteras, bien pronto su robusta inteligencia halló campo en el cual ejercitarse, prestando á nuestra causa servicios valiosísimos, de máximo interés, obteniendo merced á sus gestiones habilísimas que se descorrieran los cerrojos de muchas puertas, cerradas para nosotros hasta entonces.

Cuando el Ejército se aproximó á la frontera, después de Cerro Colorado, Ramos Suárez pidió al Coronel Lamas que lo relevara de su puesto, permitiéndole reincorporarse á nuestras filas, pues creía de su deber compartir las mismas penurias y peligros que nosotros; pero Abelardo Márquez se opuso á ello, manifestando que si lo separaban de su lado, presentaría renuncia de inmediato, á tal punto consideraba necesarios sus servicios.

Arturo tuvo que resignarse, pues, á quedar en la frontera; pero cuando nuevamente el Ejército se aproximó á ella, volvió á insistir en su pedido, hasta que al fin en Aceguá lo formuló en términos tan indeclinables, en nota que pasó al Coronel Lamas, que éste no pudo menos ya que deferir á él, dándole su alta en la División del comandante Juan José Muñoz como ayudante de éste.

En la mañana del día 8, en que se trabó el combate, estuvo conmigo en lo de Acuña escribiendo á su familia, bien ajeno, por cierto, á que aquéllas serían las últimas palabras que trazara.

Cuando el combate comenzó, se hallaba comiendo tranquilamente en una casa de las cercanías en compañía de su digno jefe, de Temístocles Ortiz y de algunos otros compañeros, recibiendo allí el aviso de que la pelea se había generalizado, debiendo entrar su División también al fuego.

Montaron el comandante Muñoz, Ortiz y Arturo en sus caballos, y corrieron al combate, donde el primero confió á los últimos el desempeño de diversos cometidos fuera de la línea del fuego, yendo á buscar las municiones, conduciendo algunos heridos al sitio en que los médicos se hallaban, y otros por el estilo; pero Ramos Suárez, que al reincorporarse al Ejército lo hizo por delicadeza personal, por escrúpulos de su conciencia ciudadana, se rebeló contra la orden recibida, manifestando que él quería entrar al fuego de cualquier manera, por cuanto demasiado tiempo había pasado en la frontera sin compartir los riesgos y peligros de sus compañeros.

Delicadeza que le fué fatal! Durante la pelea, Arturo hizo incesante fuego con su carabina sin sufrir ni el más leve rasguño; pero en la retirada, en momentos verdaderamente críticos para la guerrilla en que formaba, cuyas municiones se habían agotado ya, una bala dió en tierra con nuestro bravo compañero, á quien incontinenti levantaron, tratando de salvarlo, el capitán Mesones, el teniente Barrera y Joaquín Aguirre.

Las primeras palabras que Arturo pronunció apenas herido, fueron para recomendar su arma, y las últimas para manifestar que su postrer momento había llegado,

no transcurriendo entre aquéllas y éstas ni un minuto.

Al levantarlo del suelo en que yacía, notaron los compañeros que sus piernas carecían ya de movimiento, y cuando pensaban en la mejor manera de llevarlo en vilo, estando, como estaban, rendidos de fatiga y tiroteados sin cesar por el enemigo, que á cada momento iba acortando la distancia que los separaba de ellos, el pobre Arturo balbuceó «*me muero*», inclinó la cabeza y expiró. Mesones y Aguirre lo auscultaron por si conservaba algún resto de vida aún, y convencidos de lo contrario, le sacaron el cinto, el reloj, una espuela y el revólver, cargando con todo ello para remitirlo á su familia, como después lo hicieron, previo inventario hecho aquel mismo día.

El cadáver quedó insepulto por haber caído en posición avanzada, que no cesaban de batir los fuegos enemigos; pero á los dos días fué posible retirarlo de allí, siendo velado en lo de Garmendia y sepultándosele más tarde en tumba abierta junto á la de Ramón Orique.

El ataúd que lo encerraba era un humilde cajón de pino cubierto con lienzo negro, con franjas y cruz plateadas en su tapa.

Arturo muerto, tenía la misma fisonomía tranquila y reposada que le conocimos en vida, sin más alteración que unas manchas rojas á los costados de la boca y en la frente, producidas por el golpe contra las piedras cuando cayó herido. Lo que se dijo en los primeros momentos, de mutilaciones y culatazos en su rostro, es inexacto por completo, como pueden atestiguarlo todos los compañeros que lo vieron, y yo entre ellos.

* * *

Lo que Arturo Ramos Suárez valía en el campo de la inteligencia, es por todos sabido, y principalmente por sus compañeros de Universidad, que aún hoy recuerdan con cariño la firmeza y erudición con que exponía las doctrinas de la escuela materialista á que desgraciadamente pertenecía, pero con una buena fe y sinceridad que, á todos los que no pensábamos como él, nos infundía el respeto más profundo.

Su estilo no era brillante ni en lo escrito ni en lo oral; pero así como en lo doctrinario la profundidad de sus conocimientos hacía que sus oyentes no reparasen en la forma de expresión, ésta le era perdonada en sus trabajos de propaganda por la altura de miras y lo patriótico de la idea con que encaraba siempre toda cuestión que rezara con la campaña cívica emprendida.

Partidario decidido, pero culto, considerando al partidarismo como un medio y en ningún caso como un fin, en sus discursos y en sus escritos no tuvo nunca conceptos agrios sino para los enemigos de la patria, los conculcadores de las leyes, los traficantes de la cosa pública, á quienes no hacía el honor de considerar afiliados á ningún partido.

Muy joven aún para tener biografía, los rasgos principales de su corta vida pública son los que he citado.

En la privada, Arturo era amantísimo de la vida del hogar, trabajando incesantemente y con todo su ahinco para poder formar dentro del más breve plazo el soñado nido que había de compartir con la adorada de su corazón, elegida ya con el singular acierto que

lo caracterizaba en todos sus asuntos; y como amigo pertenecía al reducido número de esos que se desviven por prestar servicios á los suyos, llegando hasta á sacrificarse por ellos cuando lo creen indispensable para salvarlos de alguna dificultad.

Cuando llegue el día en que la sanción popular perpetúe el nombre de sus hijos más preclaros, el de Arturo Ramos Suárez será uno de los esculpidos en el bronce ó el granito para ejemplo de las futuras generaciones; y hoy, y mañana, y siempre, los que tenemos la incomparable suerte de creer en Dios y creer en la otra vida, elevemos nuestras preces al que es la justicia y es la misericordia, por todos aquellos que hicieron el sacrificio de sus vidas por la patria.

LXII.

No desmintió el ilustre apellido que llevaba Teodorito Berro, el alegre soldado de la buena causa, en cuyos labios retozaba siempre la sonrisa, al ser herido en Hervidero, y antes de estar restablecido de su herida al batirse nuevamente, cayendo en Aceguá, víctima de una bala de Máuser que le penetró en la cabeza.

Enviado por el General al rancho en que los médicos estaban, para pedir á uno de éstos que hiciera en lo de Acuña la primer cura á Maldonado, al llegar allí encontré al mayor Miguel A. Pereira, que en sus brazos conducía á un niño agonizante ya. Ese niño era Teodoro, que murió en seguida, en brazos del doctor Joaquín Ponce de León.

Había sido herido cerca de su valiente padre, quien, al recibir más tarde la noticia de su muerte, no quiso abandonar su puesto, á pesar de haber quien lo relevara, pronunciando esta espartana frase: *La patria es lo primero; después veré el cadáver de mi hijo.*

Teófilo Martínez había sido muerto cuando apenas contaba 21 años, hallándose también á pocos pasos de su padre, como Teodoro Berro. Después del combate ambos fueron conducidos á la misma casa, siendo velados juntos. Los dos eran capullos tronchados antes de ser flores, pájaros cuyas alas al ensayar el primer vuelo habían sido cortadas, esperanzas desvanecidas cuando comenzaban á convertirse en realidades!

Su velorio presentaba un cuadro verdaderamente emocionante. El capitán Martínez expresaba su dolor con sollozos continuos, llorando á intervalos como un niño.

El coronel Berro, encerrando su amargura en el fondo de su alma, quería aparecer sereno en medio de ella; pero le hacían traición sus ojos empañados y su voz impregnada de tristeza.

El velorio de Martínez y Berro fué el más solemne de todos, pues la religión hizo acto de presencia en él, rezándose varios rosarios.

Al día siguiente fué el sepelio, en el cual, al echarse la primera tierra sobre la tumba de su hijo, pronunció el coronel Berro estas sentidas palabras:

Sangre de mi sangre, que todos los que llevan tu nombre sepan honrarlo tan bien como tú lo has honrado, y sirvan á tu patria tan bien como tú la has servido.

El capitán Martínez armó su tienda junto á la tumba de su hijo, y allí estuvo acampado mientras el Ejército permaneció por los alrededores.

LXIII.

Uno de mis mejores amigos del Ejército era Ramón Orique, intelectualidad vigorosa nutrida por el cultivo de su propia labor, y criterio exactísimo, á quien raras ví errar en la apreciación de las más arduas cuestiones que se le presentaban.

¡Cuántas veces en los días de marchas prolongadas, en que el desánimo por lo rudo de las fatigas físicas comenzaba á apoderarse de nosotros, yo salía de mis filas para ir á las de la cuarta División, sabiendo que en ella estaba Ramón Orique para infundirme aliento con su ejemplo, al soportar las más crudas privaciones con estoica resignación, á pesar de que revistando como simple soldado, no gozaba de las pequeñas libertades que por mi posición de oficial hasta cierto punto independiente, á mí me eran permitidas!

¡Cuántas veces, en los más críticos momentos de la campaña, iba á conversar con él, seguro de que, aún creyéndolo ya todo perdido, porque era pesimista, habría de prestarme nuevo ánimo al ponerse conmigo de completo acuerdo en que era necesario quedar firmes en nuestros puestos hasta lo último, para salvar siquiera con nuestro sacrificio el decoro de la patria, aunque no creyera que el triunfo material nos

coronara, por los pocos elementos de que siempre disponíamos!

¡Qué corazón tan sano y noble era el de Ramón Orique, valiente entre los valientes y sufrido entre los más sufridos!

Yo lo conocí en Minas hace algunos años, y me honré con su amistad más tarde, cuando se efectuó en aquella histórica ciudad la gran reunión nacionalista, á cuyo éxito su hermano Bernardino y él contribuyeron en primera línea, con la propaganda viril y tesonera de *La Voz del Pueblo,* diario de su pertenencia y uno de los que más honran á la prensa departamental de nuestra colectividad.

Cuando el General Saravia se pronunció contra el régimen oligárquico por primera vez en las postrimerías de Noviembre del 96, Ramón Orique fué uno de los primeros que, falto de rumbo como casi toda la juventud, se embarcó para Buenos Aires en busca de un puesto en las filas revolucionarias, siguiendo luego para Concepción del Uruguay, en cuyo punto creía tener mayores facilidades para pasar en son de guerra al suelo patrio.

Cansado de esperar allí una invasión tan anunciada y que por razón de los acontecimientos demoraba en producirse, regresó á Buenos Aires, de donde se dirigió á Montevideo, siguiendo luego para Minas, donde, según su opinión, le sería más fácil ocupar un puesto que le permitiese ser de los primeros en acudir al nuevo pronunciamiento, que se esperaba por instantes.

Alistado luego en las filas del comandante Juan José Muñoz, vió cumplido ampliamente su deseo, in-

corporándose al Ejército á los pocos días de la invasión, para tomar parte sucesivamente en las acciones de Arbolito, San Jerónimo, Cerro Colorado, Cerros Blancos, Las Sopas y Aceguá, demostrando en todas ellas una serenidad imperturbable y una bravura casi rayana en la temeridad.

En la mañana del día en que le tocó caer, estuvo escribiendo á su familia desde el mismo escritorio en que yo lo hacía; y como cambiáramos algunas palabras respecto á las gestiones que para la pacificación habían comenzado, me manifestó su desacuerdo con ellas, diciendo que con gobiernos inmorales no había transacción posible, y que él por su parte prefería morir en la demanda á aceptar una paz con gobiernos cuya banderas únicas eran el exclusivismo en la política y el robo en lo administrativo.

Á la tarde le tocó ser de los primeros en entrar al fuego, é iba logrando ya salir ileso, cuando, sin saberse cómo, en momentos en que precisamente se hallaba parapetado detrás de unos peñascos, recibió un balazo en la sien, que lo derribó al suelo. Recobrado el sentido casi de inmediato, hizo derroche aún de buen humor y de serenidad; y cuando fué llevado al punto en que los médicos se hallaban, su única preocupación eran sus municiones y su arma, que no cesaba de recomendar á sus compañeros.

Horas más tarde la herida producía sus consecuencias, haciéndolo sufrir horriblemente, hasta llevarlo al sepulcro días después, siendo su muerte una de las más sentidas por todos los que habían tenido la incomparable suerte de tratarlo.

Era que Ramón Orique seducía con su trato, se imponía con la lógica de sus razonamientos y se hacía querer por su compañerismo no desmentido nunca, ni aún en los días de mayores privaciones, en que un egoísmo por cierto bien justificable, solía apoderarse de los seres más generosos en las condiciones ordinarias.

Yo de mí sé decir que si he tenido y tengo por mi suerte amigos excelentes, á ninguno, por más bueno que sea, podré considerarlo mejor que á Orique, porque el que como él lo sea, habrá llegado al límite de la más verdadera y firme de las amistades.

LXIV.

Arturo Martínez, joven salteño, hermano del doctor Diego Martínez, se había incorporado á nuestro Ejército con la expedición del coronel Imas, en cuyas filas servía el día del combate de Aceguá.

Cuando se inició la retirada, ya fuera por estar herido, ó porque el cansancio lo rindiera, quedó rezagado, sin esperanzas de salvar, por hallarse el enemigo sobre él. Entonces el coronel Imas, ya herido, que lo vió en situación tan crítica, le gritó que se rindiera para salvar la vida, pues su honor ya estaba á salvo. Hízolo así el bravo compañero; pero los soldados que lo rodeaban no hicieron caso de su rendición, ultimándolo allí mismo á puñaladas.

Mariano Sellanes halló su muerte de manera parecida, con la única diferencia de que se negó á rendirse,

cayendo en el punto más avanzado á que alcanzaron nuestras guerrillas de ese día.

Sólo 21 años contaba Martínez, siendo 36 los que tenía Sellanes.

En cuanto á la muerte de *el Palomo,* ocurrió de la manera siguiente:

Una guerrilla de tiradores al mando del capitán León, uno de los más valientes de la División Florida, en la cual todos lo eran, había entrado al fuego á hora avanzada de la tarde, haciendo varias descargas cerradas, en una de las cuales volteó á los siete soldados que componían la más próxima de las guerrillas enemigas. Voltearlos y precipitarse sobre ellos para *garrearlos,* todo fué uno, siendo en ese *garreo* cuando cayó *el Palomo,* herido de muerte por un plomo enemigo, que dió en tierra con él incontinenti.

LXV.

Al día siguiente del combate de Aceguá nos hallábamos con el General en una de nuestras avanzadas, cuando acertó á llegar hasta ella Carlos Blixén, que andaba recogiendo datos para *La Nación* de Buenos Aires.

Verlo el General y ocurrírsele una broma, fué todo uno.

Se cambiaron los saludos de estilo, y en seguida Saravia dijo que tenía ganas de comer dulce, para lo cual proponía jugar una apuesta, que consistía en hacer él un disparo de espaldas, no pudiendo mirar sino

por entre las piernas y debiendo tirar con el revólver invertido, sobre cualquier objeto del tamaño de una moneda de dos vintenes que fuera colocado á 15 pasos de distancia, pagando el dulce él si no daba en el blanco, y abonando su importe Blixén en el caso contrario.

Éste aceptó la apuesta y el General aprontó su revólver. Colocado el objeto en las condiciones prefijadas, sonó un tiro, y el blanco fué atravesado por la bala: la apuesta había sido perdida por Blixén.

Se repitió después ésta varias veces, pues á todos nos parecía increíble tanta puntería; pero hubo que perdonársenos el pago, porque habiendo hecho tantos blancos cuantos disparos hizo, el General no hubiera sabido qué hacer con tanto dulce.

El revólver de que se había servido era de caballería, sistema Colt.

LXVI.

Como el combate de Aceguá fué librado sobre la misma línea fronteriza, ocurrió varias veces, en los días subsiguientes á dicha acción de guerra, que nuestros oficiales se encontraran con los de Muniz y con los colorados en la casa de negocio que Julián del Campo posee en territorio brasilero.

En uno de esos encuentros sucedió lo que paso á narrar, y que pone en evidencia el desprecio común que los nuestros y los colorados profesaban á los que, llamándose blancos, contribuían á sostener gobiernos

como el de don Juan Idiarte Borda, oponiendo la más firme resistencia á nuestros patrióticos esfuerzos y haciendo fuego sobre los que ellos tenían la cínica avilantez de llamar « sus correligionarios ».

Sucedió, pues, que habiendo ido nuestros valientes capitanes Pedro Berro y Modesto Morales á hacer sus compras en la casa precitada, se hallaron allí á varios antiguos amigos personales de los bandos colorado y municista.

La conversación, al poco rato de entablada, giró, como debía girar, sobre la conducta de estos últimos, á quienes los nuestros hicieron graves cargos, tratándolos de perjuros y traidores, y diciéndoles que en adelante debían ceñirse la divisa roja para ser consecuentes con sus actos de sostenedores de una situación genuina y exclusivamente colorada; pero resultó que al oir los colorados esto, terciaron en el debate suscitado, diciendo que ellos de ninguna manera admitirían en sus filas á los que eran simples tránsfugas de las adversarias, pues del propio modo que ayer habían hecho traición á sus correligionarios blancos por razón del mendrugo, mañana podrían jugarles igual partida á ellos por causa parecida.

Los municistas intentaban vindicarse, pero en balde, pues su conducta ni siquiera podía tener atenuación alguna, hasta que al fin, subiendo ya de tono la discusión, los colorados le pusieron fin con estos gritos: *¡ Vivan los blancos puros ! ¡ Mueran los barcinos !* á los que los nuestros contestaron: *¡ Vivan los colorados puros ! ¡ Abajo los tubianos !*

Los municistas salieron de allí corridos, mereciendo

que al conocer su jefe lo ocurrido, dictara una orden con la terminante prohibición de que volvieran sus oficiales y soldados á pisar el territorio brasilero mientras que nuestro Ejército permaneciese acampado contiguo á la frontera.

LXVII.

Entre los compañeros más ó menos levemente heridos en Aceguá, recuerdo en estos momentos al comandante Anselmo Urán y al mayor Galarza, excelentes compañeros y bravos jefes, el segundo de los cuales recibió un balazo en las partes blandas de una pierna; á Bernardo García, herido en las caderas al atravesar la línea del fuego para trasmitir una orden, el cual mereció especiales felicitaciones de sus jefes por no haberse retirado del combate hasta su conclusión, á pesar del dolor que su herida le causaba; al mayor Barbosa y al teniente Durante, de la gente de Imas; á Pedro y Alejo Puchetti, bravos compañeros de la División Florida, habiendo sido herido el primero de alguna gravedad en la garganta; á Alfredo Apolo, con un balazo en una pierna; al capitán Juan Francisco Milles, todo un valiente en la verdadera acepción de la palabra; á Abelardo Martínez, Pedro Gosurreta y Tiburcio Pereyra, que, como el anterior, militaban en las filas del comandante Juan José Muñoz; á Rodolfo Legerén, Alberto Rogé, Primitivo Moreira, Domingo Larrán, Gervasio Domínguez, Juan González, Bruno Olariaga, Francisco Pais, Gabriel Martínez y Honorio

Aguilar, pertenecientes á la División Florida; y á mis queridos amigos José Avellanal y Bernardo Rospide, cuyas heridas felizmente fueron de notoria levedad.

LXVIII.

No todos los habitantes de nuestra campaña tienen ideas bien arraigadas respecto á los bandos en que militan, como lo prueba, entre otros, el siguiente hecho de rigurosa exactitud histórica:

En las Pavas fueron tomados prisioneros dos soldados del enemigo.

Llevados á presencia del General, éste los interrogó sobre su filiación política.

— Yo soy blanco, respondió el primero.

— ¿Entonces nos acompañará?....

— Ya lo creo, General, de mil amores!

El otro, todo amostazado y con una soberbia que contrastaba con su calidad de prisionero, dijo que era colorado y que sólo llevado á la fuerza formaría en nuestras filas.

El General se sonrió al oirlo, y como no era prudente soltarlo de inmediato, le contestó: — «Está bien, amigo; tendremos entonces el gusto de llevarlo con nosotros durante algunos días.»

Llegó el primer combate, y ambos prisioneros quedaron en libertad de hacer lo que mejor les pareciera, ya que jamás se tuvo en nuestras filas soldados á la fuerza. El blanco se hizo humo desde que sonaron los primeros tiros; pero el colorado se entusiasmó en la

pelea, portándose como un valiente, para no abandonarnos ya en todo el resto de la revolución, acabando por ceñirse espontáneamente la divisa blanca, por la cual manifestaba antes tanta repugnancia.

LXIX.

El día 15 de Julio fué firmado el armisticio de Aceguá, interviniendo en él el doctor Aureliano Rodríguez Larreta como mediador.

Consternados por las pérdidas valiosas del último combate, y visto que tanto el General Saravia como el Coronel Lamas aceptaban en principio las gestiones iniciadas, nos encariñamos todos con la idea de una paz honrosa, que devolviéndonos á la vida del hogar y del trabajo, abriera nuevos horizontes al porvenir de nuestra patria y nos garantizara para el futuro el estable reinado de las instituciones.

Pensando de esta suerte, los días que duró el armisticio nos parecían interminables, pues no sólo la ansiedad en que nos hallábamos de obtener noticias sobre el estado de las negociaciones, nos había puesto impacientes y excitados, sino también la falta de actividad en que estábamos hacía monótona y fastidiosa nuestra vida.

Ésta, empero, tenía sus distracciones.

Unas veces eran cartas que nos llegaban de Montevideo, trayéndonos los consuelos del cariño; otras eran visitantes, que, como mi querido amigo Julián Amespil, alegraban nuestras horas de fogón con las

noticias de lo que pasaba fuera de nuestro campamento; y otras, finalmente, eran improvisadas por nosotros mismos, en forma de conciertos, de juegos y de lecturas que en aquellos días hallábamos interesantísimas.

Y es aquí, el hablar de este armisticio, que quiero presentar á mis lectores á muchos excelentes compañeros, cuyos fogones de continuo visitaba.

Hablaré del fogón del General, primero, pues en él se hallaban dos de sus ayudantes á quienès mucho quiero, y con los cuales en casi todas las acciones me tocó en suerte compartir los peligros y las emociones de la lucha.

Me refiero á Abelardo y Juan Antonio Apolo, valientes hermanos que acompañaron á Saravia desde su primer pronunciamiento, para no abandonarlo hasta después de estar el país pacificado.

Entre ellos y yo reinó siempre el más franco compañerismo, remediándonos mutuamente en nuestras necesidades, y auxiliándonos, aún con perjuicio propio, en todo aquello de que habíamos menester.

Abelardo era uno de los oficiales de más confianza del General, á quien no abandonaba en sus continuas excursiones fuera del campamento; Juan Antonio era el prototipo del verdadero amigo, noble, generoso y á carta cabal fiel y consecuente.

Además de ellos, y en el mismo fogón, estaban los asistentes del General, buenos muchachos, bastante serviciales, de los cuales uno, Dorbal Saravia, nos manifestó su excelente corazón y su cariño, llorando á mares al despedirse de nosotros cuando la paz se hizo.

Cerca de ellos se encendían los fogones de los hijos del General, Aparicio y Nepomuceno, de cuyo valor sería inútil todo lo que dijera, pues es sabido que nunca hasta ahora han fallado los Saravia, familia que parece nacida para la guerra á la vez que para la hidalguía y la honorabilidad.

Hablaré de Aparicio, cuando de su temeridad en Sierra de Sosa hable; de Nepomuceno sólo debo añadir aquí que me ligan á él los más estrechos vínculos de amistad; porque en *Pencheno,* como lo llamamos sus amigos, he encontrado todo lo bueno que del paisano legendario, — mi amigo de la infancia, — he leído en los libros y mi imaginación se ha figurado.

Serio, servicial, sereno, inteligente, decidido, de simpática apostura, Nepomuceno Saravia es mi tipo como caudillo para el futuro y es mi ideal como compañero de pelea.

LXX.

Á nuestro fogón se había agregado, desde su incorporación en Rivera, Eusebio Odriozola, ayudante también del General, que en Aceguá se reveló un valiente y en la vida del campamento un compañero inestimable.

Nuestros asistentes completaban nuestro grupo, y sería ingratitud callar sus nombres, cuando tan bien y con tanto cariño nos sirvieron.

El de Pastoriza se llamaba Juan Loaces, y tiene la gloria de haber figurado entre los 21 que desembar-

caron en el Sauce con el Coronel Lamas. Era un muchacho inteligente, muy adicto y de valor probado en todas las acciones en que como voluntario tomó parte activa.

Alejandro Aguirre se llamaba el mío. Moreno viejo y veterano, pues desde la campaña del Paraguay, en todas nuestras guerras tomó parte, era medio mañero y rezongón; pero me servía á maravilla en mis pocas necesidades, y hasta se tomaba el trabajo de sermonearme á veces, cuando le parecía que en mis *ranchadas* me exponía á quedar cortado del Ejército. Me quería y me ahorró muchas molestias, y esto era lo único de que yo había menester en mi asistente.

Alejandrino, su hijo, robusto muchachón de 15 años, era el asistente de Rodolfo. Valía más de lo que pesaba, que era mucho. Trabajador como pocos, incansable en el cumplimiento de sus obligaciones, servicial en extremo, fiel cumplidor de sus consignas y honrado á más no poder, era un modelo de asistentes. Nos sirvió desde antes de Arbolito hasta después de terminada la revolución, y en todo ese tiempo no tuvimos otra cosa que observarle que su poca actividad, pues, como se dice vulgarmente, pedía permiso á una pierna para mover la otra; pero jamás, por más tiempo que empleara en ello, dejaba de cumplir lo que se le ordenaba hasta en sus más ínfimos detalles, teniendo el especial don de encontrar leña en abundancia cuando el resto del Ejército apenas tenía lo estricto para remediar sus necesidades más urgentes.

Un curioso episodio del respeto que tenía á las ór-

denes recibidas, es el siguiente, acaecido en Cerros Blancos:

Se había mandado formar en guerrilla á todos los asistentes, colocándolos en lo alto de una cuchilla con la consigna de no moverse hasta nueva orden.

Al cabo de un buen rato el enemigo comenzó á avanzar, retirándose los nuestros; y Alejandrino, soportando él solo un fuego nutridísimo, permanecía sin armas y sin moverse en el puesto en que había sido colocado, hallándolo allí un jefe que casualmente acertó á pasar, quien le preguntó qué hacía, si no veía que de quedarse allí lo iban á matar. Á lo que el morenito respondió: — « Sí, señor, veía; pero como todavía no me habían mandado que me retirase.... »

Tableau!

LXXI.

He dicho en uno de mis párrafos anteriores, que en número aparte hablaría de Sandalio Roselló, Cayetano Martínez, Rafael Doll y Guillermo Quintana, cuatro excelentes muchachos de Soriano, de quienes es muchísimo lo bueno que tengo que decir; á ese número le ha llegado su turno, y es éste que ahora escribo.

Cuando trato de compañeros tan probados, me parece que huelga todo lo que es hablar de su bravura; pero me asaltan también remordimientos si no digo que la poseían en el más alto grado, sin que se aminorara en ellos una sola de las muchas veces que tuvieron que ponerla á prueba en los combates.

Ayudantes los cuatro del Coronel Lamas, desde que se incorporaron á nuestro Ejército se captaron las simpatías de todos nosotros, que adiviuábamos en ellos á cuatro compañeros de primer orden, así en el campamento como en los combates. Hoy, terminada la campaña, puedo asegurar que no nos equivocábamos al juzgarlos así, pues en toda ella tuvimos continuas pruebas del excelente espíritu de compañerismo que los animaba.

Rafael Doll, ingenioso, trabajador y reposado, era el más caracterizado del grupo por su representación y tal vez por su edad también, aunque eran jóvenes los cuatro. Muy afable y amigo de prestar servicios, apenas se le trataba inspiraba simpatías. Cayetano Martínez, su antítesis por la seriedad de su carácter, hacía *pendant* con él, al propio tiempo que lo completaba; Guillermo Quintana, con un corazón de oro y una conversación sumamente entretenida, que nos hacía pasar á su lado horas deliciosas, era todo un prototipo de caballerosidad; y Sandalio Roselló, el más joven de los cuatro, pues contaba apenas 19 años, era una verdadera monadita, pues á pesar de ellos era todo un hombre, con quien todos nosotros nos encariñamos en seguida.

Con estos antecedentes, á nadie extrañará que en el número de nuestras horas de fogón más deliciosas, contemos las pasadas al lado de aquellos cuatro compañeros, que rara vez tuvieron asistente, por lo mismo que ellos se bastaban para hacerlo todo, ya que la actividad y el ingenio eran sus cualidades peculiares.

Antes de que las carpas de lienzo tomaran carta de

ciudadanía entre nosotros, no existían en el Ejército carpas tan bien hechas como las que Roselló construía, amplias, seguras, casi artísticas, y que eran el más eficaz reparo contra las lluvias y los fríos.

Á los nombres de estos cuatro muchachos excelentes debo agregar los de José María Cabrera y Ángel Uriarte, ayudantes también del Coronel Lamas, y que formaban parte del mismo fogón que aquéllos. Cabrera prestó al Ejército grandes servicios, no sólo en la misma esfera que los demás ayudantes, sino también, y con especialidad, en el doble carácter de telegrafista y práctico en el manejo de la dinamita.

Uriarte fué un modelo de ayudantes por el celo y contracción que demostró siempre en el desempeño de su cargo.

Su modo de opinar en cuestiones cívicas era rayano en un radicalismo algo lírico tal vez, pero indudablemente lleno de razón y arreglado á la justicia más estricta.

Inútil me parece agregar que tanto Cabrera como Uriarte fueron siempre para nosotros inmejorables compañeros.

LXXII.

El fogón del comandante Pereira, del cual formaban parte su hijo Lidoro, José María Aguirre y Wáshington P. Bermúdez, fué siempre el refugio de los puebleros que se incorporaban al Ejército sin puesto aún designado, para quienes el comandante reservaba sus obsequiosidades más exquisitas, mereciendo por

ello el sobrenombre de *padre de los cajetillas*, con que lo bautizamos.

Durante el armisticio se consiguieron algunas guitarras, y allí fué entonces el punto de reunión nocturna para los amantes de la buena música y del canto.

José María Aguirre, que no tiene precio como compañero, era el que más frecuentemente hacía estremecer nuestros corazones criollos con las notas del pericón ó las sentidas vibraciones de los tristes, con mano primorosa extraídas á las cuerdas del instrumento nacional.

Otras veces el mismo comandante era quien lo tañía, arrancándole polkas y lanceros, valses y mazurkas, que nos transportaban con la imaginación á salones ricamente tapizados, con hermosas hijas de la tierra por adorno.

De vez en cuando no faltaban cantores que en sentidas décimas recordaran los dolores de la patria y el odio á sus verdugos, ó en delicadas vidalitas lloraran la ausencia de los seres amados, á quienes

«Dejó en amargura
«La voz de la tierra,
«Que á los orientales
«Convocó á la guerra;»

distinguiéndose en ese género de cantos Mario Fernández Latorre, cuya voz dulcísima y vibrante nos hacía estremecer, recordándonos las delicias del hogar abandonado.

También algunas veces el fogón del comandante Pereira iluminaba con los rojizos resplandores de sus

brasas, escenas de bailes, en que, si faltaban compañeras, sobraban alegría y animación.

En pocos ó tal vez en ningún otro fogón se pasaron veladas tan bulliciosas y que dieran al ánimo tanto esparcimiento como en ése.

LXXIII.

Del Cuartel General y del Estado Mayor de nuestro Ejército poseo las listas que se leerán á continuación, y que son las únicas completas que obran en mi poder; bien entendido que ellas se refieren, lo mismo que los párrafos subsiguientes, á la composición del Ejército durante el armisticio de Aceguá.

Cuartel general.

General en jefe..........	Aparicio Saravia.
Ayudante: Coronel	Julio Varela Gómez.
» Capitán	Abelardo Apolo.
» Teniente 1.º...	Nepomuceno Saravia.
» » » ...	Aparicio Saravia (hijo).
» » » ...	Juan Antonio Apolo.
» » » ...	Rodolfo Ponce de León.
» Subteniente ...	Eusebio Odriozola (hijo).
Abanderado: Teniente 1.º.	Luis Ponce de León.
Distinguido.............	Enrique Saravia.
»	Severo Díaz.
Trompa.................	Juan José (a) Camundá.
»	Marcelino Araújo.

Estado Mayor General.

Jefe: Coronel............	Diego Lamas.
Ayudante: Capitán	Luis Pastoriza.
» »	Ángel Uriarte.
» Teniente 2.º ...	Luis Alberto de Herrera.
» » » ...	Cayetano Martínez.
» » » ...	Sandalio Roselló.
» » » ...	Rafael Doll.
» » » ...	Guillermo Quintana.
» » » ...	José María Cabrera.
Sargento 2.º.............	Constantino F. Candela.
» »	Cipriano Layera.

Detall general.

Jefe: Teniente Coronel...	Lidoro Pereyra.
Ayudante: Teniente 2.º...	Andrés C. Blanco.
» » » ...	Silvano Blanco.
» Alférez	Lidoro Pereyra (hijo).
» »	José M. Aguirre (hijo).

LXXIV.

Tócame ahora hablar de las Divisiones del Ejército y de mis principales amigos de ellas por su orden respectivo.

La Primera fué mandada siempre por el comandante Manuel Rivas, valiente veterano de nuestras lides cívicas en el terreno de las armas, que en Arbolito llevó una temeraria carga á lanza, no retrocediendo

en ella hasta tropezar con un alambrado que le impidió llevarla á feliz término.

Los demás jefes que figuraron en esa División y cuyos nombres acuden en este momento á mi memoria, fueron los comandantes Pedro Sánchez, Abdón Villa, Basilio Muñoz (hijo), Mariano Saravia, Modesto Coito, y los sargentos mayores Juan Muñoz, Guillermo Moratorio y Palomeque, Basilio Portillo, Santos Pereira, Juan Machado y N. Galarza, de varios de los cuales me he ocupado ya en números anteriores.

La Primera División estaba compuesta por gente animosa y decidida, mucha parte de la cual había ya acompañado al General en el pronunciamiento de Noviembre.

Entre las acciones de guerra en que total ó parcialmente tomó parte, se encuentran las de Arbolito, Cerro Colorado, Cerros Blancos, Sopas, Salto, Hervidero, Aceguá y Tarariras, llamando en todas ellas la atención por el lujo de valor de que hacía gala.

Quisiera poseer la lista de sus oficiales para estamparla aquí, como justo homenaje á su bravura; pero disponiendo sólo de algunos apuntes, aunque incompletos en extremo, y á riesgo de incurrir en omisiones verdaderamente injustificables, me permitiré nombrar al capitán Justiniano Gauna, cuyo tipo era tal vez el trasunto más acabado del gaucho legendario, en lo físico por su larga y sedosa melena y el conjunto de su apostura, y en lo moral por su valor sereno, su nobleza bien probada y su carácter realmente simpático y lleno de atractivos; á Eduardo Chalar, cuyo mejor elogio es decir que acompañó á Chiquito en

la audaz carga que le valió la muerte; á Dalmiro Coronel, excelente tirador, que hizo al enemigo buenas bajas; á Manuel Peña, viejo payador que tantas veces amenizó con sus cantos, de repertorio interminable, nuestras horas de fogón; á Miguel F. Labeque, oficial de línea del Ejército argentino, cuyas filas abandonó para engrosar las nuestras; á Ramón López, herido también en Arbolito, muy valiente y uno de nuestros mejores oficiales; á Fortunato Pérez, co-redactor de *El Civismo* de Melo, herido de gravedad en Aceguá; á Carmelo Rivero, compañero en todo sentido excelente; á los Crosa, tan cultos como bravos camaradas; al capitán Recoba, á Pablo y Fernando Botana, F. Arévalo, Salazar, capitán Francia, y á los muchachos Rivas, que tanto contribuyeron al buen nombre de la Primera División con su bravía conducta en los combates.

LXXV.

Mandada por el coronel Juan Francisco Mena fué la Segunda División, hasta Cerros Blancos. Á la gente que la componía tocó en suerte batirse en todas las acciones que hasta entonces se trabaron, haciéndolo con un denuedo y bizarría que hicieron más sensible su disolución después de aquella célebre batalla.

Entre sus jefes subalternos figuraron los comandantes Ignacio Mena, Julio Barrios, Jordán, los hermanos Andrés y José Gil, Antonio Saavedra, Manuel Rivero y Hornos, Norberto Acevedo Díaz y otros que no

recuerdo. En cuanto á los nombrados, son demasiado conocidos para que me detenga aquí á decir nada de ellos.

De los oficiales tengo presente á muy pocos, por el tiempo transcurrido desde su separación del Ejército; pero debo un recuerdo á los Barrios, á Telmo Silva, y á un hijo del coronel Juan Núñez, ayudantes del coronel Mena, muy valientes todos ellos y todos ellos muy buenos amigos míos.

También en la misma División figuraban Alfredo Trillo, Eusebio Perea, Mario Delger y Celestino Martínez, cuyos nombres conserva mi memoria debido únicamente á ser antiguos conocidos de Montevideo, con quienes más de una vez en el Ejército pasé momentos agradables.

Posteriormente el coronel Trías fué nombrado jefe de otra Segunda División, y digo de otra, porque eran nuevos casi todos sus componentes, siendo su segundo jefe el meritorio coronel Celestino Corbo, tan achacoso y sin embargo tan constante en su permanencia en el Ejército.

LXXVI.

Dos de las mejores Divisiones del Ejército, de quienes hablo tomándolas conjuntamente por haber sido muy compañeras, entrando al fuego juntas en casi todos los combates, fueron la Tercera y Cuarta, que mandaban respectivamente los dignísimos jefes coronel Bernardo G. Berro y comandante Juan José Muñoz.

La Tercera División reclamará siempre para sí la gloria indisputable de haber llevado la temeraria carga homérica que nos despejó el camino en Guaviyú, y que, como ya lo he dicho, fué tal vez el hecho más estupendo de toda la campaña.

La Cuarta División, cuyo jefe ese día desempeñaba un cometido especialísimo, tiene en cambio en su haber sobre la Tercera, las jornadas de las Sopas, Sierra de Sosa y Minas, y ambas tienen entre sus glorias comunes los combates de Arbolito, Cerro Colorado, Cerros Blancos y Aceguá.

En Hervidero la Tercera División honró su bandera con la sangre de su segundo jefe, el comandante Ledesma, y en aquél y en Aceguá con la de Teodorito Berro, la intrépida criatura cuyo nombre no puedo pronunciar sin que asomen á mis ojos las más sentidas lágrimas. En este último combate la Cuarta División pagó á la patria su tributo, con sangre de tan gran valía como la de Ramón Orique y la de Arturo Ramos Suárez.

En ambas Divisiones tenían los jefes superiores gran confianza, pues si el número de sus plazas era reducido, en cambio su decisión y la bravura y pericia de sus jefes inmediatos rayaba á gran altura.

En Hervidero no se encontró la Cuarta por hallarse en el desempeño de un cometido de confianza, explorando los alrededores y enviando hasta el Guaviyú sus descubiertas.

Entre los jefes subalternos y agregados de la Tercera División, figuraron el coronel Ezequiel Saavedra, el comandante José Arostegui y los sargentos mayo-

res Miguel A. Pereira y Nepomuceno Denis, contándose entre su oficialidad más distinguida, á los capitanes Modesto Morales y Pedro Berro, dos valientes, si los hay, entre los más valientes; á Gregorio Guevara, Feliciano Sosa, Victoriano Rodríguez, Goyo y Eulalio Espinosa, Juan Blanco, Aniceto Aguilar, Eloy González (padre é hijo), Felipe Ledesma, Modesto Urán, Juan Ferrer, Germán Guevara y otros cuyos nombres faltan en mis apuntes precitados, y á los cuales en este momento olvida mi memoria, falta de retentiva suficiente para tanto nombre.

En cuanto á Aureliano, Carlos y Alejandro Berro, tres amigos de valía, cuyo apellido tan dignamente llevan, únicamente diré que el segundo hizo al lado de su valiente padre toda la campaña, habiendo invadido los últimos con el coronel Imas, en cuya División tomaron parte en la heroica jornada de Aceguá.

De los componentes de la Cuarta División he hablado ya en párrafos anteriores; pero debo salvar aquí algunas de mis omisiones, recordando que su segundo jefe hasta Cerros Blancos fué el sargento mayor Francisco Pereira, habiéndose agregado posteriormente á ellos el comandante Juan Pons Olivera, y que entre su oficialidad figuraron también los nombres de José Mancuello, Justiniano Rodríguez, Antonio Fernández, Carmelo Gallo (herido en Cerros Blancos), Cirilo Garrido, Eugenio Zeballos, Bernardino Uviedo, Abelardo Martínez, Ángel Olascoaga, Ventura Fernández, Severo Rodríguez, Enrique Núñez y Cornelio Fajeán.

LXXVII.

Y me toca hablar ahora de la Quinta División, más conocida con el nombre de Florida, la cual fué siempre la más numerosa, alcanzando ella sola á componer en Cuchilla Negra la mitad de nuestro Ejército.

Su primer jefe, el coronel Miguel Aldama, valiente veterano, como su segundo, el coronel Antonio María Fernández, pueden levantar la cabeza con orgullo cuando de su División se trate, en la seguridad de que no oirán sino elogios para ella.

La misma cantidad de plazas que contaba, hizo que tomase parte con unos ú otros de sus escuadrones en todos los combates y escaramuzas, á excepción del Hervidero, por hallarse ese día tiroteándose con la guarnición del Salto, y de la toma de caballada á Borges, en que apenas intervinieron unos ciento y tantos hombres de nuestras fuerzas.

El coronel Rafael Zipitría y el comandante don Pedro Echeverría, que revistaban en sus filas, y cuyo patriotismo y relevantes virtudes cívicas son de todos conocidos, ejercían las funciones de tesoreros generales del Ejército.

Siempre he tenido yo predilección especial por tres ó cuatro de nuestros Departamentos de campaña, y bien saben mis correligionarios de Florida que el suyo es uno de ellos, como lo he demostrado con las frecuentes visitas que le hice en los preliminares de la lucha, por lo cual es obvio que en su División tu-

viera yo muchos amigos, pero no de amistad hecha en la campaña, sino de años atrás, estrecha y mutua.

Fama ha tenido siempre el Departamento de Florida de ser uno de los que mayor contingente prestan á las lides armadas en uno de cuyos bandos flamee la bandera del Partido Nacional, y en la revolución del 97 esa fama ha solidificado más su base, así por la cantidad como por la calidad de los elementos que compusieron su gloriosa División.

En sus filas formaban, además de los coroneles Aldama y Fernández, el del mismo nombre Manuel Castro, anciano encanecido en las guerras de nuestra historia; los comandantes Isidoro Noblia y Nicolás Botana, dos patriotas de ley y dos bravos de acerado temple; los mayores Bernabé Noblia, cuya intrepidez y pericia era proverbial en el Ejército; Zenén Aparicio, insustituíble jefe del parque, para quien nunca hubo caminos intransitables ni pasos imposibles; Dámaso Silva, adornado de todas las virtudes ciudadanas, que murió en Sierra de Sosa con todos los honores del valiente; Benito Tula, que al sonar el primer toque de llamada todo lo arrostró por la patria y para ella, á pesar de que siendo inválido de un brazo, no rezaba con él esa llamada; Floro Sabatel, que regó con su sangre las cuchillas de Arbolito; Ventura Latorre, para quien el peligro no fué jamás valla á su arrojo; Anacleto Lagarreta, Casio Morón y Manuel Aldama, que completaban el cuadro de los jefes.

Entre la oficialidad, el capitán Juan B. León merece la más especial de las menciones, por la intrepidez de

que hacía lujo en la pelea, y el cariño con que trataba á sus soldados en el campamento; por las felicitaciones que mereció de sus jefes *en todos los combates* y por las relevantes aptitudes militares y prendas de carácter que posee.

Además de él revistaban en la División Florida, el capitán Antonio Miranda, modesto y bravo oficial de todas nuestras guerras; Carlos Mas, meritorio ciudadano y uno de los pocos que trocó la pluma por la espada; Francisco Castro (hijo), digno jefe del escuadrón segundo; los tenientes y alféreces Miguel Corvalán, uno de los más jaranistas, decidores y serviciales de los amigos que solían visitar mi carpa; Luis Daneri, Carlos Valleri, Juan Irureta y Osvaldo Peyrallo, cuatro compañeros de primera fila, así en las horas de pelea como en las de fogón; Andrés Velazco y Leopoldo Núñez, heridos en Cerros Blancos; Benito Ojeda, Plácido Rodríguez, Simón Ocampo, Dionisio Vega, Francisco Núñez, Santos Villafán, Santana Saracho, Toribio Barreiro, Luis Rodríguez, José López, Braulio Castaño, Martín Lorenzo, Rafael Puentes, Ruperto Vega, Luis Ferrer, Manuel J. Rodríguez, Esteban Marmolejo, Juan J. Rodríguez, Bartolo Ramírez, Gregorio Quiroga, Francisco Pais, Natalio Villafante, Venero Quiroga, Adrián Cáceres, Gervasio Irazogui, Luis G. Vázquez, Pedro Puchetti, Felicio Coito, Ángel Santana, Luis Recalde, Brígido Perdomo, Juan R. Miranda, Luis Morón, Francisco Flores, Zoilo Ramírez, Germán Valerio, Dámaso Aguirre, Juan M. Ferrer, Juan T. Villalba, Justo Pereyra, Paulino Rynaldo, Pedro Alemán, Mariano Vera, Eusebio Peña,

Alejo Fijena, Isaac González, y algunos otros, que, dadas las deficiencias de la lista que para el caso se me ha facilitado, no me es posible mencionar.

Y aquí terminaría yo lo que pensaba escribir sobre ella en este libro, que por su naturaleza me obliga á decir mucho en muy poco, si no hubiera dejado para el fin los nombres de Juan José y Julio Segundo, dos amigos á quienes profeso el cariño más entrañable, y que en toda la revolución se portaron á la altura de los más esforzados y sufridos de nuestros veteranos.

Daba pena verlos sufriendo toda clase de privaciones, con las ropas á la miseria las más de las veces, aunque siempre contentos y con fe absoluta en el triunfo.

Ilesos después de haber hecho toda una campaña de que jamás evitaron los peligros, á Julio vino á tocarle perder una pierna á consecuencia de un balazo recibido en las calles de Montevideo, cuando vuelto ya á su hogar, lleno de lauros, ejercía uno de sus derechos ciudadanos formando en las filas de los que iban á pedir al primer magistrado de la nación que diera en tierra con la ilegalidad existente para apresurar y afianzar en nuestra patria, de una vez por todas, el reinado amplio y completo de las instituciones.

LXXVIII.

La Sexta División tuvo al principio como primer jefe al coronel Corbo, que al reincorporarse al Ejército el coronel Alonso, le cedió á éste el mando, pasando

él á formar en la División que el coronel Nicasio Trías mandaba.

Gente decidida y guapa era la de la Sexta, que tuvo el honor de medirse con el enemigo en las jornadas más difíciles, cubriendo de lauros siempre su bandera.

El jefe de su infantería era nada menos que Juan Cabris, cuyas pruebas de valor y arrojo en las revoluciones anteriores, fueron confirmadas por completo en la última campaña. Los demás jefes subalternos eran el comandante Tiburcio Barrera, incansable y valiente veterano, digno por más de un concepto de su apellido ilustre; y los sargentos mayores Aurelio Magariños y Aníbal Chagas, de quienes excusado es decir que eran dos bravos.

De la oficialidad recuerdo en primer término á Juan Pedro Oribe, quien hizo toda la cruzada con una ejemplar modestia que lo tenía recluído en su cuadra por completo, siendo en la pelea tan bravo guerrero como incansable propagandista había sido en la paz desde la presidencia del Club Defensa de Paysandú; á Manuel Meléndez, excelente compañero, con quien pasé más de una vez ratos amenísimos; á Abel y Jacob Canosa, dos muchachos de valía; al moreno Guerrilla Gómez, tan conocido por los que estuvieron en la revolución del Quebracho; á Virgilio y Santos Pintos, los Montenegro, Amaral, Latorre, Reyes, Maguna, Diago, Telechea, Pío Benítez, Leandro López, Chiribao, Batista, Corbo, Pérez, Mariño, Burgueño, etc.

LXXIX.

La Séptima División, más conocida con el nombre de « Poronguera », tenía como jefe superior al coronel González, del cual, como asimismo de su gente, poco será lo que se diga en elogio de su valor sin límites, al lado de lo que éste era en realidad.

Es ya sabido que los principales factores de la victoria de Tres Árboles fueron la infantería de Núñez y la División á que aquí hago referencia. Ésta, posteriormente ocupó puesto de pelea en nuestras alas derechas de Cerro Colorado y Cerros Blancos, formando en Aceguá en la extrema de la misma mano.

El coronel González es un jefe bizarro y modesto, que seduce apenas se le trata é inspira admiración en cuanto se le ve, intrépido y sereno en la línea del combate; su segundo, que lo era el sargento mayor Cayetano Gutiérrez, era digno de él, pues ni en valor, ni en conocimientos militares, ni en prendas de carácter tenía por qué darle la derecha.

La oficialidad era también selecta y brava, revistando en ella el capitán Miguel Cortinas, soldado de todas nuestras guerras, todo un caballero y amigo inestimable; los tenientes Luis Chouciño, — de quien me ocuparé con preferencia al hablar de nuestro cuerpo médico, — Juan J. Labeque y Sebastián Ayestarán, Cleofe Gutiérrez y Julio Ferrer, que eran cuatro excelentes camaradas, y los subtenientes Ezequiel Gutiérrez, mi particular amigo, herido en Tres Árbo-

les y en Cerro Colorado, sin que por eso abandonara el Ejército un instante; Andrés Peraza, Eduardo Robert, Luis Pastorán, Manuel Ayestarán, José Rodríguez y Teodoro Curbelo.

De la primera compañía era capitán José P. Ferrer; tenientes, Cecilio Maneiro, Juan Villanueva y Faustino Reynoso, y subteniente, Carmelo Aquino.

En la segunda había sólo dos tenientes, que lo eran José Lugo y Manuel García, y en las demás completaban la oficialidad del cuerpo los del mismo grado Cándido F. Alonso, Lucio López y el subteniente Dionisio Bonilla.

LXXX.

Lamento en el alma que en la libreta de que tomo estos apuntes, de suyo bien incompletos ya, no esté registrado ni un solo nombre de los valientes que componían la Octava División, que eran los maragatos nada menos.

Su jefe, el coronel Cicerón Marín, que á pesar de sus canas fué de los primeros en acudir al llamado de la patria, sostuvo bien alta siempre la bandera de su Departamento, que, á no ser por él, hubiera quedado sin representación en el Ejército desde la batalla de Tres Árboles hasta el combate de Aceguá.

Mi memoria, de poca retentiva para los nombres propios, sólo recuerda que los Mayada, Larriera, Ponce, Rodríguez, revistaron en sus filas, á las cuales honraban siendo honrados por ellas á su vez.

Entre las páginas más gloriosas de la División San José, deben citarse en primera línea, la célebre retaguardia que le tocó hacer en Tarariras y su valerosa conducta en Aceguá.

Después de este último combate se incorporó á ella el comandante Bastarrica, cuyo mejor elogio es decir que su raza y su apellido tienen en él un dignísimo representante.

LXXXI.

La Novena División, que era la de Soriano, tuvo por jefe hasta poco después del Hervidero al coronel Díaz Olivera, quien cedió el mando al coronel Imas cuando éste se incorporó al Ejército.

El timbre de gloria que con más orgullo puede ostentar la División Soriano, es sin disputa sus homéricos avances de Aceguá, que le valieron buen número de muertos y heridos, contándose entre los primeros á su bravo jefe y á varios oficiales de valía.

Posteriormente á ese combate asumió su mando el coronel Gabriel Orgaz y Pampillón, á quien acompañaban los comandantes Anselmo Urán y Justo R. Boné, y los sargentos mayores José E. Urán y Manuel Barbosa.

Su oficialidad se componía, entre otros, de los capitanes Teófilo Martínez, Lorenzo Ferrán, mi particular amigo José Avellanal, Blas Urán, Fidel P. Boné, Calixto Aguilar, Leopoldo Barrios; de los tenientes Bernardo García, mi amigo queridísimo, de cuya honrosa conducta en Aceguá ya he hablado, Manuel Du-

rante, Gregorio Sellanes, Simón Martínez, Adriano Bromo, Nicomedes Zamora, Froilán Peña y Froilán P. Boné; y de los subtenientes Justo P. Boné, César De León, Bernardino Silva, Inocencio Acuña é Hilario Cano Aberasturi.

En las filas de la División Soriano formaban también el doctor Celedonio Grané y el ciudadano Antonio Paseyro, dos patriotas de buen cuño, que eran casi los únicos representantes del foro y de la industria en nuestro Ejército.

LXXXII.

El personal de nuestro cuerpo médico merece bien de la patria por la contracción y celo con que se dedicó siempre al cuidado de nuestros heridos, no reparando para ello en las molestias, fatigas y disgustos que el cumplimiento de su misión le imponía.

Pocos días antes de producirse la invasión se presentaron al General los doctores Baena y Seberio, ofreciéndole los servicios de su profesión, los cuales fueron aceptados de inmediato, resolviéndose que el primero se hiciera cargo del hospital de sangre que se instalaría á la brevedad posible en la frontera, y que el último acompañase al Ejército en su campaña.

Del doctor Baena sólo me cabe aquí añadir que, como director del hospital, permaneció en él hasta fines de Octubre, prestando á los heridos sus valiosísimos cuidados, y que en Aceguá le cupo en suerte

hacer la primera cura en el propio campo de la acción á algunos de los valientes que en él cayeron.

El doctor Seberio hizo en el Ejército toda la campaña hasta Cerros Blancos, después de cuya batalla acompañó á los heridos de ella hasta Cuchilla Seca, para reincorporársenos de nuevo la segunda vez que pasamos por Rivera, y seguir con nosotros hasta la Sierra de Sosa, en que tanto él como su colega el doctor Lamas tuvieron que quedarse en una casa de las cercanías para hacer la amputación de una pierna á Aparicio Saravia (hijo), cuyo estado era desesperante.

El doctor Seberio actuó, pues, como único médico en Arbolito, compartiendo sus tareas con el doctor Vidal y Fuentes en Cerro Colorado y Cerros Blancos, y volviendo á prestar sus servicios al Ejército directamente en los campos de Aceguá y de Tarariras.

Los heridos á quienes le tocó asistir, —y es éste su mejor elogio, — jamás querían que otro los curase; en cuanto á los demás miembros del Ejército que nunca tuvieron necesidad de atenciones facultativas, por su suerte, siempre lo recuerdan con el cariño que sólo llegan á obtener los compañeros bien probados en la comunidad de privaciones y de sacrificios.

El doctor Vidal y Fuentes se nos incorporó pocos días después del combate de Arbolito, no habiéndolo hecho antes por razones aducidas en su nota al Comité de Guerra, inserta ya en las páginas 45 y siguientes de este libro, que explica también el motivo que causó su separación del Ejército en Rivera. Sus servicios profesionales fueron valorados en Cerro Colorado, Cerros Blancos, Rivera y Hervidero, por

los muchos heridos á quienes cupo en suerte recibir de sus manos las primeras curaciones.

Como compañero es aplicable al doctor Vidal y Fuentes lo que he dicho respecto del doctor Seberio, con el aditamento de que nos hacía pasar horas agradabilísimas con la amena narración de sus viajes, y también á veces.... con los exquisitos platos de su cosecha con que solía brindarnos, porque era un excelente cocinero.

Arturo Lussich fué, siguiendo el orden cronológico, el tercer cirujano que revistó en nuestras filas, formando en ellas desde el 24 de Junio hasta la disolución del Ejército después de hecha la paz.

Inteligente en alto grado, y siempre pronto para acudir á la menor insinuación á los puntos en que fueran requeridos sus conocimientos, era el ídolo de los heridos que se ponían en sus manos, y que aún hoy no hallan palabras con que expresar su gratitud.

Á propósito de lo que era Lussich, y también de lo difícil que era en el Ejército hacer ciertas curaciones por la casi absoluta falta de medios para hacerlas, recuerdo el siguiente episodio:

Una noche, estando ya en cama, llegó á su carpa Manuel Meléndez, ayudante del coronel Alonso, á participarle que en una pelea enteramente personal, un oficial de su División acababa de inferir á otro, que si mal no recuerdo era el teniente Amaral, una gravísima herida en el vientre, por lo cual le pedía en nombre de su jefe que se levantara y fuese á atenderlo en seguida.

Lussich así lo hizo, y después de pasar mil peripe-

cias, causadas por la oscuridad de la noche, llegó al sitio en que el herido se encontraba, con los intestinos de fuera y sufriendo horriblemente. Para colocar aquéllos en su sitio eran menester las mayores precauciones, debiendo primeramente aumentarse con el bisturí las dimensiones de la herida, por hallarse el intestino estrangulado, y luego calentar una toalla para con ella volverlos á poner en su sitio cuidadosamente.

Todo esto lo hizo Lussich, cosiéndole luego los bordes de la herida, pero temiendo con razón sobrada que Amaral muriese en breve, resultando inútil toda aquella curación, *que había sido hecha al aire libre* Y Á LA LUZ ÚNICA DE DOS CANDILES que al efecto pudieron conseguirse!!!

Á pesar de ello el herido salvó, y á los pocos días andaba ya á caballo, no teniendo lengua con que ponderar al facultativo que, aún creyendo inútil su tarea por la gravedad del caso y la extrema deficiencia de medios curativos, no había vacilado, sin embargo, en dar cima á su tarea, salvándolo así de la más segura de las muertes.

Durante casi todo el tiempo que militó Arturo Lussich en el Ejército, fuí con él compañero de carpa y de fogón, y á fe que siempre para mí fué un excelente compañero, como lo fué también para todos los que lo trataron, siendo su rasgo distintivo como tal, el de una generosidad sin límites, que le hacía privarse de lo que poseía para repartirlo entre sus amigos y asistentes.

El doctor Alfonso Lamas se incorporó en Aceguá,

tomando parte en calidad de cirujano en el combate de ese nombre y en las acciones de Tarariras y de Sierra de Sosa.

Demasiado conocida es su reputación profesional para que me detenga á hacer su elogio; pero sí debo decir que su carácter alegre, bromista y amoldable á todas las privaciones y fatigas, hacían de él un compañero inestimable en las horas de marcha y de fogón.

El doctor Arturo Berro había prestado ya buenos servicios á la causa revolucionaria en la fronteriza ciudad de Yaguarón, cuando se nos incorporó después de haber pasado el bañado de Aceguá, para permanecer en nuestras filas hasta el fin de la campaña, prestando con tal motivo sus servicios en Tarariras, Sierra de Sosa y Minas.

El doctor Joaquín Ponce de León se había incorporado ya al Ejército, cuando el combate de Aceguá lo obligó á quedarse en Cuchilla Seca, aunque bien á su pesar, al cuidado de los heridos que allí quedaban y que por su número no podían ser atendidos por el doctor Baena solamente.

Á él le tocó en suerte dar el cloroformo al Coronel Lamas, cuando éste fué operado por los doctores Baena y Lussich.

Francisco Vidal y Cuervo, por idénticos motivos que el anterior, tuvo que resignarse á prestar sus servicios en el hospital, cuando se aprestaba á incorporarse al Ejército.

Y tócame ahora hablar de los practicantes, entre quienes en primer término debo mencionar al bachiller Luis de León, que se halló en el combate de Ar-

bolito, pasando luego al Hospital de Cuchilla Seca, en el cual siguió prestando sus servicios hasta que terminó la guerra.

El teniente Luis Chouciño, tan hábil farmacéutico como valiente oficial, que había ya tomado parte en el combate de Tres Árboles cuando se nos incorporó con la División de Flores, en cuyas filas revistaba, mereció como practicante no pocos elogios por la contracción y acierto con que atendió siempre á los heridos de su División. Y ya que de él hablo, debo consagrar un recuerdo también á su compañerismo, que lo coloca en primera fila cuando de dicha cualidad se trata.

Alejandro Ramos Suárez, inteligente estudiante de medicina que se incorporó á la Cuarta División cuando nos hallábamos acampados junto al bañado de Aceguá, completaba con el farmacéutico Felipe de la Chala, que prestó en el hospital de Cuchilla Seca servicios importantes, el personal de nuestro cuerpo sanitario, que, como se ha visto, fué siempre tan competente como numeroso.

LXXXIII.

No había querido hablar hasta ahora del coronel Enrique Yarza, porque me reservaba el dedicarle en número separado el recuerdo á que me creo obligado por las muchas atenciones recibidas de él y por las relevantes cualidades de todo género que lo adornan.

Meritorio veterano de todas nuestras guerras, él fué

uno de los primeros que se presentaron en Pirahy á ofrecer al General su espada, sin sentirse molestado en lo más mínimo al hacerlo, á pesar de poseer una brillante foja de servicios, estando la del General Saravia á la sazón aún casi en blanco.

Producida la invasión, el coronel Yarza tomó parte en el combate de Arbolito, después del cual fué nombrado Jefe del Estado Mayor, cargo perfectamente en armonía con sus merecimientos, pero que él sólo aceptó teniendo en cuenta el carácter de provisorio con que se le investía.

Incorporado más tarde el Coronel Lamas al Ejército, se hizo cargo éste de la jefatura del Estado Mayor, pasando el coronel Yarza á ocupar el tan difícil cuanto penoso puesto de jefe de las caballadas, en el cual hubo de pasar tan malos ratos y de prestarnos tantos de esos servicios que con nada se agradecen.

En la batalla de Cerros Blancos, no teniendo caballos que custodiar, ocupó puesto de peligro sin más armas que su revólver, como lo había hecho en Arbolito, demostrando en ambas acciones cuán justificado era el renombre de valiente y de sereno de que la fama lo rodeaba.

Yo lo ví en una de ellas en los momentos más difíciles, y su arrogante figura veterana me impresionó sobremanera.

Esgrimiendo en la diestra su revólver, con la faz, de ordinario bondadosa, animada por el genio de la guerra, lo ví grande y hermoso, tal como yo soñaba que en la edad moderna habrían de serlo los guerreros

de nuestras luchas clásicas: de majestuoso porte y de bravura serena y sin nervosidades.

Posteriormente, sirviéndole de base algunos incorporados de su Departamento, al cual deseaba entrar para formar la División de Rocha, se puso al frente de un pequeño escuadrón, que en las marchas formaba en las columnas del centro, á vanguardia de la Primera División.

Y si dejando las condiciones militares pasamos á las personales del coronel Yarza, nos hallamos con que es el más perfecto prototipo de caballerosidad y uno de nuestros jefes más cultos, atentos y serviciales.

Yo, como casi todos los muchachos de Montevideo, debo al coronel Yarza infinidad de exquisitas atenciones y de amenas horas de conversación interesante.

Sean estas líneas para él las portadoras de mi gratitud y de la de mis compañeros, así como también de la simpatía y del cariño que por sus relevantes dotes nos inspira.

LXXXIV.

Al hablar de Arbolito sufrí algunas omisiones, que, aunque ya fuera de tiempo, tengo interés especialísimo en salvar. Ellas se refieren á la herida sufrida por Mariano Saravia (hijo) en la carga en que murió su inolvidable padre el intrépido Chiquito, y á la conducta valerosa desplegada en él, entre otros por mi

particular amigo Pedro Mones, que después de haberse batido como un bravo en la pelea, fué uno de los primeros en acudir á contener á los dispersos, cuando se inició la retirada, cumpliendo así las órdenes directamente recibidas del General en los momentos más críticos de ella.

LXXXV.

He aquí el horario que rigió durante el armisticio:

HORA.	TOQUE.	ORDEN.
Al alba............	Diana..............	Levantarse y listas de presentes en las cuadras.
A las 6 1/2 a. m.....	Atención y 2 puntos	Revista de armamento y municiones.
» » 7 » »	Asamblea..........	Relevo de guardias.
» » 8 » »	Carneada..........	Hacer lo que el toque indica.
» » 2 p. m.....	Atención y marcha.	Ejercicios.
» » 3 » »	Orden General.....	Copiar la orden.
» » 5 1/2 » »	Retirada...........	Terminación de los ejercicios.
» » 6 » »	Llamada...........	Lista mayor.
» la puesta del sol..	Oración...	Arriar la bandera.
» las 8 p. m.....	Retreta............	Lista en las cuadras.
» » 9 » »	Silencio............	Reposo.

LXXXVI.

En las horas que el horario dejaba libres, uno de los entretenimientos de las Divisiones consistía en simular combates entre ellas, sirviendo de proyectiles á sus infanterías *achuras* y desperdicios de todo género, en tanto que las caballerías, necesitando armas contunden-

tes, se servían de los cojinillos y de pedazos de tripa seca á guisa de ellas.

Sobre la costa del arroyo Fraile Muerto ocurrió un combate de ese género, trabado con arreglo á las más ingeniosas disposiciones tácticas.

Se trataba de sorprender á las 8 de la noche, por agua y por tierra simultáneamente, á la Primera División, para lo cual los atacantes desprendieron sus bomberos para reconocer las posiciones enemigas, embarcándose luego unos 20 hombres en un bote que contenía buena cantidad de proyectiles. En combinación con ellos debían atacar por tierra al mismo tiempo varias guerrillas desplegadas al efecto con sus sostenes y reservas respectivas. Dada la señal comenzó el ataque; pero resultó que el enemigo lo esperaba perfectamente preparado, por haber sus descubiertas sorprendido las maniobras de los atacantes.

Se trabó, pues, el combate recio y bien sostenido, sorprendiendo los gritos de la *indiada* al campamento, que no se hallaba en autos de lo que sucedía.

Algunos curiosos se aproximaron á presenciar la lucha más de cerca; pero pronto fueron obligados á poner pies en polvorosa por la abundancia de proyectiles que llovió sobre ellos.

Después de más de una hora de combate, en el cual hubo heridos y prisioneros de ambas partes, se acordó una tregua de hostilidades, para recomenzar el combate al día siguiente.

LXXXVII.

Los bañados de Aceguá fueron las horcas caudinas para nuestra caballada, que allí quedó en buen número, postrada para siempre.

Grandes peripecias sufrimos al pasarlos, teniendo muchísimos de nosotros que hacerlo á pie, con el agua á la cintura y en hombros los recados.

Como diez cuadras de ancho mediría el tal Rubicón, al llegar á cuyas márgenes hicimos campamento, por haber quedado extenuados los pocos caballos que nos restaban.

El día siguiente, 7 de Febrero, grandes satisfacciones experimentamos al recibir la incorporación del doctor Carlos A. Berro, á quien acompañaban su hermano el doctor Arturo Berro, nuestros queridos compañeros de Universidad Julián Quintana, Emilio Alejandro Berro, Francisco Frejeiro y otros.

LXXXVIII.

El día 8 acampamos en la costa del Zapallar, cerca de la casa de don Francisco Rivas, en la cual en la tarde del día 9 se verificó una de las reuniones más importantes que entre nosotros se efectuaron, concurriendo á ella todos los jefes superiores del Ejército.

El resultado de esa reunión fué el desconocimiento de todos los actos del Comité de Guerra por parte

del Ejército, mientras que el doctor Terra formara parte de dicho Comité, y el inmediato nombramiento del doctor Carlos A. Berro como delegado, con amplias instrucciones para expresar las últimas é irrevocables resoluciones de nuestros jefes respecto á los trabajos de pacificación que por iniciativa del doctor Rodríguez Larreta y de don Luis Machado se estaban practicando.

Ese día almorzamos también opíparamente, hallándose entre los comensales, el General, los coroneles Lamas y Berro, los doctores de los mismos apellidos, el doctor Moratorio Palomeque, el comandante Pereira, el señor Machado, Arturo Lussich, Luis Alberto de Herrera y algunos pocos más.

En la noche estuvimos de concierto, hasta altas horas de ella, formando sus números varias piezas de mandolino y de guitarra, canciones nacionales, recitación de poesías patrióticas y sentimentales, matizado todo con chistosas ocurrencias de algunos espirituales compañeros con quienes compartíamos nuestras alegrías de aquellas horas.

La familia del señor Rivas nos colmó de atenciones, y especialmente su señora esposa y señorita hija, para quienes jamás dejará de vibrar en nuestras almas el recuerdo más afectuoso y la gratitud más extremada.

LXXXIX.

Á los pocos días de estos acontecimientos supimos que las hostilidades habían vuelto á ser rotas, y ya nadie pensó más en la paz.

Para dar una idea de la disposición de nuestros ánimos al recibirse la noticia de que continuaría la guerra, transcribiré aquí algunos párrafos de cartas dirigidas por mí en aquellos mismos días, y desde el campamento, á personas de mi familia y de mi intimidad:

« Las gestiones de paz, — decía en carta fechada en Sarandí del Quebracho el 19 de Agosto de 1897, — sobre las cuales tantas esperanzas abrigábamos los que sólo esperábamos la señal para alzar el vuelo en dirección á nuestros viejos palomares, han fracasado merced á la soberbia obcecación del torpe oligarca que ocupa el primer puesto oficial de nuestra patria.

Las condiciones últimas presentadas por Idiarte Borda al delegado de nuestro Ejército, eran, en efecto, inaceptables, pues importaban un mendrugo con que quería comprarse nuestra complicidad.

Las bofetadas se castigan con severa mano, y ésta debemos castigarla con toda la energía de nuestras almas. Por eso no queremos ya la paz, y á ella preferimos la guerra á todo trance.

¿Acaso el rico patrimonio de los orientales pertenece á ningún círculo determinado? Y no siendo esto así, ¿qué menos podía pedir un Ejército que repre-

sentaba á un partido en cuyas filas milita la mayoría inmensa del país, que la reducida cantidad de jefaturas en que han encallado todas las negociaciones, y la cual sólo se pidió á título de simple garantía contra las eventualidades del futuro, en prenda del fiel cumplimiento de las demás condiciones estipuladas?

Ésta es la hora, amigo mío, en que todos nosotros, hasta ayer partidarios decididos de la paz, lo somos de la guerra, prefiriendo la muerte una y cien veces, á que el estigma de la deshonra selle nuestras frentes, aceptando la perpetuación de la oligarquía dominante en el poder, como implícitamente lo hubiéramos verificado si la paz hubiera sido firmada en las condiciones que se nos proponían.

Queremos, sí, hoy la guerra, para probar que aún el corazón de los orientales conserva en tensión las fibras de su energía cívica, y que jamás desmayará ante el peligro, mientras la patria sea quien lo impela á arrostrarlo por ella y para ella.

Para vivir ilotas, vale más morir defendiendo la enseña de nuestros antepasados; para volver sin honra al nido abandonado, vale más permanecer en las cuchillas defendiendo la causa sacrosanta de nuestros derechos y de nuestras libertades, que son también las de todos nuestros conciudadanos. El cóndor soberano, cuya patria está en las alturas y en el aire, cuando cae prisionero rompe su cabeza contra los barrotes de su cárcel; del mismo modo los pueblos libres mueren, pero no se entregan, cuando se intenta robárseles su libertad y tratárseles como á parias dentro de su propio territorio.»

De manera idéntica á la mía pensaban todos mis compañeros, de modo que estábamos ansiosos por tener cuanto antes nuevos encuentros con el enemigo.

El día 20 se nos incorporaron el coronel Francisco Saravia y el comandante Floro Cibils con unos doscientos hombres regularmente pertrechados, entre los cuales se hallaba el capitán Andrés Matta, á quien habíamos echado de menos en Cerro Colorado, sin conseguir con nuestras indagaciones posteriores obtener noticia alguna sobre su suerte, el cual nos refirió entonces que, habiendo sido herido en la retirada de aquel combate, había tenido que refugiarse en un rancho de los alrededores, pasando por horas bien amargas antes de lograr ponerse á salvo.

En la madrugada del siguiente día, el General con unos cuatrocientos hombres se adelantó al Ejército en busca del enemigo, que se hallaba á muy corta distancia de nosotros, trabándose el combate á eso de las 9 de la mañana contra las fuerzas del general Benavente y del coronel Klínger.

Entre tanto el Ejército habíase aproximado, apurando la marcha, con el Coronel Lamas á su frente; pero el propósito de nuestros jefes era simplemente internarse en el país sin comprometer pelea de importancia, y nuestra vanguardia no había tenido otro objeto al entrar al fuego, sino el de evitar que el enemigo se posesionara del camino real á Santa Clara, el cual debíamos seguir nosotros, según el itinerario trazado de antemano; en consecuencia de esto, el grueso de nuestras fuerzas permaneció formado en columna como

á una legua de la vanguardia, y ya posesionado del camino.

El terreno en que el combate se desarrollaba era sumamente llano y escaso de posiciones resguardadas, de manera que el nutrido fuego que se hacía por ambas partes causaba un porcentaje de muertos y heridos mucho mayor que en los demás combates.

Al entrar yo á la pelea, supe que Rodolfo había sido herido, y mi consternación fué inmensa, no sólo por la noticia recibida, sino también por serme imposible ir al punto en que debía hallarse mi más querido compañero, para enterarme del carácter más ó menos grave de su herida.

El teniente Camilo Roldo, un bravo muchacho ayudante del comandante Sierra, que era sumamente apreciado por sus condiciones, había sido muerto de un balazo en la cabeza.

Á todo esto, estábamos en el centro del fuego, donde las balas silbaban sin interrupción, y viendo yo que el General se exponía allí á ser muerto inútilmente, víctima tan sólo de su temeridad, en este caso sin objeto, lo invité á retirarse hasta por segunda vez, sin obtener otra respuesta que un «ya vamos,» cuyo cumplimiento recién se realizó á la media hora.

El Coronel Lamas, en el ínterin, violento por la situación de simple expectativa en que se hallaba, se ceñía por primera vez una ancha banda con que había sido obsequiado por las damas nacionalistas de Melo, y avanzaba hasta el punto en que se hallaba el General. Éste cambió con él breves palabras y le trasmitió algunas órdenes.

Entre tanto el fuego crecía por momentos y la artillería estremecía el aire con sus detonaciones incesantes, aunque sin hacer víctima alguna felizmente.

Se requieren guerrillas de refuerzo, y el Coronel hace avanzar al comandante Bastarrica con sus valientes maragatos, que contribuyen á impedir que avance el enemigo.

Llegan las 3 p. m., y el fuego empieza á disminuir. Entonces se inicia en perfecto orden la retirada, y nos damos cuenta de que el número de los caídos ha sido grande relativamente.

Yo busco á Rodolfo, y me encuentro al más compañero de mis compañeros tendido sobre el pasto, con la faz pálida, pero tranquilo y sonriente.

Averiguo por los médicos la gravedad y localización de su herida, y se me responde que la bala ha entrado rozando la columna vertebral, atravesando el pulmón derecho en su salida, pero que felizmente el caso no reviste caracteres graves.

Entonces los compañeros me cuentan que al pasar por las filas, herido ya, iba vivando á la revolución y á las Divisiones ante las cuales pasaba, respondiendo éstas con vivas al teniente Ponce, cuya bravura y serenidad era de todos conocida.

Quedé ya más tranquilo, y después de cambiar caballo, me aresté para la marcha, que duró hasta las proximidades de Santa Clara de Olimar, donde pernoctamos esa noche, quedando nuestra retaguardia en lo de Amejiras, á unas dos leguas de nosotros.

Al amanecer del 22 continuamos la marcha, dejando á Rodolfo en Santa Clara para su asistencia.

El General no iba con nosotros; pero se nos incorporó á eso de las 9, anunciándonos que el enemigo se había puesto también en movimiento.

Nuestra marcha era pausada y lenta, pues hacía ya varios días que éramos muchos los que marchábamos á pie, llevando á los caballos de las riendas para que nos cargaran el recado únicamente.

La cabeza del Ejército habría caminado unas dos leguas, cuando los primeros tiros empezaron á sentirse.

Yo iba muy rezagado, calzando zuecos brasileros, que me ponían los pies en lamentable estado.

Esa circunstancia, lo prolongado de la marcha y la proximidad del enemigo, cuyas balas picaban al rededor de mí, sin que me fuera posible alejarme de su zona, hicieron que ese día fuera para mí sin duda alguna el más terrible de toda la campaña.

Llegó un momento en que, al ver que avanzaba un grupo de enemigos por el lado en que yo me hallaba casi solo y sin armas, abandoné el recado, reservándome solamente un cojinillo, y me descalcé á pesar de lo pedregoso del terreno, para andar más ligero y sustraerme al peligro cuanto antes; lo que no hubiera logrado, sin embargo, á no haber visto en esos momentos á un asistente del General que llevaba de tiro uno de sus caballos, y á quien se lo pedí en seguida para saltarlo en pelo. Mientras tanto un compañero del escuadrón de Basilio Muñoz había alzado mi recado, que recuperé á las pocas horas.

Por fin después de haber marchado siete leguas, divisamos la Sierra del Carmen, en cuyas abruptas

sinuosidades debemos detenernos. Nos parece que estamos cerca, pero marchamos y marchamos y no conseguimos llegar á ella. No hemos comido desde hace 48 horas, y la continua agitación en que hemos estado durante los dos últimos días, nos tiene casi desfallecidos.

Va á ponerse el sol y recién entonces llegamos á la tan deseada sierra, reflejando nuestros rostros la alegría de que rebosan. *Si el enemigo nos ataca aquí, la victoria será nuestra;* eso es lo que dicen el General y el Coronel, el último de los cuales revista á la tropa y le prodiga sonrisas y palabras cariñosas, que son acogidas con entusiastas aclamaciones.

Todos estamos rendidos, pero aún así anhelamos la pelea.

Se relevan entonces las fuerzas que hacen la retaguardia, y después de carnear algunos pocos animales, entre los cuales no escasean las cabras, comemos con avidez los churrascos medio crudones, pero sustanciosos y tonificantes, tendemos nuestras camas y nos entregamos al más profundo de los sueños, que nos hace buena falta.

XC.

En ese día terrible, habiendo llegado el General á una pulpería, encontró á cuatro de nuestros soldados ebrios por completo.

Como la vanguardia enemiga se hallara á muy corta distancia y el General tuviera que evacuar algunas diligencias, preguntó á los beodos si se com-

prometían á detener al enemigo durante una hora.

Obtenida respuesta favorable, los hizo colocar del lado exterior de la pulpería, donde con su fuego graneado é incesante cumplieron su palabra, deteniendo ellos cuatro solamente, á los seiscientos ó setecientos hombres que componían la vanguardia de Benavente en aquellos instantes.

Después salió el General, siguiéndolo tres de los ebrios, que á cada rato echaban pie á tierra y con toda impavidez se batían en retirada. El cuarto de ellos no se había querido retirar por nada, y estuvo haciendo fuego hasta hallarse rodeado de enemigos, en cuyo instante aún tuvo energía para sacar su puñal y luchar cuerpo á cuerpo, cayendo al fin acribillado de heridas, después de haber causado en las filas adversarias buen número de bajas.

XCI.

El General, cuya temeridad es su único defecto como tal, hallándose una tarde en una casa comiendo tranquilamente en compañía de su hijo Nepomuceno y del comandante Isidoro Noblia, recibió aviso de que corría el riesgo de quedar cortado, pues un grupo de enemigos avanzaba con intenciones de interponerse entre la casa y nuestro Ejército.

Al recibir tal nueva, el General soltó una de sus francas carcajadas é invitó á sus acompañantes á divertirse un rato, haciendo algunos disparos á los que avanzaban.

Así lo hicieron, usando el General el Wínchester de su hijo, con cuyos proyectiles admirablemente dirigidos, logró arremolinar bien pronto á la guerrilla de enemigos, que á buen seguro no habrían dejado escapar tan rica presa si hubieran sabido que el que los tiroteaba era nada menos que el General Saravia en persona.

Éste, cansado al fin, montó á caballo, y, seguido de sus compañeros, siguió tranquilamente hasta nuestras filas, donde pronto se divulgó lo sucedido, mereciendo por ello el General una severa y cariñosa reprimenda de los demás jefes.

En el mismo día 9, en instantes en que una guerrilla al mando del capitán León se tiroteaba con el enemigo, el General tomó un fusil, y para hacer *algunos tiritos de aficionado,* se agregó á la guerrilla, precisamente en momentos en que su capitán daba la voz de *adelante, y á la carga!*

Oída ésta por el General, cargó en la punta, seguido de aquellos bravos, que, teniéndolo entre ellos, olvidaban hasta la noción del peligro.

Horas después, supo el Coronel Lamas lo ocurrido, y reconvino por ello al General. — «¿Y qué quería que hiciera, amigo? — le respondió éste. — El capitán mandó cargar, y yo, que en aquel instante no era más que un soldado voluntario, no tuve otro remedio que avanzar....»

XCII.

El día 23, al amanecer, todos estábamos en pie, pues esperábamos que sería de grandes acontecimientos para nosotros.

Nuestra decepción fué grande, sin embargo, al notar que el general Benavente no parecía soñar en atacarnos, apareciendo recién á eso de las 10 á unas dos leguas del Ejército y armando allí sus carpas.

Pasó así todo el día sin novedad alguna; en vista de lo cual se resolvió seguir la marcha á eso de las 6 de la tarde, cuando ya las sombras de la noche se extendían sobre nosotros. Corto fué, sin embargo, el trayecto que recorrimos, acampando después de haber andado unas dos leguas á lo más, para continuar nuestro camino al apuntar la aurora del siguiente día.

El enemigo, en tanto, no parecía haber advertido nuestro movimiento, pues un chasque de nuestra retaguardia nos comunicó que aún no había pensado en levantar su campo, haciendo por el contrario disparos sin interrupción á un muñeco que el General había colocado á la entrada de la sierra, para que fuese tomado por el enemigo como uno de nuestros bomberos y le hiciese creer así que aún no habíamos abandonado nuestras posiciones primitivas.

Las dos terceras partes de nuestra gente marchaba ya á pie, llevando muchos de nuestros soldados los recados en los hombros, por lo cual y lo largo de la marcha, ésta se hacía penosa hasta el extremo.

En esas condiciones tuvimos que vadear porción de arroyos, campando al fin en la Sierra del Tigre, en medio de una lluvia torrencial.

Como en esos días no disponíamos de tiempo para hacer carneadas en debida forma, pues marchábamos de sol á sol, las reses que encontrábamos se mataban á tiros, desollándose y carneándose en menos de lo que para decirlo necesito.

El día de la patria, rendidos de cansancio y con los pies estropeados por completo, hicimos otra marcha que nos pareció interminable, y que sólo pudo hacerse gracias á la inquebrantable fe que alimentábamos de que no se nos podría vencer jamás y que en breve, renovadas nuestras caballadas, engrosado nuestro Ejército y sustituídos los rigores del invierno por los encantos de la Primavera, cesarían de una vez por todas nuestras penurias y podríamos librar las batallas decisivas que todos anhelábamos.

Sabíamos ya también que en nuestra ruta hallaríamos nuevas fuerzas que se opondrían á nuestro paso, y esta circunstancia, lejos de arredrarnos, doblaba nuestro ánimo, siempre pronto para la pelea, y al cual sólo la inactividad podía hacerlo decaer.

El 26 de Agosto, yendo como cuentas de rosario, en largas columnas que ocupaban un trayecto de dos leguas, los compañeros que aún tenían caballos é iban de vanguardia, avistaron cerca de Nico Pérez, en la Sierra de Sosa, á la gente de Manduca Carabajal, con la cual á los pocos momentos se trabaron en pelea.

Yo llegué al teatro de ella cuando hacía ya rato

que el tiroteo había comenzado, pues era de los que íbamos á pie, marchando lentamente lejos de la cabeza del Ejército.

Al llegar allí, la primera noticia que recibo me llena de dolor. Aparicio Saravia (hijo), uno de mis compañeros más inseparables en las horas del peligro, ha sido víctima de un balazo en una pierna, que le ha fracturado el hueso. El bravo muchacho, cuyo arrojo no conoce límites, había cargado á lanza junto con su hermano Nepomuceno á un grupo de enemigos, á dos de los cuales, que iban sobre un mismo caballo, había tirado un lanzazo formidable. En esos momentos había aparecido el General en ayuda de sus hijos, y uno de los lanceados había descargado su Máuser con bala de plomo sobre el intrépido muchacho.

El General entonces se baja del caballo para atender á su primogénito, mientras que su otro hijo, cuyo revólver se niega á dar fuego y cuya espada está falta de filo, echa mano á su daga y se toma á brazo partido con un soldado, á quien no puede dar alce sin exponerse á sufrir la misma suerte que su hermano. Le intima que se entregue, y el soldado se niega á ello, antes bien forcejeando por desasirse de sus brazos para dominarlo. Entretanto una lluvia de balas cae sobre ellos, y no le queda á Nepomuceno otro recurso que dar muerte á su enemigo.

Lo hace así y vuelve al lado de Aparicio, que con la pierna destrozada, sufriendo horriblemente, marcha á pesar de ello sin quejarse, haciendo gala de un estoicismo digno de los antiguos espartanos.

El dolor del General por la desgracia de su hijo,

le arranca lágrimas del corazón; pero su mente no se ofusca y sigue dirigiendo la pelea.

Á las dos horas cesa el tiroteo, por haberse retirado el enemigo, y vuelve á sonar la orden de marcha en el clarín. Avanzamos una legua y volvemos á sentir el fuego de la fusilería, pero esta vez en la vanguardia. Es la valiente División Florida que ha atajado al enemigo, cuando éste, protegido por las alturas que dominaba, se disponía á molestarnos en nuestra marcha. Hacemos alto en una cuchilla, desde la cual seguimos todos los detalles de la escena, y presenciamos uno de los espectáculos que más electrizan y entusiasman al soldado: el enemigo, al divisar á todo el Ejército, cuando sólo creía tener que habérselas con algunos de sus escuadrones, emprende precipitada fuga, tiroteado de cerca por la Cuarta y Quinta Divisiones, cuyas guerrillas avanzan impetuosamente dando gritos de triunfo, y *garreando* á más y mejor recados, ponchos y armas, abandonados en su huida por los gubernistas.

En este tiroteo fué cuando murió el patriota ciudadano Dámaso Silva, á quien en párrafos anteriores he dedicado ya el recuerdo que merece.

XCIII.

Después de lo que he narrado, ningún episodio digno de mención ocurrió en nuestras filas hasta el día 27, en que pasamos el Cebollatí. ¡Habíamos hecho á pie todo el trayecto que media entre Santa Clara de Olimar y aquel río, en la parte de su curso que baña los cam-

pos de la sucesión Martínez, cruzando para ello por abruptas sierras, campos pedregosos y arroyos crecidos, sufriendo lluvias torrenciales, escasamente alimentados, y batiéndonos continuamente con el enemigo, que en número inmensamente superior al nuestro, pretendía oponerse á nuestro paso! Pero ya habíamos pasado el Cebollatí, y en él habían concluído nuestras penurias principales, pues se obtuvo tan buen número de caballos, que todos hicimos abundante provisión de ellos, marchando alegres y llenos de entusiasmo en dirección á Minas, y recibiendo diariamente incorporaciones de nuevos compañeros.

Estábamos ya en una zona privilegiada del país y nada nos escaseaba en ella: caballadas, ganado gordo y abundante, medios de comunicación con Montevideo, casas de negocio bien surtidas, leña, todo lo encontrábamos por doquiera con facilidad.

En esos días fué cuando supimos con certeza, por el correo de Maldonado á Minas, la muerte del seudo presidente Idiarte Borda.

Ya el rumor de ello había llegado hasta nosotros el día 26, pues en una de las posiciones de que fué desalojada la gente de Manduca Carabajal,—posición que era una casa,—uno de los oficiales de aquel jefe lo había trasmitido á sus moradores; pero fué tomado por nosotros con beneficio de inventario, aumentado como iba con la muerte de Julio Herrera por un hijo de Borda y la de Melitón Muñoz por uno de sus capataces.

Cuando la verdad de lo ocurrido se supo en el Ejército, todos al unísono condenamos el hecho, sobre todo

teniendo en cuenta la opinión política que se atribuía al criminal, considerándosele en connivencia con nosotros, lo cual á los que combatíamos en buena ley y frente á frente en las cuchillas, no podía menos de causarnos el desagrado más profundo y hacernos levantar la protesta más ardiente contra los que tan villanamente pretendieran arrojar sombras sobre nuestra patriótica campaña.

Además de esas consideraciones, había otras por las cuales, no sólo no podíamos aprobar el hecho en sí, sino que, después de aceptarlo como consumado, tampoco nos permitía alegrarnos suponiéndole consecuencias favorables á nuestra causa, desde que el nuevo magistrado, don Juan Lindolfo Cuestas, no tenía por qué inspirarnos mayor confianza en la gestión política, dados sus antecedentes de hombre público.

Sólo nos regocijamos, pues, cuando supimos que el autor del crimen, — un fanático tal vez irresponsable por creer que todos los medios eran buenos para el santo fin que perseguía, la felicidad de la patria y la concordia de los orientales nada menos, — no se hallaba afiliado á nuestra colectividad, habiendo sido su acto un hecho aislado; y que, contra todas nuestras conjeturas, el señor Cuestas al asumir el mando había manifestado la mejor buena voluntad para la terminación cuanto antes de la guerra, mediante una paz honrosa que importara el triunfo de la causa impersonal de las instituciones dentro del término más breve.

Mas no debo adelantarme al curso de los sucesos, y dejo para párrafos posteriores el hablar de la pacificación y sus preliminares.

XCIV.

El simulacro de sitio á la ciudad de Minas fué rico en episodios, dramáticos los más y algunos enternecedores.

Figura entre los primeros, el escalamiento de un cerro por seis de nuestros hombres, con el objeto de hacer replegarse á la ciudad á un grupo de enemigos que había sentado sus reales cerca de la cima, aunque del lado contrario al que era objeto del escalamiento.

Los de la empresa trepaban paso á paso y en el mayor silencio, mientras que otros compañeros distraían la atención de los futuros sorprendidos, quienes considerando su posición inexpugnable, tomaban tranquilamente sendos mates en redor de un fogón improvisado.

Nosotros con el General y el Coronel Lamas estábamos á algunas cuadras de distancia, á la expectativa del éxito de la sorpresa.

Éste se hizo esperar poco, pues al asomar en la cumbre del cerro el primero de los valientes que á ella habían trepado, fué tal la confusión que se produjo entre los treinta y tantos gubernistas que allí estaban, que sólo atinaron á saltar en sus caballos y á tomar las de Villadiego en dirección á la ciudad, aunque á todos no les fué posible hacerlo, pues los disparos de los nuestros hicieron varios blancos, matando á un enemigo é hiriendo á algunos más.

El *garreo* de los valientes que habían acometido

aquella audaz empresa, en la cual, si hubieran sido sentidos antes de consumarla, probablemente hubieran perecido todos, fué bastante provechoso para ellos, pues se alzaron con un poncho, un recado con cabezadas de plata, dos fusiles y algunos otros objetos que en este momento no recuerdo.

Otro episodio enteramente cómico del mismo sitio, fué un simulacro de asalto nocturno, en combinación con el cual se soltaron hacia las calles de la ciudad dos yeguas potras con latas llenas de piedras atadas en las colas. El barullo que estos animales metieron fué tan grande, que hizo reconcentrarse á los sitiados, permitiendo así que el bravo alférez Salazar penetrara en la ciudad y llegara impunemente hasta su casa, situada dentro de su ejido mismo, regresando de ella al día siguiente con algunos nuevos voluntarios á quienes de antemano había citado.

XCV.

El Jefe Político de Minas, coronel Ángel Casalla, que defendía la plaza, se portó caballerescamente con las familias que tenían deudos en nuestras filas, permitiéndoles la salida hasta el Ejército para que pudieran abrazarlos.

Aprovechando ese permiso, llegaron hasta el molino en que el comandante Juan José Muñoz se hallaba en compañía de varios oficiales, la anciana madre y las distinguidas hijas de aquel jefe, la señora esposa de Temístocles Ortiz, su bella hermana Lía, la señora de Ze-

ballos y varias otras damas, que se apresuraron á estrecharlos en sus brazos y á colmarlos de las caricias del hogar, que desde tanto tiempo les faltaban.

Aquellas escenas emocionaban de verdad y no tendría yo palabras con qué describirlas; pero más emocionantes fueron aún las de las despedidas, cuando llegó la hora de la separación, sólo endulzada por las vivas esperanzas de paz próxima, que ya empezaban á anidar en todos los corazones.

XCVI.

Otro espectáculo también conmovedor fué la conducción de Bernardino Orique á la ciudad, efectuada por los miembros de la benemérita Cruz Roja.

Bernardino había recibido un balazo de algún cuidado en momentos que, hallándose en las guerrillas avanzadas, había abandonado su ventajosa posición para ir en busca de su caballo, que, atraído por la abundancia de pasto, se había ido á la zona donde era el fuego más nutrido.

Siendo hijo de Minas, donde á la sazón también se hallaba su familia, el medio más expedito para su pronta curación era llevarlo á ella. Así lo resolvió también el bravo compañero, cuya despedida tanto á él como á sus amigos del Ejército arrancó más de una lágrima, probando así lo estrecho y fuerte de esas amistades contraídas en la vida del soldado, cuando se tiene comunidad de sacrificios y de glorias, de decepciones y esperanzas, de goces y tribulaciones.

XCVII.

Levantado el sitio de Minas, seguimos marcha en dirección al Sudeste, con ánimo de hacer resonar en breve los cascos de nuestros caballos sobre el pavimento de los caminos cercanos á Montevideo.

En esos días, tan cerca ya de la ciudad querida, poco se nos importaban las lluvias, copiosas, sí, pero que en nada se parecían á las que en Cerros Blancos y en Cuchilla Negra se habían constituído en el más implacable de nuestros verdugos.

El día 5 avistamos las aguas del Río de la Plata, á cuya vista se estremecieron de gozo nuestros corazones y la esperanza comenzó á retoñar de nuevo en nuestras almas.

Estábamos acampados apenas á una legua escasa del pueblo de Mosquitos, y el estampido del cañonazo del Cerro de Montevideo á las 9 de la noche, había llegado sonoro y distinto á nuestros oídos, causándonos efectos por cierto bien diferentes que el de los cañones que en las horas de pelea nos anunciaban la muerte, haciéndonos temblar por nuestras vidas. El del Cerro de Montevideo, en cambio, parecía anunciarnos la paz próxima y con ella el pronto regreso al hogar bendito, al santo hogar en que oraban por nosotros y por nosotros vertían sus más preciosas lágrimas, nuestras madres y nuestras hermanas y nuestras prometidas.

El eco del cañón nos había hecho alimentar esa es-

peranza, con la cual comenzábamos á deleitarnos, cuando la llegada de un break al campamento nos distrajo de ella, para volver á acariciarla ya casi como una realidad, al ver que aquel carruaje conducía á la nueva Comisión pacificadora, compuesta por el doctor José Pedro Ramírez y don Pedro Echegaray, á quienes acompañaban el doctor Etchepare y otros señores, que nos llevaban cartas y noticias de los nuestros.

¡Qué noche de alegrías aquélla! El fogón del General, en redor del cual los recién llegados y nosotros formamos rueda, se encontraba en una de sus noches de mayor animación, aunque ésta pocas veces dejaba de reinar en ella.

El doctor Ramírez, asediado por nuestras preguntas, en que todo iba envuelto: la sociabilidad y la familia, la política y el *sport*, sonreía con la sonrisa bondadosa que raras veces deja de vagar entre sus labios, tratando de responder cumplidamente á todas nuestras interrogaciones, que eran incesantes.

Así, alegres y como nunca radiantes de esperanza, pasamos la prima noche, que hubiéramos deseado fuera interminable; pero los viajeros se hallaban rendidos de fatiga, y fué menester dejar para el día siguiente la continuación de nuestra charla.

El día 6 temprano se ordenó la marcha, acompañándonos la Comisión de paz. Á la altura de la estación Tapia, el clarín tocó « alto y pie á tierra », y los jefes se reunieron en consejo para oir las proposiciones de que eran portadores los comisionados y darles su respuesta.

El doctor Ramírez, en términos elevados y patrió-

ticos, expresó el objeto de su misión y la forma en que á su juicio podría llegarse á una solución satisfactoria; y los jefes, después de oirlo, resolvieron insistir en sus anteriores bases, sin agregar á ellas ninguna exigencia nueva, á pesar de haber cambiado tanto en nuestro favor las condiciones del Ejército.

El doctor Ramírez, al oirlos, demuestra en el júbilo que inunda su rostro, que ya casi se puede dar la paz como hecha; pero el General y el Coronel Lamas, que á pesar de tener idéntica creencia, no se olvidan de que la guerra está aún en pie y saben que el enemigo se halla cerca, toman sus disposiciones para el caso, probable, por otra parte, de un próximo combate.

En la faz de los comisionados se extiende entonces una sombra, que más tarde, al partir ellos para Montevideo, toma razón de ser, pues en nuestra vanguardia, compuesta por la Segunda División al mando de los coroneles Trías y Corbo, que en los últimos días ha recibido incorporaciones en extremo numerosas, se sienten ya los primeros disparos hechos contra la gente del General Melitón Muñoz. Nuestros valientes, al oirlos, quieren demostrar á la Comisión de paz que, si anhelan ésta, no es porque abriguen temores respecto al resultado de la lucha, ni porque su ánimo haya decaído en ella, y prorrumpen en vivas al General, al Coronel Lamas y á las Instituciones.

Felizmente el tiroteo cesa á los pocos momentos, por haberse retirado la vanguardia enemiga en completa dispersión á los primeros disparos de los nuestros, y nosotros proseguimos tranquilamente nuestra ruta, y atravesamos el pueblo de San Jacinto, donde

se nos recibe con las más vivas aclamaciones, repiques de campanas y regocijo general.

Una señora se asoma á la puerta de su casa y recorre con mirada ansiosa toda la longitud de la columna, — que es una sola desde que andamos entre chacras, — y de ella sale entonces un soldado que echa pie á tierra y se arroja en los brazos de aquella mujer, su esposa, quien después de abrazarlo, le pregunta con temblorosa voz: — «¿Y nuestro hijo?...» — «Murió en el Arbolito,» — le responde el veterano, volviendo á estrecharla entre sus brazos, y compartiendo con ella los sollozos y las lágrimas del más grande de los dolores, del dolor de una madre cuando adquiere la certidumbre de que el fruto de sus entrañas ha sido arrebatado á sus caricias, — que á su cariño no, — por la implacable ejecutora de los decretos del Altísimo, la inexorable muerte, contra la cual ni valen súplicas ni nada puede la humana previsión.

Y aquella madre quedó allí, envuelta en su amargura eterna, mientras llegábamos al Tala, donde se nos recibía con vivas y con flores y se nos aclamaba como á verdaderos salvadores de la patria.

Y así nuestras marchas, que podrían llamarse triunfales por las ovaciones que á nuestro paso recibíamos, incorporándosenos día por día elementos nuevos, siguieron hasta el ya histórico 10 de Setiembre, en que las esperanzas de la paz bendita habían de convertirse en la más hermosa de las realidades.

Pero hagamos punto y dediquemos párrafo aparte al más hermoso de los días cuyos fulgores sorprendieron en los campos uruguayos á las gloriosas huestes

de abnegados hijos en ellos congregados para devolver al Sol de la bandera de la patria el brillo esplendoroso que fulgura en los pendones de los pueblos libres y se apaga en las enseñas de los que soportan amos y en cuyas venas no corre sangre que sepa hervir al chasquido del látigo esclavócrata.

XCVIII.

Era el 10 de Setiembre. El Ejército marchaba en dirección al Santa Lucía chico, cuando un chasque anunció que la Comisión pacificadora nos seguía de cerca. Para recibirla salimos á su encuentro el comandante Lidoro Pereira con varios oficiales, entre los que iba yo, siguiendo el Ejército su marcha, tan pronto siempre para la pelea en caso de que las negociaciones fracasaran, como dispuesto á la paz siempre que los términos de ésta importaran el triunfo de la bandera revolucionaria, que por cierto no fué nunca la estrecha de partido, sino la bandera amplia, de pliegues anchurosos, que bajo sus nueve listas blancas y celestes protege á todos los orientales sin distinción de creencias ni opiniones, en el ejercicio de sus derechos soberanos, que nadie tiene facultad para coartar, ni poder legítimo para ponerle inconstitucionales cortapisas.

Salvado el paso de los Paraguayos en el Santa Lucía chico, el Ejército hizo alto, convocándose á reunión de jefes, en tanto que los pacificadores conversaban amistosamente con el General Saravia y con

el Coronel Lamas, presentando á éstos á los delegados del elemento civil de nuestra colectividad, que eran los señores Arturo Héber Jackson, Manuel Artagaveytia y Antenor R. Pereira.

Reunido el consejo de jefes, que presidía el General en medio de la más ansiosa expectativa, puestos todos de pie formando rueda, el doctor José Pedro Ramírez tomó la palabra, exponiendo las proposiciones oficiales de que era portador y aconsejando su aceptación en términos elevados y patrióticos. Nosotros estábamos á muy pocos pasos del sitio en que se celebraba esta reunión de histórica importancia, y jamás sentimos latir con tanta intensidad nuestros corazones como en aquellos momentos de indecible expectativa, en que, no sólo se estaban jugando los más caros intereses del país, así morales como materiales, sino también nuestra propia suerte personal, que, aunque ante aquéllos era cuestión de orden en absoluto secundario, no por eso dejaba de preocuparnos, como era natural y lógico.

Después de haber terminado el doctor Ramírez su breve discurso, el coronel Orgaz y Pampillón hizo presente la conveniencia que habría en que los jefes se reunieran solos para deliberar sobre la aceptación ó el rechazo de las proposiciones presentadas, oído lo cual por el intermediario, motivó el alejamiento de éste mientras se producía aquella deliberación.

Los jefes se sentaron sobre la verde alfombra, y después de breve cambio de ideas, llamaron á su seno á los delegados civiles del partido, á quienes pidieron opinión sobre lo que se les proponía. Tomó

la palabra entonces el señor Artagaveytia y aconsejó la aceptación de las bases de paz, que honraría tanto más á nuestro Ejército, cuanto que las condiciones de éste jamás habían sido tan buenas ni se había contado nunca con tal número de recursos bélicos y pecuniarios como en aquella actualidad; pero que asimismo, creía acto de patriotismo y de consecuencia con los ideales proclamados, deferir á la aspiración del país entero que al unison pedía la paz, siempre que ésta sirviera de punto de partida á una nueva era de reconstrucción institucional, como prometía serlo la que se iniciaría en esos momentos al aceptarse las proposiciones de que era portador el doctor Ramírez, y cuyo cumplimiento quedaría garantido por las seis jefaturas, que, según una de sus cláusulas, debían acordarse á otros tantos copartidarios de honradez cívica inatacable y de probado temple.

Apoyan los jefes las palabras del señor Artagaveytia votando por unanimidad la ansiada pacificación, y entonces el coronel Celestino Alonso, dejándose llevar por su entusiasmo, conmovido, delirante, se pone de pie y da un ¡VIVA LA PAZ! que electriza á los demás jefes, los cuales á coro le responden, y hace que nosotros, con el doctor Ramírez á la cabeza, nos precipitemos sobre el grupo; y mientras los clarines tocan diana y las banderas se despliegan mecidas por el viento, todos lloramos, nos confundimos todos, jefes, oficiales y soldados, en estrechos abrazos, y todos al unison vivamos á la paz y á las instituciones, con los rostros radiantes de alegría, presas de la emoción que nos embarga al divisar la nueva aurora de bendición y

dicha que como premio á nuestros afanes y á nuestros sacrificios, comienza á despuntar en el cielo de la patria.

La noticia se esparce en seguida y llega hasta las últimas filas del Ejército, cuyos bravos expresan su alegría vivando á la patria, al General Saravia, al Coronel Lamas y entregándose á las mismas expansiones á que momentos antes nosotros nos habíamos entregado.

Y los clarines entre tanto seguían tocando dianas, y los abrazos proseguían, y las banderas continuaban dando al viento sus colores.

El General y el Coronel Lamas, al abrazarse con el doctor Ramírez y con don Pedro Echegaray, habían sellado el pacto á que la palabra empeñada del consejo de jefes había puesto por nuestra parte la sanción irrevocable, y todos ya dábamos como seguro el pronto regreso al hogar bendito, en el cual, á la sombra del pendón blanco y celeste, nos esperaban el trabajo honrado y el cariño incomparable de los seres más amados, sobre quienes pesaban todos los rigores de la lucha, y quienes nos esperaban con los brazos abiertos y con los labios prontos para lanzar á coro con nosotros, extrayéndolo de lo más íntimo de sus corazones, este grito que condensaría todas las incertidumbres y todas las amarguras, á la par que todas las esperanzas y las dichas todas alimentadas por nuestras almas durante los seis meses que había durado la campaña: ¡BENDITA SEA LA PAZ!

Entonces se pide al doctor Ramírez que hable, y éste, con voz que la emoción entrecortaba, dijo que si

bien no hablaba á sus correligionarios, lo hacía á sus conciudadanos; que no siempre el triunfo más honroso de las revoluciones era el obtenido en el terreno brutal de las armas, y que á la nuestra le cabía el inmenso honor de haber puesto el primer puntal al edificio de las instituciones, el cual amenazaba desplomarse bajo el peso de las administraciones irregulares que desde hacía años regían el país, cuando nosotros habíamos alzado el estandarte de la revolución.

Habló en seguida el doctor Alfredo Castellanos para pedir un viva al doctor Ramírez, que fué coreado entusiastamente por nosotros, y luego el Ejército se dispuso para proseguir su marcha, después de pedirse á la Comisión Pacificadora que nos acompañara hasta el día siguiente, para compartir con nosotros el regocijo que á todos nos embargaba.

El día 10 de Setiembre quedaba desde entonces consagrado como día de histórica y honrosa recordación para el país, sobre todo entre once y media y once y cincuenta y siete de la mañana, á cuya hora se había efectuado la reunión de jefes en que la paz había sido aceptada.

Yo no sé cómo pintar todas las hermosas escenas de aquel día, que jamás se borrarán de nuestros corazones, pues todo lo que pudiera decir del entusiasmo y del júbilo que nos inundó durante él, sería pálido, extremamente pálido comparado con la realidad.

Al siguiente día la Comisión partió para Montevideo; pero estaba de Dios que aún había de derramarse nueva sangre generosa en aras de la patria, y que nuevos proyectiles, disparados sobre nosotros por el

que era aún nuestro enemigo, habían de hacernos suspender nuestros regocijos hasta que fueran llenadas las formalidades indispensables para la completa suspensión de hostilidades.

Era que el Ejército de Tajes había llegado hasta el Santa Lucía chico, y, creyéndolo desguarnecido, había comenzado á vadearlo por el paso de los Paraguayos; pero nuestra gente, que á pesar de su alegría por considerar la paz como un hecho, no por ello olvidaba que ese hecho no se había producido aún, estaba sobre aviso. Los coroneles Trías y Berro, acampados en las cercanías del paso, vieron en consecuencia el movimiento del enemigo y desplegaron sus guerrillas, para hacer repasar el arroyo á unos 30 hombres que ya lo habían vadeado, causándoles con sus disparos cuatro bajas, y siendo herido por nuestra parte únicamente el bravo y pundonoroso coronel Bernardo G. Berro, de cuya herida en un brazo brotó la última sangre derramada por los valientes que revistaban en el Ejército Nacional, en defensa de la libertad de la patria y de los derechos de todos los ciudadanos orientales.

XCIX.

Cuando la Comisión de Paz, que encabezaba el doctor Ramírez, llegó por segunda vez al campamento revolucionario, iba en su compañía, entre otros señores, el popular don Pedro Risso, que llevaba para distribuir en el Ejército gran cantidad de diarios, cigarrillos y provisiones de boca, que por sí solas le

hubieran bastado para granjearse toda nuestra simpatía, si no hubieran estado sobre todo ello sus excelentes prendas de carácter y su proverbial caballerosidad, que nos hicieron endeudar con perdurable deuda de gratitud con quien supo comprender tan exactamente las pequeñas satisfacciones del soldado, tratando de proporcionárnoslas en todo lo que le fué posible en aquellas circunstancias.

Sabido es que don Pedro Risso profesa verdadera idolatría al doctor Ramírez, y también es cosa vieja que cuando éste fué al Ejército se hallaba en tratamiento médico, del cual formaba parte la prescripción de no alimentarse con otras carnes que las blancas. Pues bien: recordado eso, á nadie extrañará que además de las provisiones generales á que hemos hecho referencia, llevara consigo también don Pedro algunas latas de perdices en escabeche, á que de inmediato dirigimos nuestros tiros algunos de los puebleros que armábamos nuestras carpas de campaña cerca del Cuartel General y del Estado Mayor.

¡Olían tan bien las perdices aquéllas! ¡Y hacía tanto tiempo que sólo las probábamos asadas, cuando algún golpe de arreador á tiempo lograba sorprender alguna en el camino!

La dificultad estaba en la manera de obtenerlas, pues pedirlas no tenía gracia alguna, además de que considerábamos un verdadero abuso para con el caballero que tan amablemente nos tratara, el salir á *pecharle* lo que había traído como simple reserva para su ilustre enfermo. Y también era imposible sustraer lata alguna del carromato en que se hallaban almace-

nadas, por cuanto una especie de perro de presa se hallaba guardándolas, con la terminante consigna de no entregar á nadie nada sin orden expresa del administrador de todo aquello, que, como lo hemos dicho ya, era don Pedro Risso.

Estas dificultades eran bastante serias; pero no por tan poca cosa habían de arredrarse estómagos revolucionarios, que hacía seis meses no recibían otros manjares que asados y pucheros.

Nos reunimos, pues, Pastoriza, Herrera y yo, que éramos los golosos, y resolvimos tomar por sorpresa lo que por viva fuerza era imposible. Para lograrlo, y después de breve conciliábulo, Luis Alberto se puso el saco del revés, cambió su kepis blanco por un gacho disforme que al efecto le conseguimos, y fingiendo ser un asistente del General, — en cuyo fogón en esos momentos se hallaban el doctor Ramírez y su celoso cuidador, en lo que á la comida se refería, — llegóse hasta el guardián de las provisiones, y con toda seriedad le pidió en nombre del señor Risso una lata de perdices, para obsequiar con ella al General. El guardián, que por lo visto era la primera vez que se hallaba entre soldados, no desconfió nada de la veracidad de la orden invocada, y entregó la lata.

Luis Alberto, con toda gravedad, aparentó dirigirse á la carpa de Saravia, contramarchando después en dirección hacia nosotros, que reíamos á más no poder, saboreando de antemano el sabroso manjar que tan poco nos había costado y al cual pocos momentos tardamos en hacer los debidos honores en compañía de Lidoro Pereira (hijo), á quien de esa

manera pagamos el alojamiento que para consumar nuestra obra nos dió en su carpa, pues en la nuestra temíamos ser descubiertos por su proximidad al fogón del General.

Comidas ya las perdices, recordamos haber visto en su compañía una caja de habanos, que se nos antojaron necesarios para poner digno remate al *magnífico festín.*

Como Luis Alberto no fuma, no quiso en manera alguna repetir su intentona, lo cual hizo que este segundo ataque á las provisiones de don Pedro no obtuviera el éxito que el primero, pues su guardián, al notar que *el asistente* que le pedía los cigarros no era el mismo que el que le había llevado las perdices, comenzó á desconfiar y resolvió ir personalmente á llevarlos á su patrón; lo cual visto por Pastoriza (que era el nuevo asistente), lo hizo poner pies en polvorosa, renunciando á coronar nuestro festín con los habanos tan apetecidos.

Y aquí empieza lo cómico del caso. Se entera don Pedro Risso de lo sucedido, y al conocer la broma que se le había jugado, apostrofa al guardián que con tanta facilidad había dejado sorprender su buena fe, y le ordena que inmediatamente se ponga en campaña hasta dar con el paradero de la lata sustraída, ó por lo menos del audaz soldado que se había atrevido á tanto!!!

Yo, que lo observaba, apenas podía contener la risa ante lo cómico del caso, y les conté al señor Echegaray y al doctor Etchepare lo que había pasado, para que no tomaran á mal mi hilaridad. En mi cuento es-

taba, cuando por distintos lados se agregan al grupo Luis Alberto y don Pedro Risso, que nos empieza á contar, lleno de indignación, la broma recibida, produciéndose en términos bastante fuertes contra el insolente paisano que se había atrevido á jugársela, y asegurando que, una vez descubierto, lo haría castigar con severidad por sus superiores.

Figúrense ustedes, lectores míos, cómo estaría Luis Alberto, protagonista del suceso, al oir los denuestos que, sin saberlo el que los profería, se le estaban aplicando en su presencia, así como también la franca carcajada en que no pudimos menos de prorrumpir los que estábamos en el secreto, y que tuvo la virtud de quitar su enojo al bueno de don Pedro, haciéndole comprender que sólo había sido una broma más ó menos delicada, pero broma al fin, lo que él había tomado por un acto insólito de atrevido hurto.

Excusado es agregar que el guardián de las provisiones no logró hallar al asistente de sombrero disforme y saco al revés que le llevara las perdices, ni mucho menos al cuerpo del delito, puesto á buen recaudo desde el primer momento por los golosos revolucionarios, que no se hallaban ciertamente como para diferir festines.

C.

Desde el 11 de Setiembre hasta el día 15, ninguna novedad digna de especial mención ocurrió en nuestro campamento, á excepción de la siguiente: un jefe gubernista de apellido Díaz, pidió al coronel Al-

dama, que con su valiente División constituía nuestra vanguardia, una breve conferencia, en la cual le expuso que, teniendo orden superior de tomar una posición ocupada por él, le pedía tuviera á bien abandonarla. Á lo cual el jefe nacionalista contestó que tenía también orden superior de repeler á balazos al que intentara tomarle esa ó cualquiera otra de sus posiciones, lo que bastó para que el jefe gubernista desistiera de su curiosa é inopinada pretensión.

CI.

El día 16 fué para todos nosotros en general, pero para mí con especialidad, de grandes alegrías, pues á eso del medio día llegaron al Ejército nuestros delegados, doctores Tomé y Rodríguez Larreta, acompañados de buen número de *repórters* y de amigos, entre los cuales se contaba mi querido padre, todos los cuales habían tenido que hacer un verdadero vía crucis para llegar hasta el campamento, por lo crecidos que estaban los arroyos y la incesante lluvia que había convertido en barro los caminos.

La mayoría de los viajeros optó por quedarse esa noche en el Ejército, y por sus narraciones hechas en los diarios de aquellos días, todos se hallan enterados de sus peripecias; pero la Comisión y algunas otras personas de respetabilidad, siguieron viaje hasta la casa de la familia Caetano, distante como una legua del campamento, y en la cual se había preparado de antemano un suculento almuerzo.

Yo iba también con ellos, ansioso de poder hablar cuanto antes con mi padre, á quien apenas había tenido tiempo de abrazar.

Llegados á la casa, las distinguidas señora y señorita de Caetano nos prodigaron toda suerte de atenciones, desviviéndose por colmarnos de mil pequeños obsequios, que si fueron profundamente agradecidos por los visitantes que llegaban de Montevideo, lo fueron mucho más por mí, que hacía tanto tiempo vivía ajeno á todas las exquisitas obsequiosidades femeniles.

Al día siguiente los comisionados celebraron allí una conferencia con el General y con el Coronel Lamas, quienes horas más tarde reunieron á los jefes en consejo, y con el acuerdo de éstos nombraron á los coroneles Yarza y Zipitría y al teniente coronel don Pedro Echeverría, para que como miembros del Ejército se unieran á los señores Manuel Artagaveytia y Antenor R. Pereira y se constituyeran en comisión para recibir y hacer el correspondiente reparto de los $ 200,000 que á guisa de pre para nuestras tropas figuraban en una de las cláusulas del Convenio de paz hecho con el Gobierno, regresando entonces para Montevideo los delegados del Ejército con el fin de ultimar las negociaciones, siendo acompañados en su regreso por casi todos los que componían su séquito al llegar el día anterior al campamento.

CII.

Entre los mil curiosos episodios cómicos acaecidos durante el último armisticio, cuando el Ejército se hallaba campado en la costa del Talita, ocurrió el siguiente, que por ser quienes fueron los protagonistas, sabrán apreciar en lo que vale mis lectores de Montevideo.

Se trata de Julio Olivera Calamet y de Julián Quintana, miembros ambos de nuestra sociedad más distinguida y ventajosamente conocidos, el primero en los círculos comerciales y el segundo en los universitarios.

Todos los que lo conocen saben lo primoroso que es Quintana en el vestir y el buen gusto con que lo hace, figurando á justo título entre nuestros más correctos *dandys*. Pues bien: ese elegante de nuestros salones vestía de tal manera en el Ejército, que, al acercarse á saludar á Julio Olivera, éste lo tomó por un soldado *pechador*, entablándose con tal motivo el diálogo siguiente:

Q. — ¿Cómo está, señor? — Yo creo que lo conozco á usted.

O. — Sí, ya sé para qué me conoces. — *(Sacando una esterlina del bolsillo.)* Toma para tus vicios.

Q. — *(Medio cortado.)* — De ninguna manera, señor.... Veo que no me ha conocido.

O. — Bah, bah, hombre! No tengas vergüenza...

Q. — Pero si yo....

O.—Anda, anda, no más, que ya sé lo que son esas cosas. ¿Te crees que no te he comprendido?...

Se le ocurrió entonces á Quintana una idea que le pareció buena, y, antes de darse á conocer, se retiró con la esterlina, que no pudo menos de aceptar al ver la insistencia de Olivera en que la recibiese.

Para llevar á cabo su plan, envió Quintana á un asistente en busca de conservas, vino, pan, etc., á la pulpería más cercana, y preparó un banquete revolucionario.

Cuando todo estuvo pronto, buscó á Olivera y le dijo:

—Amigo, usted hoy me obsequió con una esterlina, y yo ahora quiero retribuir su obsequio. Venga á mi carpa y verá usted si he aprovechado bien la libra.

Fué efectivamente Olivera, y al hacer los honores á la magnífica comida, comenzó á observar que no se hallaba entre paisanos, sino entre puebleros puros y de la mejor sociedad. Entonces recién reconoció á Quintana. Juzguen los lectores las risas y el alboroto que se armaría al darse cuenta los demás comensales del feliz equívoco sufrido por Olivera, merced al cual participaban de aquel opíparo banquete, que tanto los había sorprendido en su comienzo.

CIII.

En medio de las grandes alegrías que la paz nos produjo, sufrimos también tristezas inolvidables al separarnos de los bravos compañeros con quienes ha-

bíamos compartido durante 7 meses, los peligros y las glorias.

El día 24 fué uno de esos días de tristeza suma, que jamás podré olvidar.

El General Saravia, sabedor ya de que el protocolo había sido firmado, y habiendo recibido, por otra parte, un telegrama de Nico Pérez, en que se le noticiaba el agravamiento de la herida de su hijo Aparicio, resolvió separarse de nosotros, volviendo á ser padre, una vez que con el término de la guerra, dejaba de ser General por el momento.

Los pocos que supimos esa resolución suya, nos sentimos al instante poseídos del más intenso sentimiento.

No habíamos hasta entonces pensado en la separación de los compañeros, y ésta se nos presentaba de repente hiriéndonos en lo más íntimo del alma, al arrancar de nuestro lado al más querido de nuestros compañeros, al que había sido hasta entonces un padre para nosotros, al que, por más lejos que fuera de nuestro lado, había de ser seguido siempre por nuestro cariño más inefable y por nuestro más sentido reconocimiento.

Los preliminares de la separación fueron conmovedores en extremo, llorando á lágrima viva todos los que logramos estrecharlo en nuestros brazos.

Cuando el General y el Coronel Lamas se abrazaron, aquellos dos titanes de corazón de acero en la batalla, dieron al llanto rienda suelta, sin que les fuera dable articular una palabra, por la intensa emoción de que eran presa.

Pero á mí lo que me arrancó lágrimas más sentidas, fué la entrega de mi bandera al General; de mi querida bandera, traspasada nueve veces por las balas; de mi compañera inseparable, que me infundía aliento en el combate y reposaba sobre mi corazón durante el sueño; de mi bandera, incomparable para mí, á la cual me unía y me unirá siempre el más grande de los cariños que á enseña alguna haya podido profesar jamás su abanderado!

¡Con qué altivez se hace flamear la adorada bandera en el combate, cuando suena el clarín, silban las balas, el estampido del cañón retumba y los bravos compañeros avanzan, sin preocuparse del fuego con que los barre el enemigo, á la voz del General que los lleva á la victoria, entre los estruendosos vivas con que aquellos héroes saludan á la muerte, que anda eligiendo víctimas, como ofreciéndose todos á ser sus preferidos!

¡Qué hermoso era todo eso, bandera mía, y con qué arrogancia te paseaba yo, á la sombra de tu seda blanca y celeste, que en caso de caer en la pelea, habría de servirme de mortaja!

¡Cómo tus colores me prestaban valor y me daban aliento cuando mi ánimo desfallecía en lo más rudo del combate!

¡Y con cuánto orgullo te llevaba, cuando la gloria sonreía, sabiendo que te habría de tocar á ti la porción más grande, y que de rechazo algún poquito habría de tocarle al que te sostenía! Yo puedo asegurar que la vez que entré sin ti á un combate por circunstancias especiales, la cobardía más grande hizo en mí

presa, y el silbido de las balas me hacía cabecear á cada instante.

No sé si te he llevado con honra; pero sé que has salvado tú la mía, sosteniendo mi dignidad cuando el instinto de conservación hacía temblar mis carnes y vacilar mi espíritu.

¿Cómo no había de llorar, pues, cuando de ti me separaron? El General me prometió que jamás has de flamear en otras manos; y yo, al escribir esto, lo que me propongo es que cese tu ausencia y vuelvas á acompañarme en los días de paz, como lo hiciste en las horas de la guerra.

Pero noto que esta digresión va siendo larga, y vuelvo á continuar mi relato interrumpido.

Con el General debían partir también el comandante Sierra, Nepomuceno Saravia, los Apolo, el comandante Noblia, Dorval y porción de otros compañeros, queridos á cual más, y á quienes me ligaban vínculos estrechos por haber invadido juntos y juntos haber hecho toda la campaña.

Á eso de las dos de la tarde se efectuó la partida, llorando los que se iban y los que quedábamos, llegando lo tierno de la escena á su punto álgido cuando un pobre soldado, ya de alguna edad, le pidió permiso al General para abrazarlo, y después de hacerlo dió este grito, entrecortado por los sollozos que anudaban su voz: «¡VIVA NUESTRO PADRE EL GENERAL SARAVIA!» que fué coreado al instante por todos los que en esos momentos nos hallábamos allí.

CIV.

El desarme del Ejército en la estación La Cruz revistió caracteres y solemnidades que seguramente no volveremos á presenciar en nuestra vida.

De Montevideo habían llegado convoyes interminables atestados de pasajeros que ansiaban ver nuestro Ejército antes de su disolución, y entre los cuales se contaban no pocas damas de nuestra sociedad más distinguida.

Al llegar nosotros al lugar prefijado para el desarme, el Coronel Lamas se adelantó á pedir órdenes al General Benavente, Jefe del Estado Mayor oficial de la nación, y, después de recibidas, nos ordenó á su vez que desfilásemos en perfecto orden por un estrecho pasaje, depositando en él á nuestra derecha las armas que nos habían acompañado en la campaña.

Los curiosos que se hallaban en aquel paraje presenciaron entonces escenas emocionantes unas y originales las demás.

Un viejo veterano, cuya arma era una lanza de que su padre se había servido en la guerra de la Independencia, pidió al General Benavente que le concediera conservarla en su poder. Se le contestó que podría conservar el mango solo, y entonces el buen viejo besó la moharra, la bañó en sus lágrimas y la separó del palo en que estaba enclavada, depositándola luego con cuidado en el sitio designado para ello.

Otro soldado que tenía por arma un Máuser tomado

en el combate de Tres Árboles, dijo al entregarlo: *¡Ahí tienen á un colorado!*

Y así otras muchas, que, si fuera á narrarlas, ocuparían numerosas páginas de este libro.

Terminado el desarme, se ordenó á las Divisiones que echasen pie á tierra en medio de la multitud de visitantes y de amigos que aclamaban al Coronel Lamas y á los demás jefes, disputándose el abrazarnos á *los cajetillas*, cuando alcanzaban á reconocernos á través de nuestros disfraces.

Mas el desarme ha sido narrado minuciosamente por los cronistas que lo presenciaron, y habiendo sido público, no merece ocupar ya más espacio en estas páginas, sólo destinadas á tratar de la vida verdaderamente revolucionaria, que terminaría aquí si no fuera por la distribución de ropas y del pre, y la disolución del Ejército, que embargaron los dos días siguientes, y de que paso á ocuparme en los números sucesivos.

CV.

En Montevideo se habían constituído en Comisión varias damas en unión de otros tantos caballeros, con el fin benéfico de reunir ropas, calzado, etc., para hacer un reparto de ello á nuestros soldados, al regresar á sus hogares.

Tan satisfactorio fué el resultado obtenido por esa Comisión, que hubo individuo á quien en el reparto tocó dos ó tres trajes completos, incluyendo sombreros, calzado, ropa blanca, etc., sin que por eso

quedara perjudicado ningún otro de sus compañeros.

En cuanto al pago del pre, se efectuó personalmente por los señores de la Comisión de Hacienda, con arreglo á la jerarquía con que cada uno revistaba en el Ejército, y en la escala siguiente:

Coroneles	c/u.	$	200
Tenientes coroneles	»	»	150
Sargentos mayores	»	»	120
Capitanes	»	»	80
Tenientes primeros y segundos	»	»	50
Alféreces y subtenientes	»	»	40
Clases y soldados	»	»	30

Era de ver la alegría con que nuestros pobres y valientes paisanos recibían aquella platita, que les prometía horas de abundancia después de tantas privaciones, sobre todo por haber sido ya provistos en cantidad de ropa y víveres.

CVI.

El día de la disolución del Ejército, ¿para quién de nosotros no fué triste? ¿quién no sintió correr por las mejillas las más sentidas lágrimas al despedirse de tantos bravos compañeros, de tantos amigos excelentes, á quienes tal vez ya nunca volveremos á encontrar en nuestra ruta?

Para comprender bien los vínculos que nos unían á los que lo formábamos, hay que tener presente, en primer término, que, más bien que un Ejército en de-

bida forma, nosotros constituíamos una gran familia, en que la jerarquía militar apenas si existía en el nombre fuera de las horas del combate; y que, como consecuencia de ello, la igualdad y la fraternidad bien entendidas eran entre nosotros la más hermosa de las realidades.

Para que las órdenes dictadas fueran cumplidas, rarísimas veces se apeló al rigor, pues la persuasión y el cariño bastaban casi siempre para mantener la disciplina.

En los días de peligro sabían bien nuestros soldados que, desde el General hasta el último de los jefes y la inmensa mayoría de los oficiales, ninguno había de enviarlos al encuentro de la muerte sin compartir con ellos los riesgos de la jornada; y, en los días de privaciones, era sabido también de todos, que no había privilegiados, y que á la par del último soldado caminó á pie el Coronel Lamas más de una vez en Sierra del Carmen, y más de una vez también el General rechazó la carne y la leña que le llevaban sus asistentes, cuando ambas escaseaban, negándose á servirse de ellas hasta tanto que fueran remediadas las necesidades de la tropa.

En estas condiciones tenía por fuerza que ser tristísima nuestra separación, y temido en alto grado el momento en que debiera producirse.

El eximio poeta Manuel del Palacio, en una de las bellísimas estrofas de su despedida á Montevideo, al referirse á España, donde sus hijos lo esperaban, y á la cual se dirigía, tiene estos versos:

«Allá me empuja la voz del alma,
«Aquí me atrae celeste calma,
«Dios me perdone si titubeo....
«¡Montevideo!»

que pintan una situación en extremo semejante á la nuestra el día de la disolución, la cual por una parte ansiábamos para correr á nuestros hogares, y temíamos al mismo tiempo, por lo que había de costarnos el desbande de la nueva familia que habíamos formado en los siete meses de duración de la campaña.

Al fin llegó el momento solemne en que cada División había de recobrar su autonomía y cada uno de sus hombres el ejercicio amplio de su libertad, espontáneamente renunciado hasta entonces, en beneficio de la empresa común á que con tanto honor habíamos dado cima.

Formó el Ejército por última vez, y obedeciendo al toque del clarín, en todas las Divisiones simultáneamente se leyó en voz alta y en medio del mayor silencio, la conmovedora despedida con que al restituirlos á la vida del trabajo saludaba por última vez á sus valientes el idolatrado jefe de aquella familia tan unida.

En seguida los jefes rodearon al Coronel Lamas y las despedidas comenzaron, abrazándose aquellos leones entre vivas protestas de amistad eterna y lágrimas de sentimiento que á los breves instantes eran generales en todas las columnas, llegando hasta á producir desvanecimientos y ataques al corazón á algunos de nuestros más valientes compañeros.

Y después.... la escena más soberbia, majestuosa é impresionante que en mi vida he presenciado.

El Coronel Lamas con el kepis en la mano, saludando á las Divisiones por cuyo frente galopaba, aclamado frenéticamente por la tropa, y de súbito dando rienda á su caballo, saliendo del campo en que el Ejército aún se hallaba, y echando pie á tierra detrás de unos peñascos para abrir válvula de escape al dolor que oprimía su noble corazón, prorrumpiendo en el más copioso de los llantos, era,—tratándose de un hombre de su temple, del más estoico y espartano de nuestros jefes,—un espectáculo que no podía menos de emocionarnos hondamente, agigantando á nuestros ojos el ya elevadísimo concepto que de sus prendas morales nos habíamos formado, y encariñándonos aún más,—si era posible,—con aquel prototipo de nobleza y de hidalgos sentimientos, cuyas lágrimas, reservadas para los grandes dolores solamente, demostraban la sinceridad y lo inmenso de su afecto, casi paternal, á los compañeros de glorias y amarguras, y lo digno que era de nuestro aprecio más profundo y de nuestra más entusiasta admiración.

Después las Divisiones desfilaron con rumbo á sus respectivos Departamentos, y sólo quedó de aquel Ejército glorioso que había paseado por todo el país la bendita bandera de las instituciones, salvando así el honor, harto en peligro, del pueblo oriental, un grupo de montevideanos que, con el Coronel Lamas á la cabeza, tomábamos al día siguiente el tren que había de conducirnos á la ciudad querida, en la cual la sanción de nuestros hogares á nuestra conducta ciudadana ha-

bía de premiarnos con creces todos los sacrificios hechos en aras de la patria, y todas las tribulaciones y amarguras de la viril empresa á que el pacto de paz había puesto el más honroso capitel.

FIN.

DESPUÉS DEL FIN.

DESPUÉS DEL FIN.

He concluído mi obra; pero si he de decir la verdad de lo que siento, una vez de verla impresa no he quedado de ella satisfecho.

Escrita á raíz de la pacificación, hubiera resultado mejor escrita y más interesante; pero circunstancias especiales me obligaron á aplazar el comienzo de mi trabajo hasta las postrimerías de Enero último.

Todos los habitantes de este país han sentido absorbida su atención desde entonces hasta ahora por la magnitud de los sucesos que en los últimos días se han producido, y á mí entre ellos me han preocupado tanto, que sólo por compromisos ineludibles de completar los originales de este libro antes de finalizar Febrero, he podido dar cima á mi tarea, sacrificando á la fe de mi palabra las muy pocas pretensiones que de escribir con alguna corrección pudiera alimentar.

No me ha sido posible, pues, ni pulir la frase, ni dar á la publicidad estas carillas en otra forma que la que les diera en los originales primitivos, que fueron los únicos también; consecuencia de ello son las inco-

rrecciones de estilo en que he incurrido y las continuas repeticiones de nombres propios en los mismos párrafos, por todo lo cual pido gracia á mis lectores.

Por lo demás, he tratado de ser lo más llano posible en mis relatos, dada la índole de este libro, que, si mereciere los honores de alguna circulación, ésta en su mayor parte seguramente habrá de efectuarse en la campaña.

En cuanto á lo restringido de los compañeros á quienes hago figurar en mis relatos, se debe tener presente que yo en este libro no he abrigado pretensiones de hacer crónica, sino simplemente de referir en primer término mis impresiones íntimas, y en segundo las escenas y episodios llegados á mi conocimiento por vías irrecusables en cuanto á veracidad. Además de ello, siendo mi memoria la única fuente á que he acudido en busca de material para la mayoría de mis originales, ésta, como es muy natural, no podía suministrarme episodios de otros compañeros que de aquellos con quienes por hacer comunidad íntima de vida, ó por otras circunstancias especiales, tenía continuidad de trato en el Ejército.

Mi deseo hubiera sido hablar de todos mis compañeros de armas, pues cada cual á buen seguro tiene sus interesantes episodios; pero ello era imposible en un libro de tan reducidas proporciones y escrito con tanta prisa como éste.

Lo que expresamente he callado es todo lo que hace referencia á la batalla de Tres Árboles y á los demás combates que no fueron dirigidos por el Ge-

neral Saravia, pues no habiéndome yo apartado de éste en todo el tiempo que la revolución estuvo en pie, no me sería posible hablar por mí mismo de todo lo ocurrido en aquellas acciones de guerra que yo no he presenciado, y de las cuales por consiguiente no me sería posible apreciar la veracidad de los relatos que se me hicieran para su inclusión en estas páginas.

Y aprovecho aquí la oportunidad que se me presenta, para recomendar muy especialmente á todos los que tengan interés en conocer con exactitud la historia de la revolución, la obra de aliento á que mi inteligente compañero Luis Alberto de Herrera está dando los últimos toques, y que en breve verá la luz de la publicidad. En ella se abarcan todos los hechos de armas y sucesos de importancia, que rezan hasta con las expediciones más insignificantes, matizado todo con sesudas consideraciones muy propias del robusto talento de que surgen.

Y ahora me doy cuenta de una observación que se me hará respecto á la no inclusión en mi libro de las mil notorias escenas, sin duda las más interesantes, en que fué protagonista la mujer uruguaya, alma de todo lo grande que en nuestra patria ocurre, y principal sostenedora del honor nacional, cuyo sentimiento se encarga de alimentar vivo y purísimo en los corazones de sus hijos, de sus esposos y de sus prometidos. Es que esas escenas me las ha reservado ex profeso para aprovecharlas en trabajos más literarios que éste y que en oportunidad presentaré á mis benévolos lectores.

Explicado todo esto en momentos en que la ciudad

de Montevideo rebosa de júbilo, después de haber organizado *meetings* numerosísimos, iluminado sus calles y quemado cohetes en honor del nuevo gobernante, no puedo sustraerme al deseo de cerrar este libro con mis manifestaciones de entusiasmo cívico por las proyecciones que se esperan de los últimos patrióticos sucesos, que ante el juicio de todos los criterios imparciales y sensatos no son otra cosa que el resultado lógico y merecido de nuestra revolución.

Hace seis meses pocos hubieran creído que don Juan Lindolfo Cuestas había de ser el ciudadano que completara la obra iniciada por el Partido Nacional, encarrilando al país en la vía que, de seguirse recta, habrá de llevarlo al restablecimiento de su régimen institucional; pero ya á nadie cabe duda de que el fiel de la balanza se inclina en estos momentos hacia el lado de los méritos que ante su país está contrayendo el ciudadano que ocupa hoy el más alto puesto público de la República Oriental del Uruguay.

No hay error que no sea reparable, ni mancha que no pueda ser lavada. Don Juan Lindolfo Cuestas, si prosigue obrando con el patriotismo con que actualmente lo hace, habrá borrado por completo el recuerdo de su antigua vida pública, y se habrá hecho digno de toda la gratitud de sus conciudadanos.

Ha dicho, hace pocos días, un reputado y honestísimo hombre público, que la bandera del actual régimen debe tener por lema, libertad de sufragio y moralidad administrativa. Cumplir lo segundo es tarea fácil para el Presidente provisional, honesto de por sí; el respeto á lo primero lo presentará ante el país con

toda la gloria que acompaña al nombre de sus más esclarecidos ciudadanos.

En cuanto á los señores consejales, si de una vez por todas se compenetran de que al ocupar sus puestos han dejado de ser partidarios, para representar al pueblo sin distinción de banderías, también al terminar el cumplimiento de su misión habrán asociado sus nombres al hecho más glorioso que después de la Independencia se habrá producido en nuestra patria: al afianzamiento de las instituciones, cuyo corolario inmediato será la unión y la concordia de la familia oriental.

Por que tal suceda y brille para siempre esplendoroso el Iris de la paz en nuestro cielo, son los votos que formula el humilde ciudadano que con ellos da término á este libro.





